
ETAPA FIN DE SUEÑO
José María Requena

ETAPA FIN DE SUEÑO

Alejo es un ciclista que no es capaz de vencer al resto de los corredores; más aún, no es capaz de vencer a su gran enemigo: él mismo... Ante el fracaso, y tras abandonar la carrera, toma una decisión de huir... a su pueblo para encontrarse con su propia vida.

Colección: Castillejo narrativa
ISBN: 9788480580120
Generado con: QualityEbook v0.58
Generado por: Carmo59, 25/11/2012

ETAPA FIN DE SUEÑO

José María Requena Barrera

A ti, Rosy, por todo
José María

PRIMERA PARTE

En el banquillo

CON chaqueta color tabaco y corbata verde, el director del equipo Granate Ron no parecía el mismo. Pero no era sólo su aspecto lo que más había impresionado al corredor Alejo Pina, sino lo muy distintos que eran los modales y hasta la voz del técnico, como si, al cabo de seis meses de la Vuelta, su falta de contacto con el campo abierto y la lucha de las bicicletas le hubieran refinado hasta el punto de resultar un poquito amanerado. No afeminado, no, amanerado, del todo perdida la sencillez y lo mismo que si una cursilería de capital se le hubiera impuesto al otro estilo aquél de la carretera, tan bronco su vozarrón, la mar de apropiado para capitanear, durante el complicado guerrilleo de las escapadas, con palabrotas que a veces eran como bofetones, y, a veces, como cañonazos.

Ahora, cuando, en unión de su abogado, aguarda impaciente a que le lleven a la sala para escuchar la sentencia, Alejo Pina repasa con la memoria algunas situaciones del juicio.

Más que ser muy moreno, el fiscal está muy moreno. Debe ir a la playa los fines de semana, hasta en invierno. De fijo que le agrada ver llover sobre el mar y calentarse en la chimenea de su chalé, mientras el temporal brama fuera como un toro. Sin duda alguna, para dedicarse a ser fiscal hay que estar muy alejado de los demás hombres. Y creo no equivocarme al pensar que jamás se ha emborrachado, por la sencilla razón de que nunca habrá necesitado recurrir al olvido. Es un tío serio y basta. Ni de niño llegaría a montar en bicicleta, y no por falta de ganas, sino por miedo al ridículo.

Hay que ver con qué insistencia me busca los ojos al preguntarme:

—Usted fue a por él, ¿no es eso?

Yo diría que tiene en la mirada unos ganchos invisibles con los que intenta sacar los trapos sucios que cada cual tiene en su conciencia. ¿Y la voz chillona y punzante? Primero, se te mete por el oído como un berbiquí, y, a renglón seguido, a través del orificio taladrado, esa misma voz, aunque también chillona, se cuela más despacito, intentando resultarte amable.

—Le recuerdo que la justicia es una cosa muy seria, y que su situación se hará más y más comprometida, por no decir más dramática, si se empeña en faltar a la verdad.

Mueve mucho las manos. Nunca me agradaron las personas que mueven demasiado las manos. Me dan la sensación de que están a punto de convencerte a bofetada limpia, aunque las manos del fiscal son demasiado estrechas y largas, manos de niño enfermo sin curación, como Adolfito, mi compañero de colegio, que, a los ocho años, soñaba tanto o más que yo con tener una bicicleta, y sus padres se la compraron, como seis o siete años antes que a mí los míos, aunque el pobre ni llegó a montarse en ella. Únicamente pudo acariciarla. A todo correr se la habían llevado al lado de su cama, porque la asfixia le abombaba el pecho más y más, y los ojos, como si quisieran salírsele fuera de las órbitas. Pero, eso sí, su mano, de un amarillo claro, se paseaba una y otra vez por el sillín y el manillar, hacía girar ligeramente los pedales, enredaba sus dedos en los brillantes radios de las ruedas. Unas manos que la madre cuidaba como si en ellas estuviera lo más importante de la corta vida del hijo, el alma misma en aquellos dedos tan mimosamente perfumados entre besos.

—A ver -dice el fiscal-. Quisiéramos saber lo que opina usted del odio.

—Hombre, pues yo, ¿qué quiere que le diga? -titubeo, me muerdo los labios, agito la cabeza-. El odio es malo, muy malo, y quizás peor para quien odia.

—¡Vaya! El odio es malo. Y usted ¿no ha odiado jamás? ¿O sí? ¿No odiaba usted a Francisco, su víctima?

El fiscal se mueve de un lado para otro. Parece que quiere demostrar una soltura que no tiene, una agilidad de piernas que ni por asomo. Piernas lentas, acaso extrañamente gruesas, en contraste con esas manos suyas que parecen

cuchillos, piernas fofas con las que me gustaría verle encima de una bicicleta, dale que te pego por la maldita cuesta de Los Canchales.

—Usted, Cándido Menéndez, ¿fue director técnico del equipo Granate Ron, durante la última Vuelta a España? -pregunta el fiscal.

—En efecto, fui director de ese equipo en la última Vuelta.

—¿Conoce usted al hombre que está sentado en el banquillo?

—Sí. Es Alejo Pina, y pertenecía al equipo que yo dirigía.

—¿Cuáles eran los cometidos de Alejo Pina?

—Los trabajos propios de un gregario. Arropar al hombre designado como jefe de filas, esperarle si se retrasa, cazar a los rivales escapados que pudieran hacerle sombra en la general, dejarle al capitán su bidón de agua, y, si se encarta, cederle, incluso, la bicicleta.

—Tengo entendido que al gregario también se le llama doméstico, es decir, un corredor que viene a ser una especie de criado, al servicio del compañero con posibilidades, más o menos remotas, de ser el triunfador.

—Bueno, eso de llamarles criados, a pesar de que pudiera parecer lo mismo que denominarles domésticos o gregarios, resultaría humillante para unos hombres que, al fin y al cabo, también sueñan con la gloria deportiva.

—¿Con qué clase de gloria? Supongo que con la gloria que, en el mejor de los casos, podría disfrutar su jefe de filas, ¿no?

—No. No es eso necesariamente. Aunque también les ilusione vivir la satisfacción de haber colaborado con un jefe que triunfe, no se puede olvidar que, en el transcurso de una prueba, la mayor parte de las etapas son ganadas precisamente por domésticos, pues, como suelen estar pésimamente clasificados en la general, no suponen amenaza alguna para los aspirantes al triunfo definitivo.

—Si no me equivoco, ha dicho usted que, para el gregario o doméstico, resultaría humillante que se le llamara criado. ¿Quiere esto decir que, en el

fondo, ese corredor de tercera, cuarta o quinta categoría sufre un agresivo complejo de inferioridad?

El abogado se pone de pie:

—Protesto, señoría. Esa pregunta intenta prejuzgar el comportamiento de mi defendido.

—Sólo pretendo -aclara el fiscal- hacer patente que el trabajo de Alejo Pina pudo predisponerle a un rechazo psicológico radical, y a las consiguientes reacciones violentas.

El juez, tras unos segundos de meditación, decide:

—No se admite la protesta.

—Si no recuerda la pregunta -se dirige el fiscal a Cándido-, se la repito.

—No hace falta, la recuerdo -dice el técnico, cerrando los ojos para concentrarse-. Hombre, me parece que es muy aventurado asegurar que un doméstico pueda hacerse rencoroso y agresivo como consecuencia de estar prestando un duro servicio. Lo que sí hay de cierto es que todo corredor, no sólo el gregario, todo corredor, digo, por el hecho de participar en un deporte tan esforzado, suele mostrarse irritable con cierta frecuencia. Lo mismo suele ocurrirle al boxeador, e, incluso, a muchos jugadores de tenis.

—En pocas palabras, señor Menéndez, el fracaso de Alejo Pina en el alto de Los Canchales ¿pudo o no pudo influirle posteriormente hasta el punto de llevarle a cometer un homicidio?

—Hombre, eso, yo ni puedo afirmarlo ni negarlo. La sensibilidad de cada persona es un terreno insondable.

—No haré más preguntas -finaliza el fiscal.

—La defensa tiene la palabra.

Don Isidoro, mi abogado, debe tener bastante mal genio, pero, al mismo tiempo, cara de no poder ser mala persona, vamos, aunque se lo propusiera, a

pesar de que en alguna ocasión le interesara ser malo. Con esa cara redonda y esas manos regordetas de don Isidoro no se puede ser fiscal, porque es que se pasaría a la otra parte ¿estamos? Pediría la absolución del acusado y el tribunal le llamaría la atención, quién sabe si sin poder aguantarse la risa, porque, ahora que caigo, uno de los jueces tiene una cara de cachondo que no puede con ella, seguro que le deben gustar los chistes verdes. Debe contar unos sesenta años y siempre está como adormilado. Debe aburrirse lo suyo. Mira al techo, y también debajo de su mesa.

como buscando algo, toma nota en el papel que tiene delante, o vete a saber si no dibujará casitas rodeadas de pinos, todas ellas unidas por unos caminitos que coinciden al paso del puente sobre el río. Aunque, ¿por qué no pudiera ser que estuviera pintando bicicletas? Un pelotón de ciclistas, eso, el pelotón de corredores que se estira al subir una empinada cuesta. Y hasta cabe que eche de menos los lápices de colores de alguno de sus nietos para darle más atractivo a la llamada serpiente multicolor. Porque este señor juez, de eso estoy más que convencido, después de tanto oír hablar de ciclismo en mi juicio, no se pierde la próxima Vuelta. A lo mejor, en el coche de Cándido Menéndez, como invitado de postín, para que oiga las palabrotas que Quisquillo, el mecánico, suelta cada vez que le toca bajarse y cambiar la rueda pinchada de un corredor que mira hacia la distancia que los demás corredores van agrandando al fondo de la carretera, venga, venga. Quisquillo, cono, no te duermas, y Quisquillo, ¿que no me duerma, so cabrón? Ea, lárgate ya, y le empuja para animarle las primeras pedaladas. Vuelve al coche, enseña las manos, donde algiin que otro dedo, a cuenta de los cambios veloces, chorrea hilillos de sangre hasta la palma de la mano, ya rojinegra con la grasa. Ni ocho segundos en ponerle otra rueda, y el muy mamón se queja y ofende. También a don Isidoro le gustaría vivir esas batallas, desde dentro del coche, sobre cuya capota van tres bicicletas, ruedas arriba, en continuo giro el destello de los radios. Pero, ojo,

que también se pasa miedo, y no sólo al echarse a morir cuesta abajo, en tumba abierta, sino al ver cómo el director del equipo levanta las manos al volante, para

llevárselas a la cabeza, la leche que mamó el gregario ése, que hay que ver cómo se va quedando, quedando, con la de veces que se lo dije, mira que si no te cuidas más, para otra temporada, te quedas sin equipo, oye, que no se puede ir como un perro oliscón detrás de las faldas, ni tampoco beber a solas, que yo sé muy bien que te pones morado a escondidas.

Tu abogado se acerca lentamente al director de Granate Ron.

—¿Ha presenciado alguna pelea en la que participara el acusado?

—^No, que yo recuerde, no.

—Le ruego que haga memoria -insiste don Isidoro-. No le estoy preguntando si él provocó reyertas en su presencia, sino si el acusado resultó implicado en alguna pelea.

—Cándido hunde la barbilla en el pecho y rebusca por sus adentros.

—No, no recuerdo haberle visto metido en jaleo.

—Ah, ¿no recuerda que, el año pasado, al término de la décima etapa, Alejo Piña resultó agredido por otro doméstico de su equipo, y que el acusado, lejos de responderle, acudió a usted para evitar males mayores?

—Sí, es cierto, en efecto, ahora lo recuerdo bien. El otro le dio un puñetazo y le abrió la ceja. Pero Alejo, con su actitud, resolvió pacífica y sufridamente la pelea.

Planos, perfiles del terreno, tácticas, consignas de ataque o centinela. Se trata de una guerra, eso está muy claro, o quizás, más que una verdadera guerra entre hombres, una pelea de fieros seres de pesadilla, colmillos que rebasan los labios, como garras las manos que empuñan los manillares que parecen sagradas cornamentas curvas de ciervos metálicos, retorcidos amuletos de un fanatismo en el que almas y cuerpos debieran ser sacrificados en aras de distancias y relojes, y Alejo Pina, desde hace unos años, sabe de sobra que la vieja pelea de los podencos y demás canes pobretones ha sido sometida al imperio de los inteligentes y refinados perros de lujo. Ni siquiera los galgos les ganan ya la partida a los elegidos canes de concurso, perros con "pedigrf, de padres y hasta

abuelos conocidos. Los galgos, pues sí, a veces, cruzarán las metas los primeros, siempre que lleguen agrupados con otros lebreles un poco menos veloces.

Se asombran hoy los veteranos de la carretera. Pero cómo es posible que sean tan esqueléticos casi todos esos muchachos que ganan la Vuelta, el Tour, el Giro, de dónde sacan, pues, la casta necesaria para embestir y aguantar los sucesivos puyazos de la montaña, si son puro hueso las piernas de Greg Lemond y Pedro Delgado, y, en cuanto al navarro Induráin, todo lo grandón que se quiera, pero palillos de diente sus remos, no como nuestras robustas piernas de ciclistas de antes, anchos de espalda, gente toda que, por las afueras del deporte, manejábamos palas y rebaños, redes pesqueras y martillos, arados, potros y muletos cerriles, qué distintas las manos del corredor de entonces, porque hay que ver las manos de los lindos campeones de ahora, manos sin rastros de callos, manos de ganadores que dominan idiomas y hasta escriben comentarios de ciclismo para los periódicos. ¿Y qué ocurre? Pues que hay que buscar las endurecidas manos de los oficios en la meritoria tropa de los gregarios, que en modo alguno se retiran de la profesión, como no sea porque se sientan tan agotados que ya no puedan enchularse con las distancias, hasta que, a no tardar, una vez que aumentan más y más las soldadas, termine por desaparecer de los pelotones la callosa presencia del campesino.

Más que con odio, Pablo, el padre de Francisco, te miraba con desprecio y asco, los ojos como medio cerrados por un pesado sueño, y, ante su mirada, rendiste la tuya al suelo. También tú tienes hijos y sabes lo que es un hijo. Bueno, para volverse loco sólo con pensar que pudieran matarte a uno de los tuyos. Y del mismo modo te siguió mirando, sin mirar al fiscal, ni a los jueces, ni al público, sólo mirándote a ti, que, por un momento, instintivamente, volviste la cabeza hacia el lado opuesto. Pero, al hacerla girar de nuevo, allí continuaban sus ojos pendientes de los tuyos, de tus manos, de tus movimientos más mínimos, igual que si quisiera llevarse grabada toda tu persona, para poder contemplarla mentalmente y con la mayor fidelidad,

durante las insaciables horas del rencor.

—¿Conoce usted al hombre que está en el banquillo? -le preguntó el fiscal.

—Por desgracia.

—¿Podría decimos qué opinión le merecía el Alejo Pina de antes de la muerte de su hijo?

—Ninguna opinión. Cuando se odia a alguien como yo odio a ése, no se tiene opinión ni juicio sobre tal persona. Lo odio con toda el alma, y ya está.

—No haré más preguntas -dijo el fiscal decepcionado.

Sin dejar de clavarte los ojos, Pablo se fue apartando del estrado, y, cuando tú pensaste que ya iría saliendo de la sala, sentiste su mirar como una punzada sobre la espalda.

De pronto, vete a saber por qué extraños reflejos del alma del hombre, te ganó el recuerdo vivo del olor a madera recién serrada, niño tú jugando con Francisco en el fondo terrizo y sombrío de la carpintería, aunque, en realidad, tus doce años tenían la vida puesta en la empinada escalerilla, por donde, en cualquier momento, podría bajar Juanita, con su aroma de flores aba-

tidas por la lluvia y una misteriosa fiebre en sus palabras, y en su cintura.

Como era de esperar, los dos declararon falsamente en tu contra. Andrés, con menos ensañamiento y muy nervioso, temblique en las manos, entrecortada la voz, sin llegar a mirarte siquiera, cuando el fiscal le preguntó si te conocía. Federico, más aplomado, te demostró más hondamente un odio muy personal, un odio que poco o nada tenía que ver con Francisco y su muerte, el odio retorcido y mortificado que quizás tuviera sus primeras raicillas en piques de juegos infantiles y, quién sabe si también en aquello de saberse flaco y debilucho, en tanto tú, tan ágil y tan fuerte, tan capaz de subirte, por pinas, a la copa más alta, y de meter casi todos los goles de los partidillos callejeros, sin olvidar, por supuesto, los admirados ojos de las muchachas al verte llegar al pueblo, con tu recién estrenado equipo de corredor en serio, algo imposible para él, que, por desgracia, nunca llegó a subirse siquiera en una bicicleta.

Y sé que Andrés sintió remordimiento al afirmar que tú eras culpable de la

muerte de Francisco. Pero Federico, no. Federico te acusó de haber cometido el crimen con ensañamiento, y, además, lo fue diciendo todo sin precipitarse lo más mínimo al pronunciar cada palabra, con la descarada frialdad de los que llevan años practicando el triste navajeo de la mentira.

Me da vergüenza mirarle a la cara. De buena gana le diría, Federico, no sabes cuánto me duele saber que yo estoy, dentro de ti, como una bicha enroscada, mordiéndote en el alma, en la memoria y hasta en la respiración, como un fantasma yo en tus noches, sin dejarte dormir.

Me lo imagino escribiendo mi nombre para tacharlo con rabia, hasta incluso rasgar la hoja, o al amanecer, guardado tras los visillos de alguna ventana de su casa, a la espera de que yo pase con los borricos camino del mercado.

Ahora creo que sí, que es verdad que el odio y el amor tienen puntos comunes, que el que odia así como Federico sentiría muchísimo mi muerte, no por compasión, sino porque mi muerte le dejaría un vacío imposible de llenar ni con un amor ni con otro odio semejante. Por eso, yo me resisto a responder al odio con mi odio. No quiero hacerme esclavo de otro. Ni siquiera puedo odiar a estos que mienten con tal de saberme encerrado en la cárcel para siempre, y si lo consiguieran, no me extrañaría que buscaran la ocasión, aunque fuese pagándola, de verme, sin ser vistos, paseando por el patio de la prisión, las manos a la espalda y acosado por los altos paredones. Y me echarán de menos en las páginas deportivas de los periódicos, acabados para siempre aquellos desahogos, mira, Alejo va el ochenta y cinco de la general de la Vuelta a Andalucía, o ¿qué, no te has enterado de que a Alejo lo han borrado de su equipo

y no correrá la Vuelta a Asturias? Y, cómo no, en llegando la Vuelta a España, qué pena no poder acudir ilusionados al final de alguna de las etapas más a mano del pueblo, para vivir la emoción de esperar a que Alejo Pina se baje con su máquina del humillante camión escoba.

De tanto sentirte acusado por casi todos, llegas a pensar en tu propia maldad, indagas zonas oscuras de conciencia, a la busca de indicios en tu contra, casi con

la misma fervorosa y agresiva intensidad con que los fiscales hacen las preguntas, aunque lo peor es cuando los ojos del acusador buscan los tuyos.

Es más, durante los angustiosos días del juicio has llegado a pensar que todo el mundo está lleno de miradas, que el mundo mismo es una múltiple mirada amenazante. Miradas que, las menos veces, son de cariño o de comprensión o miradas que perdonan y animan y prometen. Ay, amigo, el lenguaje sordomudo de las miradas del juicio. Las formas de mirar del juez, del abogado defensor, de los testigos, del público que acude por curiosidad más o menos malsana, o quién sabe si, a veces, con cierta compasión hacia ti, que estabas sentado en el banquillo sin saber dónde posar los ojos, temeroso de que los demás interpretaran de mala manera ésta o aquélla mirada, como de estar arrepentido de un crimen que no has cometido, si miras hacia el suelo, o mirada de soberbia, si, por un instante, levantas la cabeza

y recorres la sala con los ojos, muy por encima de las cabezas del fiscal y de los jueces, sólo interesado tú por los dibujos de la vieja escayola oscurecida en las orillas del techo, o, por el contrario, en expresión de aburrimiento y fastidio, si detienes la mirada en la raída y polvorienta alfombra del estrado.

De ahora en adelante, cuando por fin regreses a tu mundo de siempre, estudiarás pacientemente la significación de las miradas. No sólo las de gente tuya, sino también las miradas de los desconocidos que coincidan contigo en un bar o en el fútbol o en el redondel pacífico de una plazoleta de niños con niños y palomas. Pero, sobre todo, habrás de poner mucho cuidado en evitar que tus hijos se sientan intrigados y entristecidos al ver sus ojos repetidamente mirados por los tuyos, como si intentaran adivinar en ellos el futuro, el de mañana y el dentro de muchos años, cuando te hayas ido.

Y, como a cada instante salen a relucir las bicicletas, cómo no recordar, con mucho más sentido ahora, las miradas de corredor a corredor, todo un racimo de miradas el pelotón a punto de romperse en el estratégico kilómetro de las escapadas, cuando las consignas de los directores de equipo ordenan la puesta en práctica del hachazo diseñado la noche anterior entre miradas rendidas de sueño, para limar las ventajas de tiempo que goza el primer clasificado, o, por el contrario, para ensanchar la distancia minutera de los que.

en puestos secundarios, le ladran los talones al jefe de fila propio.

Miradas y más miradas que lo explican todo mucho mejor que las palabras. Y entre tantas otras, quién puede olvidar la mirada de Juanita, cuando, llevándose una mano al vientre, te anunciaba el brote primero del embarazo.

SEGUNDA PARTE

La cuesta de Los Canchales

DESDE dos temporadas antes, son compañeros de equipo, y todos los días de la Vuelta comparten habitación. También Jerónimo es de pueblo, y, aunque lo suyo sea una tienda de mercería, tiene la cara entre retostada y coloradota, como de saber entendérselas bien y por igual con las cosas del campo y de las calles. Y es más, por la frecuencia de sus silencios largos, se diría que también hubiera aprendido en el solitario mundo aparte de los riegos. Alejo lo tiene por tan buen amigo como estupendo compañero. Compaginan la mar de bien, se ríen de las mismas cosas y, en plena ruta, basta con que uno le haga una seña al otro para que, de inmediato, se le ponga al lado y le deje su bidoncete de agua, o le proporcione un par de terrones de azúcar o, en el momento justo, le ayude sencillamente con cuatro palabras de ánimo, que, en ocasiones, son de oro, si no de platino.

Jerónimo es algo más joven y se sabe con mucha carretera por delante, porque desde los veintitrés que cuenta hasta los treinta, según le dijo un veterano en esto, los alargados músculos del ciclista se van librando de sus penúltimos gramos de grasa, hasta que acaban pegándose a los huesos como una coraza a la que no hay cansancio que la rompa.

Por su parte, Alejo, con sus veintinueve, ya bastante nublados para él los horizontes de las grandes glorias, se echa a reír cuando escucha las teorías que Jerónimo repite o inventa sobre las claves decisivas en el acoplamiento del hombre con la máquina.

—Eso del músculo que se pega al hueso como una coraza te lo ha debido contar el bueno de Rufino, que es que no para de decir mentiras, aunque, eso sí,

las suyas son mentiras tan serias, que, bueno, hasta tienen su aquel de verdades sabias y muy catedráticas.

Acaban de llegar a la habitación del hotel y, antes de tenderse rendido, se esfuerza Jerónimo por evitar que, en el primer silencio, rebrote la obsesión de Alejo.

—Pues escucha esto otro de Rufino. Sostiene el tío que, así como en el llano hay que hacer fuerza en los pedales con las punteras, la escalada se da mucho mejor si te acostumbras a emplear con preferencia los talones.

Pero esta vez, no se ha reído el hortelano. Malísima señal, se dice Jerónimo. De nuevo Los Canchales rondándole a dentellada limpia por los adentros.

—¿Qué, campeón, ya estamos con lo mismo? Hay que ver lo cabezota que eres, con la dichosa cuesta esa. Lo que debes hacer es dejarte de manías, echarte a dormir, y mañana, cuando empieces la subida, te pones a tararear alguna copli-

lia de tu pueblo, que es lo que hago yo -no deja de hacer todo lo posible por animar al compañero- ¿Y sabes lo que dice la letra de esa coplilla? pues escucha, qué bonito es veranear, y ver la mar, y qué bien vive el palomo en su palomar, se tira dos o tres palomas, y a volar, a volar.

Alejo, después de colocar una mano agradecida en el hombro del amigo, se tiende en la cama, sin pronunciar palabra, y repasa con afecto la extraña originalidad de su compañero, cuya bicicleta causa verdadera sensación en todas las salidas de etapas. Especialmente, entre los chiquillos, y sin descartar la atención noticiera de los fotógrafos de prensa, que nunca se cansarán de retratar desde todos los ángulos la onginalísima bici de Jerónimo, toda ella plagada de estampas de conocidas Vírgenes y santos, encabezados por Santa Rita, la de los imposibles, colocada, con preferente devoción, nada menos que en pleno centro del manillar, porque, según ha dicho en repetidas ocasiones, si es que llega a ganar una Vuelta, que le pregunten a Santa Rita. Pero, con todo y con ser tan simpática esa manía religiosa, ni puede compararse con otros detalles mucho más milagreros de Jerónimo, que lleva siempre en su maleta, para engrasar cada día la cadena de su máquina, una pequeña garrafa con aceite de una lamparilla de la iglesia de su pueblo. Y, además, oraciones a tales o cuales santos, según se trate del llano o de la montaña, para los finales de etapa o para salir de los duros baches del calambre muscular o de los vacíos del desaliento. Pero,

en este aspecto, la mayor sorpresa te la llevaste el día en que fuiste a casa de Jerónimo, y su madre, muy religiosa ella, te explicó que se ponía enferma cada vez que veía la bicicleta de su hijo con tanto santoral encima, porque, según ella, las bicicletas no deben mezclarse con las cosas del cielo, puesto que las bicicletas son cosas del mismísimo demonio.

Jerónimo apaga la luz. En la oscuridad, los ojos de Alejo siguen del todo abiertos. Poco después, le llegan los primeros ronquidos del compañero, rápidamente atrapado por la fatiga acumulada durante los últimos doscientos kilómetros. Los mismos que también van entrecerrando los nerviosos párpados de Alejo, cada minuto más cerca del sueño, hasta el punto de tener la sensación de estar viviendo lo que no es más que una desordenada e inquietante cadeneta de recuerdos.

La pájara revolotea. Primeramente, alrededor de los peñascos de la cumbre, y, una vez detenida en el aire, contempla de un golpe a los hombres que, teñidos de colores muy vivos, ascienden por la cuesta, no juntos, ni tampoco en hilera, sino en el desunido desorden que impone la diversidad de fuerzas. Y la pájara repara en tu persona. Se abandona al golpe de viento que castiga los bajos de la montaña, y, una vez que ha perdido altura, te elige a ti, porque ya estás muy rezagado, respiras con dificultad y llevas los ojos mortecinos, por la fiebre de un esfuerzo que te resulta insostenible.

TÚ, por supuesto, no la verás llegar, porque se colocará a tu espalda sin provocar el más leve ruido con sus alas. Y, de pronto, te picoteará los hombros y los brazos, que se te aflojarán como maromas envejecidas. Después, todo en cuestión de segundos, pondrá sus alas sobre la doble anchura de tus muslos, atirantando, en frío de hielo, uno por uno y dolorosamente, los contados nervios que todavía son capaces de infundir aliento en el vencido poderío de la musculatura.

A partir de entonces, todo el paisaje, como una inmensa pájara, abrirá sus alas negras, y tú, sentado al fin en la cuneta, comprobarás que todas las cosas de

tu alrededor están de luto. Una mano ceniza te ofrecerá una botella de vino, y tú,' entre sueños, empezarás a reírte y a intentar decir desmadejadas ocurrencias de borracho.

Más arriba, desde unos ocho o diez tramos de cuesta, te gritará Jerónimo, eh, Alejo, no te quedes dormido, hombre, porque todavía, si yo te aguardo y tú le echas un poco de coraje, hasta podrías ser el primero en el alto, y tú, cabizbajo y con quince o veinte años más de vida encima, le dirás que no se preocupe, que siga pedaleando hacia arriba, porque él sí que podría pasar el primero por la cima. Pero tú no, Alejo, tú sabes la mar de bien que, aunque esto que ahora te pasa no sea más que un sueño, a la pájara no hay carnaza de músculo que le agrade tanto como la tuya.

Aunque la cuesta de Los Canchales te venía obsesionando desde mucho antes de comenzar la Vuelta, aquella idea tan fija y tan dañina se recreció al término de la etapa catorce, la inmediatamente anterior a la de esa endemoniada pendiente tan cercana a tu tierra, vieja conocida tuya, aunque nunca amiga, siempre ahí levantada como un desafío, o quizás mejor, en plan de amenaza y desprecio, con el avinagrado sabor de las descaradas chulerías de taberna de pueblo, de tu pueblo, vamos, un poco así como si Francisco el carpintero se convirtiera en monte y te provocara, hale, Alejo, mamonéete, a ver si eres capaz de someterme y humillarme.

El alto de Los Canchales, puerto de primera categoría, apenas si te dejó dormir anoche, todas sus trece curvas, como contempladas de golpe en la deslumbradora pantalla del insomnio. Y, por si fuese poco, esta mañana temprano, durante el excesivo desayuno de todos los amaneceres, Cándido, el director de tu equipo, se sentó a tu lado, y, sin mirarte, un tanto apurado por tener que empujarte a un recuerdo que no cejaba de mordisquearte el ánimo, te sacó la conversación de Los Canchales, ya siento tener que hacerlo, Alejo, pero si este año te entrara en Los Canchales una pájara como la del año pasado, para otra temporada me vería obligado a lo peor, tú ya sabes, el ciclismo es así, no puedes pararte en miramientos, ni valen las amistades ni los afectos, ojalá se te diera la montaña como el llano, donde eres el mejor de nuestros domésticos, y tú, Alejo, te ol-

vidas del hombre que continúa repitiéndote palabras con el rostro falsamente compungido, cierras los ojos para verte a ti mismo, por detrás de tu frente, todo descompuesto, probablemente con la misma sudorosa blancura de los moribundos, la bicicleta, de un lado a otro de la carretera, el manillar y los pedales fuera del control de tus manos y tus piernas, la puta pájara matándote los músculos, a picotazos que también deshilachan y estiran los nervios del pedaleo, hasta dejarlos doloridos, lacios, inservibles ya para el tenso esfuerzo que necesitas más que nunca, para salvar la cerrada curva número siete de la escalada, todavía otras tantas, hasta alcanzar la perversa cumbre de Los Canchales. Y, en esto, que ves de reojo cómo la ambulancia se mantiene, con muchísima dificultad, poco menos que a tu rueda, sofocado el motor en la fatigosa lentitud de la marcha primera.

Esas voces son de muchachas. Se distinguen muy bien, porque las voces de los muchachos son, no sé, como más sombrías y secas, mientras que las de ellas tienen brillos y parece como si brotaran del agua. Pobre hombre, dice una. Antes de caerse, debería bajarse de la bicicleta. Y bien diferente, la del muchacho, pues vaya una cosa, si se bajaran al primer cansancio, no los llamarían forzados de la ruta y otras coñas por el estilo. Y la envidia del macho, lejos de aliviarse, insiste, irritación renovada, pues a mí no me da ni tanto así de lástima, oye, porque ése, como todos los demás ciclistas, ya sabes, se buscan así las pesetas y todo eso que llaman la gloria deportiva, así es que con pan se lo coman, no te fastidia…

Lo oigo todo muy al fondo, igual que cuando me emborraché a los catorce años, en la romería, y me tendieron junto a un pozo para echarme encima unos cuantos cubos de agua, mientras no cesaban de reírse, valiente merluza ha cogido el niño, pronto empieza, claro está, mezcló vino blanco y moscatel…

Estoy a punto de dormirme, cuando me despierta un grito, uno de esos gritos que las mujeres cortan por la mitad llevándose una mano a la boca. Se hace un gran silencio, me lleno de silencio y tengo la sensación de caer a peso en una oscuridad sin fondo, hasta que siento en la rodilla derecha el áspero mordisco de

la carretera. Vaya, hombre, dice una voz de muchacho con tono arrepentido. Desaparece la envidia y todos se inclinan a socorrerme. Uno de ellos me libra los pies de los pedales y otro, cogiéndome bajo los brazos, me incorpora con la ayuda de una muchacha. Sí, es una muchacha. Lo sé porque me llega su precioso olor a mujer, no sólo de un perfume, sino de mujer perfumada, que no es lo mismo, puesto que la mezclilla del sudor y la colonia tiene un cálido tirón amoroso, que, bueno, me hace abrir los ojos, para ver muy de cerca el rostro de la chávala rubia, menos de veinte, ojos azulinas y una expresión de lástima, que, sin duda alguna, le resta encanto a su belleza. Pobrecillo, dice otra voz

femenina, tiene cara de muerto. Ha debido decirlo bajito y a cierta distancia, pero yo, quizá con una sensibilidad de más allá de la muerte, oigo ruidos muy lejanos, musiquillas, ladridos y hasta cariñosas palabras de mis muertos.

Atendido por un enfermero, no abandonas la escucha del motor, interesado en conocer el momento exacto en que las cuatro ruedas llegarían a la meseta del alto, para cagarte en la madre de Los Canchales, hijos de puta Los Canchales, y el enfermero sonreía, sin asomo posible de carcajada, vuelto de espaldas en amable respeto para aquellos lagrimones que te quemaban las mejillas.

Cándido, el director del equipo, permanecía a tu lado, en silencioso acompañamiento a la batalla que librabas con la memoria en carne viva. Y, sin cruzar palabra, un brazo del técnico sobre tus hombros, habéis salido del hotel, y ahora, te encuentras en este bonito jardín de capital, alegres muchachas, que, a juzgar por sus risas y formas de señalar, deben estar comentando, picaronas, cuáles son los cuerpos más atractivos de entre todos estos corredores tan afeitados y peinaditos siempre, mucho más elegantes y relajados los que son famosas cabezas de equipo, gente con músculos predestinados para escalar todos los Canchales de una vuelta al mundo, sin apenas ponerse de pie sobre los pedales, piernas que, además, se muestran como electrificadas en los nerviosos metros finales del sprint, gente mimada por Dios

O por la suerte o el destino, alrededor de la cual se agolpan los periodistas y los

chiquillos cazadores de autógrafos, anchas y dichosas las sonrisas, carne de televisión, cuando después de volver la cabeza, se saben ganadores que levantarán los brazos, igual que divinizados por el grandioso ruido del aplauso cerrado, los suyos sí que deben ser hermosos álbumes, rellenos de imágenes triunfales, no como el tuyo, tan sólo vencedor en carreras de poca monta, fotos para poder presumir muy poco, todo lo más a costa de que puedan verte, codo con codo, entre los mejores del mundo, mira, aquí estoy junto a Pedro Delgado, y, en esta otra, nada menos que a la vera del gran Lemon, y ahí tienes a Bugno, un poco detrás de mí en el pelotón, tií, siempre dispuesto a cumplir la palabra o el gesto que te ordena el figura de tu grupo, al que sirves agua de las fuentes en las etapas de más calores, en todo momento, dispuesto para ampararle del viento que sopla de frente o de costado, además de aguantar sus peores palabrotas de rabia, al ir quedándote, perdidas las fuerzas, justamente cuando el jefe necesita que le brindes el psicológico tirón de tu rueda trasera.

En esto del ciclismo, como en tantas otras formas de ganarse la vida, ya se sabe, los de pueblo encontráis menos facilidades, llegáis encogidos y acomplejados, apenas si os atrevéis a opinar, porque los de capital se expresan mejor, no tienen callos en las manos, y, cuando se mon-

tan en la máquina, pedalean con elegancia y dan la sensación de que serán capaces de correr más, aunque luego ocurra todo lo contrario, porque los pueblerinos, sobre todo, vosotros los corredores de pueblos chicos, tenéis más amor propio que los que nacieron y viven en la ciudad, porque es que os ilusionáis mucho más con las más pequeños éxitos, estáis más necesitados de vencer, de aprender a estar orgullosos, vanidad incluida, algo sin duda alguna bastante absurdo y arriesgado, pero que así es sin remedio, desde el día primero de entrenamiento en equipo, oye, fíjate en el pataje de este, pero, bueno, qué manera de darle a los pedales, vaya, como si todavía estuvieras destripando terrones, ja, ja, ja, y la risa de los niños finos que provienen de talleres, o de oficinas, o incluso de estudios o negocios propios, gente que te mira por encima del hombro, cuando no se compadece de ti, que es lo peor, puesto que eso te rebaja aún más, y de poco sirve que tú demuestres más resistencia o más velocidad, pues te mirarán los callos de las manos con un detenimiento la mar de mal intencionado, y, si en alguna ocasión superas a los otros en vuestra carrera

particular de ensayo, ya se las arreglarán ellos para romper a reír con guasa y menosprecio en cuanto abras la boca y digas una palabra mal pronunciada o cuentes alguna historia de tu pueblo con un entusiasmo que, a los alejados del campo, les resulta ridicula y cómica, por lo que, entre pitos y flautas, desde un principio, os veis cada vez más distantes de llegar a ser algo gran-

de, achicados como estáis al lado de los otros, que simulan más poderío muscular y más inteligencia y más de todo, vaya, que no podéis ser más injustos con vosotros mismos, por propia renuncia, desde un principio torpemente convencidos de que jamás podréis superar los sacrificados niveles del gregario.

Aquel día de agosto, le dio por llamar a Jerónimo, ¿qué, cómo va esa tienda? Mal asunto el tuyo para la musculatura, muchacho, porque, mira, yo no paro de darle trabajo a todo el cuerpo, brazos, piernas, a cada momento doblando la cintura, no como tú, que si dos cuartas de encaje negro, que si agujas y dedales, que si media vara de tira bordada… Se pusieron de acuerdo para pelearse con el sol durante un paseo de unos doscientos kilómetros, música de rock en el transistor bien sujeto al manillar, para que las piernas trabajaran más estimuladas en su ilusionado pedaleo, que ya está bien de conocer las playas tan sólo de refilón, inalcanzables y apetitosas para la soldadesca del ciclismo el agua azul y las muchachas del tostadito color de los barquillos, nunca nosotros pisando la arena, pero bueno, por qué, Jerónimo, por qué tener que conformarnos siempre con eso de pasar de largo por los campos y las calles, viajeros que ni saben el nombre del pueblo que atraviesan, ciegos de prisa, por puentes que salvan anchos ríos, seguro que culebreando, azules, en los resquebrajados mapas de la escuela, y

bosques y torres, lagos y castillos, ermitas, plazas con farolillos y gente joven como tú y como yo, bebiendo el vino interminable de los festejos, bailando con chávalas que estrenarían esencias y vestidos, que ya está bueno lo bueno, que hasta aquí hemos llegado y de aquí no se pasa ¿estamos, Jerónimo? que también nosotros somos hijos de Dios, y risotada va y risotada viene, saludos simpáticos

de gente que los ve pasar con los llamativos atuendos granates del equipo. Y ahora, vamos a parar en esa venta y nos vamos a tomar una cerveza con una buena tapita de caña de lomo, y qué buena estaba la niña del ventero, sana y dura como todos los buenos productos del campo, quién la pillara en la sombra espesa de ese eucaliptal, ni playa ni mierda, Alejo, dos chavali-tas como esa y se acabó el viaje, so tío faldero y picante.

De cuando en cuando, apretaban la marcha, porque se hacía insoportable el peso caliente del sol, y era como si enchufaran el ventilador de la velocidad, un pañuelo amplio y bien fresquito el aire de los treinta por hora momentáneos, uno, marcando ahora el compás, y, al poco, el otro, bien venidas las bofetadas del aire al paso de los coches y, aún más, los remolinos que dejaban tras sí los contundentes camiones pescaderos, y, a todo esto, con música y alegría, relajados y libres, sin tener que obedecer al grito mandón del director de equipo, nosotros dos a nuestro aire, y nunca mejor dicho, todo el aire del mundo es nuestro, sin tener que hacer de centinelas de ruedas de

ésas que se quieren fugar y tú te tienes que matar para seguirlas, que para eso te pagan, oye, o te piensas quizás que te dan un sueldo para que hagas bulto.

Se detienen en una fuente, beben, se bañan la cabeza y juguetean en infantiles guerrillas de agua, devoran unos bocadillos y piensan que nada es tan hermoso como la libertad, vaya, ni padres, ni directores de equipo, ni novias ni esposas, hale, a volar como pájaros, ahora me quedo en esta rama, y luego pego un voletón y me largo a otra de un árbol que nada se parezca al anterior, igua-lito que hoy vamos pasando por pueblos cuyos nombres leemos al llegar a las primeras casas, pueblos que jamás conoceremos, pero que se nos quedarán fijos y vivos en la memoria, no como los otros muchos que atravesamos siempre a cara de perro y cegados, igual que se pasa por esos lugares que te vas encontrando en los nublados caminos de las pesadillas.

Y la playa que se abre al pie de las dunas en un abrazo de ardores aliviados por el movido frescor azul que derrotan espumas y rugidos, sobre una arena llena de oscuros cuerpos brillantes y sombrillas, motoras y veleros sobre los felices lomos del agua.

Para Alejo es aquí, en la playa, donde deben comenzar siempre los grandes atrevimientos y las más imparables decadencias, aquí, donde los hombres y las

mujeres respiran el aire primero de las traiciones y, por supuesto, si a un ciclista que promete se le ocurriera venirse un mes entero a la

playa, seguro que se dejaría aquí la fuerza y el coraje, adiós a todas las metas más famosas que había puesto en orden para someterlas una por una, en tantos o cuantos años, todo calculado y poco menos que sujeto a un calendario de presentidos triunfos.

Me gusta, me enamora la playa. Me parece que, de todos los retales del mundo, es el de belleza mejor calculada. Junto a la arena, que es la sed, nada menos que el mar, agua y más agua, el agua interminable. Y, así como en tierra adentro, los campos presumen del estremecimiento de plantas y copas de árboles que los vientos agitan, la playa cuenta con el oleaje, un movimiento que no depende, ni mucho ni poco, de los caprichos del aire, en continuo juego las espumas que van y vienen y coquetean con los millones y millones de granos de arena, tan calentones ellos como muchachos estrenando hombría en sus primeras madrugadas de feria en primavera.

Y, además, el aquél tan especial que tienen todas las cosas inútiles, las cosas que no han sido creadas para producir esto o aquello, nada, por completo a su gusto y capricho, sin que nadie las domine, las roture o las siembre. Ni una yerba en la playa. Lejos de ella, los árboles, los trigos, las fábricas. Jamás por la playa el bullicio apiñado de las ovejas, siempre alargada parcela expresamente destinada para cuerpos dispuestos a ser felices

sin esfuerzo, a disfrutar del sol de agosto sin ahogos ni sofocos.

Para mí, la playa es la antihuerta, la preciosa superioridad de lo que no se presta a que la trabaje el hombre, como no sea cobrando el uso de los hidropedales, tumbonas y sombrillas, o vendiendo helados, chucherías y refrescos.

Y el agua. El agua azul, bajo la que sabes que se mueve la vida, no como en los muertos fondos de una alberca, en los que pisas ladrillos resbalosos de verdina, agua para regar, agua rentable, descolorida y silenciosa, en la que, de

ahora en adelante, después de conocer la playa, te bañarás sin ilusión alguna, por refrescarte y nada más, sin una emoción ni parecida siquiera a la que sentiste ayer mismo, porque te resultarán baratos y vulgares los aromas hortelanos, que acosan a lo que no es otra cosa sino amplio depósito de agua, para otro baño, desentendido tú de las acarameladas brevas reventonas que te pone al alcance el poderoso ramaje de la gran higuera centenaria que casi adoraron tus abuelos.

Y, muy en lo suyo, mi bicicleta, colocada sobre unas rocas de la playa, parecía mucho más contenta que a la sombra de los frutales.

Bromean, oye, desde este paraíso de la playa, después de ligamos a un par de hembras algo maduritas, de las que saben tanto, nada de irnos a dormir a casa, tú, a tu ridículo cuartito encima de la tienda, y yo, a mi dormitorio de vigas vistas.

techo bajo, toda la noche oyendo cómo gruñe el mastín viejo, que, por lo visto, presiente el pobre que se tiene que morir cualquier madrugada de éstas, sino que nos iríamos por derecho al mejor hotel de la capital, un hotel con un puñado de estrellas, aunque, vestidos como estamos, tendríamos que llevar mucho dinero encima, porque, tú lo sabes tan bien como yo, a los ciclistas, raramente nos admiten en los de dos estrellas para arriba, y es natural, porque todos los hoteles están advertidos contra los corredores, porque, venidos directamente de la meta, manchamos de sudor las paredes y los muebles, y si llovió aquel día, dejamos barro fresco y sucio en los lindos dibujos de las alfombras, y que salimos de las duchas a los pasillos sin secamos, y que rasgamos las sábanas para hacemos tiras con las que vendar golpes y heridas, vaya, y, si se pone a tiro alguna cama-rerita provocativa, pudiera ser que algún compañero vaya a por ella, a lo bestia, todo un escándalo como aquel de hace dos años en una fonda de Barcelona, valiente tío, casi toda la noche sin dormir a cuenta de tanto interrogatorio, hasta que, por fin, cantó el fiera de Agustinito, que, quién lo iba a decir, tan apagado él y de tan pocas palabras, y eso, que el equipo se quedó con un corredor menos, por lo que Cándido, el técnico, muy de madrugada, nos reunió en una de las habitaciones y nos llamó salvajes, cosa fácil ésa de acusar ofendiendo, porque, para ser muy educado y tal, lo mejor es hacer las etapas como él las hace, en coche y con un pequeño frigorífico al ladito mis-

mo del volante. Así es que yo no quiero morirme sin llegar vestido de persona a uno de esos grandes hoteles, sólo la habitación a treinta mil pesetas, no importa, qué cono, una noche es una noche, y pisar esas alfombras en las que, según cuentan, se hunden los pies hasta los tobillos, aunque, después de todo, qué quieres que te diga, tampoco es justo que hagas ascos de tu tienda, y yo, de mi huerta ¿no? Porque a mí, la verdad, me entra mucha pena cuando caigo en la cuenta de que estoy despreciando unas cosas que han sido tan buenas conmigo.

Alejo piensa en la rugosa hilera de perales nuevos y la anchura obediente de las acequias. Pero, sobre todo, se siente feliz representándose la grandiosa estampa de la gran higuera, cuánto poderío en sus ramas, en sus espléndidas hojas, y, como decía tu padre, cuánta paz se siente en esa sombra que vale por quince o veinte sombras de árboles corrientes, más de cien años ahí, mirándose presumida en el agua de la alberca. Sí, la gran higuera antigua, bajo la cual te dio tu padre los primeros consejos para echarte a andar la vida en plan de hombre. Cómo arrumbar al son de tantas ambiciones todo ese mundo, con su jaleo de alas de palomar por dentro, la señalera definitiva del mastín viejo, las ubres rosadas y calientes del par de vacas, y los dos borricos, y el pozo, misterio en mi niñez, con la ronca voz mojada de sus ecos, y, ya de mayor, una hondura negra a la que resulta horrible asomarse en las horas torcidas, cuando el anochecer de la huerta parece que te mira.

—Bueno, Alejo, que ya son las cinco y no llevamos faros en las bicicletas.

Tu padre era fuerte. Sus piernas y sus brazos, duros como troncos de olivo nuevo. Pero sus músculos, muy distintos a los tuyos, eran músculos de trabajar la tierra y el agua, de echarle pienso a los animales y poner en orden los ramajes de árboles y plantas. No, no formaban musculatura, eran músculos que sólo entendían de poder cavar o podar durante horas sin cansarse. Nunca fueron sometidos al programado esfuerzo de los entrenamientos. Hubiera resultado ridículo que alguien hubiera llegado a la huerta ofreciéndole un masaje a fondo para sus piernas.

Los tuyos son unos músculos que, acostumbrados a la guerra del ciclismo, sí que pueden con las prolongadas labores del regadío. Pero, tú lo sabes como nadie, no trabajan a gusto, porque son músculos que han viajado por otros panoramas, han cruzado las anchas avenidas de las ciudades y se inquietan nerviosos al permanecer tanto tiempo seguido en una sola cuarta de terreno. En pocas palabras, tus músculos se han vuelto soberbios y soñadores, porque ellos son músculos para la velocidad, privilegiados músculos con vocación de vencer y ser aplaudidos.

Todo tú, al igual que tu musculatura, en cada nuevo kilómetro de carrera, también te sientes más despegado de la monotonía terrosa de la huerta, porque ya estuviste en edificios muy altos

y respiraste la linda presencia de las muchachas bien vestidas. Te has sentado en los altivos taburetes de las cafeterías de lujo, has viajado en aviones y en barcos, y, aunque, sólo en grupos, te has visto retratado en los periódicos. Antes de empuñar el azadón o el escardillo se te ponen las manos remolonas, con las palmas hacia arriba, como quejosas de que no les des ocasión para librarse de los callos, los desagradables callos grises, marrones y verdosos, callos como pellas de barro seco, ásperos trofeos de la desolada satisfacción por el deber cumplido.

En la zona de salida, bonita glorieta cuajada de rosales, Ricardo Vega, segundo en la clasificación general, sentado sobre el plateado cuadro de su bici, sonríe a las muchachas, firma autógrafos, mira a la tropa de ciclistas con una soberbia elegante, y bla, bla, para él todos los demás corredores son pobre y descerebrada gente que nunca triunfará del todo, y no por falta de tenacidad y fuerzas, sino por puras deficiencias mentales, tanto como para adivinar cuál es en cada etapa la escapada definitivamente buena, como en algo tan simple como el modo menos forzado y más efectivo de jugar con ambos tobillos, como dice él, en algo tan decisivo y fundamental para nosotros los ciclistas como un buen pedaleo, pues no hay más que verlos, la cantidad de energía que malgastan en ese apretar los pedales, que no pa-

rece sino que se afanaran en impedir con los pies que un enemigo logre sacar la cabeza del agua.

Ricardo Vega, además de buen corredor, es muy amigo del sarcasmo y suele recurrir a una verborrea premeditadamente relamida y cursi, para poner de manifiesto el ingenio espontáneo y mal intencionado que le recría su soberbia. ¡Oh! A Perico Roa, el dorado líder de la prueba, dijo Ricardo un día, ni nombrarlo en mi presencia, tan irritante él cuando saca a relucir su lírico estilo de miccionar en ruta, muy en particular durante los descensos, apuestamente erguido sobre los pedales, solemne la expresión dramática del rostro, tan delicados los dedos de la mano diestra al extraer por la apretada abertura del pernil la humanísima válvula procreativa y placentera.

Casi todos le prestan mantenida atención, más que nada, por la malísima leche con que reparte sus desprecios, quizás para poder olvidarse, en lo posible, de unos recelos muy personales y escondidos, que sólo conoce Cándido Menéndez, el director del equipo, en tantas circunstancias, confidente profundo de un atleta sometido a la prolongada presión de pruebas por etapas, cuando tan socorrido, por no decir tan auténticamente salvador, resultaría desahogar en algo o en alguien esos problemas personales que se multiplican y agigantan por la noche, en mitad del hondísimo cansancio que brota de las piernas y trepa por los costados, agita el ritmo del corazón y se adueña de las sienes. Y es entonces, a partir de esa fatiga, en las que participan las vencidas cía-

ves todas del cuerpo, cuando a Ricardo le sale a flote la angustia que le causa Palmira, su elegante novia morena, de familia tan distinguida y rica, que incluso resulta ofensiva y caprichosa. Tanto, amigo Cándido, que, si no gano esta vuelta, me dejará tirado como una pestosa colilla de cigarro puro barato, si es que antes no obedece el redomado consejo de su prima Fabiola, consejo que la misma Palmira me dio a conocer con un descaro siniestro, satánica sonrisa, Cándido, como lo oyes, demoníacamente brillantes los labios, y satánico también aquel entrecerrar los ojos con la premeditada intención de malear aún más el dibujo de su sonrisa.

Cándido, entonces, en mitad de ese sueño despierto y en voz alta que inconscientemente le mana a Ricardo por la boca entreabierta, le pregunta en plan de incisivo y minucioso confesor dispuesto a liberarle de las garras de la

culpa, y también, otro tanto, con la afilada curiosidad del técnico que, tras sufrir en público tan pedantescas humillaciones por parte del figura de su equipo, encuentra la ocasión de conocer nada menos que la verdadera raíz del martirio que le toca sufrir al envanecido diosecillo del pedal, y le pregunta, a ver, Ricardo, entonces, cuál fue el consejo que le dio su prima Fabiola, y el corredor, ya tendido en la cama, sin abrir los ojos, le da cuenta a Cándido de la refinada recomendación: Escúchame bien, Palmira, si es que no puedes quitarte de la cabeza la atractiva fortaleza animal de su físico, acuéstate con Ricardo las veces que sean necesarias, para

llegar cuanto antes al aburrimiento y al asco, porque, si esa es una medicina que de siempre se recetaron ellos, los machos, por qué no utilizarla ahora también nosotras las hembras.

Los padres de Palmira viven en pisos distintos de un mismo gran chalé de lujo. Más bien de tarde en tarde, coinciden en el desayuno y dialogan con una diplomacia exquisita. Desde hace unos quince años son independientes. Rechazaron la fórmula de la separación, más que nada, por considerarla una vulgaridad. Cada cual busca y rebusca la renovadas emociones que brinda el mucho dinero. De mutuo acuerdo, resolvieron el impedimento que suponía su pequeña hija única, argumentando que lo mejor sería enviarla a los mejores internados del extranjero, para que aprendiera sin esfuerzo varias lenguas, y, al mismo tiempo, para evitar que, a sus diez años, comenzara a hacer preguntas de dificultosas respuestas.

A los doce o trece años, Palmira, con la agilísima intuición que otorga la disciplinaria soledad de los internados, adivinó los amargos detalles de la verdad, desde bastante antes de conocerlos de cerca a los dieciséis, temporadas enteras sin ver a sus padres, restos de cocaína en la mesilla de noche de papá, cartas y fotos de mucha calentura en el bargueño de la madre, abierto por olvido, y con frecuencia, en la acera de enfrente, el llamativo descapotable de un muchacho con miradas y patillas de chulo en fino, pocos años

más de los treinta, para una cincuentona muy rica y bien camuflada bajo los más sofisticados milagros de la cosmética. Todo un curso, pues, para decidirse a vivir a tope y cuanto antes, aunque de tales malos ejemplos, si bien aprendió a considerar que todo este jaleo de la vida dura cuatro días, no se percató del cansancio crónico que padecían sus padres, de tanto perseguir emociones cada día más raras y distintas, todo un drama doble por separado al despertar cada mañana, o cada mediodía o cada tarde, según pintaran los desatendidos relojes de la madrugada, otra vez el peinarse con la lenta tristeza que padecen quienes pueden elegir entre quince o veinte maneras de pasar el día, un verdadero mapa de entusiasmos posibles, grueso y surtido el listín de teléfonos, lugares lejanos a los que podrían llegar en unas horas, para revivir amores o amoríos o jugar a la ruleta, pequeñas islas donde vivir a solas, presumiendo de estar intentando salvarse de la locura, quince, veinte o treinta sitios, para no quedarse en ninguno, porque, como el quedarse envejece y adocena, siempre será preferible ir de un lado para otro, probándolo todo, incluso eso de salirte del mundo de la opulencia, para vivir caprichos nada distinguidos, sino, muy al contrario, antojos como este de dejarse querer por un ciclista, fuerte y vulga-rote como un tronco de árbol callejero, maloliente a sudor hasta recién salido de la ducha, porque la gente pobre resulta que huele no a un solo sudor, sino a muchos sudores acumulados de generación en generación, el sudor pegajoso del abuelo de

Ricardo en la siega y el sudor del padre bajo el sol de los andamios afanándose en darle algún estudio al hijo, que, desde muy jovencito, decide hacerse ciclista, y con esto, un nuevo sudor que añadir a los otros sudores de la pobreza, sudor que brota del esfuerzo y también de la ambición de dominar la ruta y llegar el primero. Y es que, como teorizaba doña Aurelia, una tía de Palmira, si te fijas bien, algunos de esos pobres, cuando levantan cabeza y se ponen soberbios, acaban oliendo a vaca parturienta, peste que desconozco, dijo, aunque, eso sí, la presiento verdaderamente insoportable.

Salgas por donde salgas, la pobreza te atrapa, no te permite despegarte de ella, te sigue y te persigue, se hace presente cuando tú la creías de sobra superada, y siempre lo hace en el momento más oportuno, en las circunstancias más delicadas y decisivas. Has de llegar a ser muy famoso y muy rico, para que nadie se te acerque con la más redomada intención de descubrir en ti tales o

cuales detalles heredados de miserias más o menos cercanas. Y, aún alcanzando la fama y la riqueza en grande, poco o nada lograrás en determinados ambientes, a los que sólo tienen acceso los toreros cabezas de cartel y algún que otro cantante con disco de platino, como si, de repente, sus cuerpos, gracias al triunfo, dejasen de transpirar sudores campesinos, sudores carpinteros o de albañilería, sudores de fragua o de jalar

a bordo la afortunada y brillante cargazón del copo.

Pero eso es algo que muy contadas veces logra el campeón ciclista. Popularidad, toda la que se quiera, hasta el empacho, y cámaras de televisión por los cuatro costados de una multitud llevándole en volandas, durante la solemne entrega del maillot amarillo ante la imagen de la Patro-na de su pueblo. Pero muy raramente será invitado a las lujosas estancias de la llamada alta sociedad y, vaya usted a saber por qué, quizás debido a que, de inmediato, la remilgada tía que todas las Palmiras tienen acabaría expresando su repulsión hacia unos hombres, que, según cuentan, orinan sin bajarse de la bicicleta, de pie sobre los pedales, y que, en ocasiones, hasta hacen de vientre sin bajarse a la cuneta a desprenderse de sus ajustadas calzonas de colorines.

Y otro tanto, aunque en distinta medida, les ocurre a casi todos los deportistas, salvo a los de la raqueta y el palo de golf. Ni siquiera se salva de esta quema el futbolista cien veces internacional y más o menos reconocido como genio del regate y el gol. A igual que el buen ciclista, son muchos los otros que sí, que son admirados y aplaudidos desde los remilgados mundos de la cursilería y el lujo, pero nada de recibirlos en el acotado esplendor de sus salones.

En el caserío de la huerta, la bicicleta de Alejo Piña no está acomodada en un rincón del

cuartucho de los trastos, vecina de alguna silla paticoja o de la leprosa decadencia de un par de viejos cangilones de la noria. No. La bicicleta de Alejo Pina descansa de día y duerme de noche en el dormitorio matrimonial, apoyada en la pared de frente a la cama, donde habría de estar y no está un ropero ancho

y alto, justamente a la izquierda entre la mesa y el televisor, paso a la artista de la casa.

A Juanita le cuesta muchísimo mantenerse siquiera aparentemente serena, cada vez que ve a su marido arrodillado a los pies de las dos ruedas, que él coloca sobre una tira de plástico esponjoso de lindo color naranja, no para evitar que manchen las losetas con su grasa, no, sino, muy al contrario, para defenderlas en lo posible del polvo fino que, en volandas del solano, llega desde los arenales de los pinos y se mueve a ras de suelo, arrastrando pequeños restos de hojas y semillas, trocitos de papel venidos de vete a saber qué lejanías, insectos diminutos, flecos mínimos de pluma, barrillos secos, así como muchas otras basu-rillas casi invisibles, que, por lo que se ve, pudieran ensuciar dañinamente los hondos dibujos de las cubiertas, a las que limpia continuamente con una mixtura líquida de color guinda, que, según asegura, inventó él mismo, a base de alcohol rebajado y zumos de fruta, porque, como dice, no del todo en broma, también a las ruedas les vienen bien las vitaminas.

Más que una reina, es una diosa de la casa, y de la huerta entera, platinada máquina de correr,

a la que Alejo, de un día para otro, le saca renovados brillos que parecían imposibles, y Juanita, más de una vez, ha tenido que llamarse tonta y loca a sí misma, por suponer que su marido, a solas, pudiera entregarse al besuqueo y a la caricia apasionada en ese algo de mujer opulenta que tiene el manillar.

A su vuelta de los entrenamientos, si ha llovido, Alejo le limpia a su máquina, uno por uno, los salpicones de barro, desmonta la cadena y la asea con el mismo esmero gozoso con que Juanita limpiaba los culitos a los hijos pequeños.

Para cuando, allá por los ochenta años, tenga que renunciar del todo a ella, tiene previsto colgarla en la misma pared donde la apoya ahora, recubierta con una especie de barniz transparente que evite la herrumbre y el natural envejecimiento del metal, fijados a su alrededor, cientos de fotos, recortes de periódicos, y ¿por qué no?, quién sabe si también algún maillot amarillo o uno de los rosados del Giro, en fin, una especie de retablo caseramente levantado en memoria de las sonadas piezas de esa simple y fina maquinaria que viene a ser norte de la vida y casi religión, para un hombre, que, a fuerza de sentar en su

sillín los más ambiciosos sueños, ha llegado a tratarla casi como a una persona, palabras cariñosas, de enfado o de ruegos, durante los kilómetros más decisivos de cada etapa.

Mucho ha llorado en silencio la mujer de Alejo Pina, a cuenta de temer que la bicicleta, a golpe de pedal, pueda conducirle al hotel de lujo

ese, donde las mujeres guapas y elegantes de otro mundo acostumbran a echarle las redes a los ingenuos hombres pobres que han conseguido subirse a la lujosa tarima del dinero y la fama.

Sí, Juanita tiene miedo de cobrarle rencor y odio a la ligera herramienta de tan fabulosos sueños, y, en ocasiones, hasta se acerca al desvarío, como le ocurrió aquella vez, cuando Alejo inflaba las ruedas con tan mimoso regodeo, que no parecía sino que estuviera haciendo el amor con su bicicleta.

Pero no eres tií sólo, Alejo. También has sorprendido alguna vez a otros corredores, poco menos que venerando a sus máquinas. En especial, cuando están completamente a solas con ella, las acarician y hasta les dicen cosas, no siempre agradables, porque también les riñen, como si ellas, y no sus piernas, hubiesen tenido la culpa de sus penúltimos fracasos.

Para ti es como un ídolo, y, probablemente, significa para ti más que un ídolo. Y, si no es así, que te expliquen por qué se te saltaron las lágrimas cada vez que tuviste que cambiar de bicicleta. Tres bicicletas ya, qué bien contadas las tienes, desde aquella primera de tus catorce o quince años, de las llamadas de paseo, tan pesada la pobre, alto el manillar y estruendoso el temblique de los guardabarros. Y, más tarde, ya metido en competiciones, las otras dos, cada una más perfeccionada que la otra, unos kilos menos de metal

en cada nueva despedida, hasta el punto de cobrarle, de momento, un poquito de rencor a la máquina nueva, por desplazar a la que era, más que una buena amiga, tu auténtica querida, a la que preferías no volver a ver ni siquiera apoyada en una pared y nada digamos de los celos que te entraron al ver cómo sobre tu recién repudiada bicicleta iba montado un muchacho que no sabía darle el son de

pedaleo que tanto le agradaba a ella.

Hace menos de un mes, a los postres de la comida de fin de entrenamiento, el gran jefe de la marca leyó unas cuartillas en las que os arengaba como si fueseis una tropa a punto de abandonar las trincheras de los preparativos, para meterse en las refriegas de la Vuelta. A ti, no sin razón, te aburrió y hasta te molestó un poco aquel modo de azuzaros como a perros de presa. Pero, al final de sus palabras, dijo una frase inolvidable. Por lo visto, el gran jefe la había sacado de un libro de poemas. Cuando os levantasteis de la mesa, le pediste que te la copiara en una servilleta de papel. Todavía la conservas: "La bicicleta, ese metálico animal de carretera…"

Después de mucha tabarra, y sin confesarle los motivos, conseguiste que don Luis el boticario rebuscara en un grueso libro de geografía, para poder complacerte con una nota sobre Los Canchales, nota que, durante meses, has llevado encima, cien veces releída hasta casi aprenderla de memoria, monte situado en la provincia tal y tal, perteneciente a las estribaciones tal y cual, a ochocientos metros sobre el nivel del mar, que fue escenario de una gran batalla de moros y cristianos en el año tal, y cuya larga subida supone doce kilómetros y doscientos cincuenta metros. En otro tiempo, las faldas de Los Canchales estuvieron completamente cubiertas por encinas, castaños y alcornoques, ya desaparecidos todos, pasto de las llamas, por lo que las torrenteras de lluvia han dejado el paisaje en total desolación de grandes y duras piedras que dan nombre a la altura.

Tú escarbabas de continuo en la obsesión de esa cuesta que te dejó marcado, desde que, años atrás, te humilló, siempre al final de esta misma etapa a punto de comenzar, una cuesta que tienes recogida en un buen número de fotos, que los gráficos seguidores de la Vuelta, a petición tuya, te enviaron contra reembolso, la empinada subida captada desde distintos ángulos, y, de entre todas, la que más te atrae es la que abarca el pico de Los Canchales, que tiene algo de techo enorme o de garra que amenazara con dejarse caer a peso encima de los corredores, que, allá abajo, suben lentamente, los unos detrás de los otros, como desconcertada hilera de afanosas hormigas.

Pero tu más desgraciada experiencia en esta absurda esclavitud mental la has

vivido durante los meses de otoño e invierno, nunca haciendo piernas por alguna otra carretera que no fuese la pendiente de siempre, tanto en escaladas como en

descensos, y no ya sólo en costosos esfuerzos, sino más bien en enconada pelea con los sinuosos paredones, bajándote a veces de la máquina para estudiar el ángulo y el declive de cada curva, como si se tratara de una puta desnuda, la querendona sucia que te domina, porque, si bien la odias, nunca llegarás a cansarte de desearla.

En cierta ocasión le oíste contar a don Gustavo, que, durante años, viene soñando que le queda por aprobar una asignatura de su carrera de médico, que, mientras dura la pesadilla, pasa un miedo enorme a que se presente en mi casa la policía, ¿es usted don Gustavo Milla? pues queda usted detenido por ejercicio ilegal de la profesión. Y qué alivio, por fin, cuando, no del todo despierto, con los párpados aún entrecortados, va a su consulta y pasa una mano por el marco de su título de licenciado en medicina.

Pues algo de esto es lo que te martiriza, oh, la cuesta de Los Canchales, una asignatura que, de no aprobarla en la etapa de hoy, se te enquistará en la memoria con todos esos datos que suelen completar el obsesivo y turbio argumento de las pesadillas. Y nunca lograrás liberarte de ella. Jamás podrás curarla ni con alegrías ni con satisfacciones. Te imaginas a ti mismo, a primeros del año que viene, averiguando los proyectos de ruta que la organización de la Vuelta diseña. Hasta que, llegado el día de hacer público su recorrido, buscarás ansioso en el mapa de España, a ver si

la raya del trayecto pasa por ese punto enemigo, de cuyo nombre, arrastrado tú pí)r los fanáticos miedos de la superstición, ni siquiera consentirías que nombrasen en tu presencia.

Y, si, como es de esperar, el algo de Los Canchales está incluido de nuevo en el puñetero programa de las dificultades escaladoras, Cándido Menéndez, el técnico de Granate Ron, te echará un brazo por el hombro, para decirte, con la amable lentitud de las noticias fatídicas, que, bueno, ya te habrás enterado ¿no?

se ve que los organizadores le han tomado gusto a tu endemoniada cuesta.

Dicen que la desgracia es lo que más nos acerca a Dios, pero tú, tan encelado con el triun-l'o, lo pones en duda. Piensas que, quizás, cuando la muerte se te venga encima, pues sí, querrás ponerte al son con las cosas de por allí arriba, aunque más por miedo que por sentimiento. Y, en cambio, si consigues algo que venías soñando desde niño, te debes notar por los adentros un emocionante hormigueo por el estilo del que deben sentir los que viven o presencian un milagro, porque, durante una gran alegría, según tu parecer, pudiera ser que dejaras de ser tan rastrero, no ya tan barro y fango, te levantará la dicha muy por encima de los malos recuerdos, y hasta te imaginas que el júbilo será como un agua que te limpie el corazón y el pensamiento, muy lejos entonces la idea del infiemo, retazo de cielo en

las miradas tuyas y en las otras, y también en las palabras que los demás pronuncien y en la repentina forma de quitarte de encima el peso avinagrado de los rencores.

Ahora que ruedas sin esfuerzo por la interminable recta del llano, casi te adormilas de regusto viéndote a las afueras de tu pueblo en un imponente deportivo descapotable, que, para tan señalado acontecimiento, buscó Cándido entre sus buenas amistades, y allí tus paisanos, que no cesan en sus aplausos, y el alcalde, al frente del Ayuntamiento bajo mazas, con una banda de música expresamente traída de alguna población grande, y vivas y ovaciones, y un verdadero delirio que se desata en el momento de enseñar tu último maillot amarillo, el uniforme apoteósico del triunfo, tú, campeón de la Vuelta, tú, soñando ya también con eso mismo, pero mucho más grande, en los Campos Elíseos de París. Tú, en tu pueblo, todo corazón, al borde mismo de echarte a llorar, tú, que levantas la vista y ves a la familia de Juanita en su balcón y los saludos cruzando los brazos ante el pecho en reconciliadora señal de abrazarlos, y ellos, también emocionados, te aplaudirán, felices de recuperar tu cariño, porque la alegría del éxito hace posible que todos cuantos la disfrutan se desprendan del androjoso abrigo del resentimiento, más libres y más ágiles, más sanos y más dignos de acercarnos todos a un tiempo.

A mí me resulta curioso y me choca observar cómo entre los mismos compañeros de equipo, mientras los de pueblo se persignan al echar a rodal" en una nueva etapa, algunos de los de capi-lal. cuando sale la conversación de si hay o no hay otra vida y todo eso, pues, en el mejor de los cusos, miran hacia otro lado, como diciendo que pasan, que sí, que puede ser que Dios exista, pero, bueno, en seguida cambian de conversación, ¿para qué complicarse la vida?

Yo me pregunto si no será que los de pueblo oslamos más cerca de la naturaleza, y, aunque dudemos, pues no faltaría más, nos repetimos con in;is írecuencia todas esas preguntas que te salen al paso en los largos silencios pueblerinos, o al comprobar, una vez más, cómo de un simple grano de trigo brota el tallo, y el tallo crece y crece hasla enseñarle al aire esa maravilla que es la espiga, cualquiera de los millones de espigas que abarcas con una mirada desde el Cerro de los Cabreros.

También pudiera ser, digo yo, que en las grandes ciudades, apenas si hay ocasión de mirar al cielo, porque el cielo está como acorralado por unos edificios tan grandullones, y porque, además, son tantas las cosas que hay que ver y que desear por las grandes avenidas, a ras de suelo y en los bares, en las viviendas, en las salas de fies-las y en los escaparates, que no queda tiempo ni para hacerse preguntas, y, mucho menos, para ponerte a rezar en mitad de tanto ruido.

En el pueblo, sin yo buscarlo, zas, me encuentro por la calle a don Alejandro el párroco, nos tomamos unas copas de vino, me pregunta por mis cosas del ciclismo, y, como el que no quiere la cosa, entre chiste y chiste, me coloca alguna que otra cuña de religión, porque, esa es otra, los párrocos de la capital se mueven como perdidos entre tantísima gente, cruzándose con unos parroquianos suyos de los que no conocen ni los nombres y con los que sólo cabe la rara posibilidad de que le llamen para tenerlo cerca en el momento de los miedos últimos.

Y, hablando del miedo, yo no me explico, ni me explicaré jamás, cómo al sentir el gran miedo de los descensos a tumba abierta, no se acuerden de ese alguien que tiene que haber más allá de lo que don Alejandro llama esta dura carrera de tantísimas metas diarias.

Todo el que aspira a algo que se sale del dale que te dale a la trilla de una hora y otra, de un mes y otro mes, necesita escaparse de cuando en cuando a los niveles de lo imposible, por muy lejano y difícil que se dibuje, por mucha guasa fina que te den en la taberna. ¿Qué, Alejo, jugando a Perico Delgado? Nada, tú, ni caso, ¿sabes? Y si te sientes en peligro de renunciar, te vuelves a la huerta, y, un poco más allá de la noria, a la espléndida sombra de la gran higuera, bajo la cual tu padre te dio las lecciones más serias, te dedicas a repasar ilusiones, y no con la intención puesta

en razonarlas, porque eso las encoja y achique, sino, muy al contrario, para ponerlas más vistosas y atrevidas, con más sexy, vamos, ya me entiendes, para que las veas apetitosas, las desees y las pretendas con la osadía del sueño. Y las desnudas ¿eslamos? puesto que sólo así lograrás encapri-charte del todo con todas esas metas que te propones, o, más claro todavía, porque las ambiciones grandes no podrán cumplirse jamás, si prime-lamente no les metes mano y te enconas con i-llas.

Hace años, en tiempos de darte los primeros Uiles de carretera, conociste a un viejo que ronda-tía los ochenta. Había comenzado a llover con luerza, y, en las afueras de un pueblo, buscaste el abrigo de unos soportales. Tras responder a tu saludo, todas sus miradas eran para tu primera bicicleta de carreras.

—Conque corredor ¿eh? -y añadió sin aguar-(lai respuesta-: Muchos sueños, ¿no? Todos los sueños del mundo en las venas, en la respiración y hasta debajo de las uñas. Mira que, si no es así, por mucho que les des a los pedales, jamás llégalas a algún sitio que valga la pena.

Tú le respondiste con una sonrisa agradecida.

—Yo, a tus años, también era un avispero de sueños. Y llegué a ser un buen matador de novillos puntero. ¿Y qué pasó después? Que tuve que (|uedarme en banderillero, cosa que, por otro lado, tampoco tiene desprecio. Pero no llegué a tomar la alternativa. Resulta que, frente a mi casa, había una tienda que llevaba cerrada qué sé yo el

tiempo. La traspasaron a un tendero nuevo, y, con el tendero, llegó la niña del tendero. No veas, muchacho, no veas -y con las manos modelaba en el aire la doble curva de unas caderas.

—Un lío ¿no? -dije, deseoso de que entrara en más detalles, mientras la lluvia, empujada por el viento, barría y sacaba renegridos destellos de la carretera.

—No, un lío, no. Porque un simple lío de faldas, pues no tiene mayores consecuencias. La niña del tendero me ha dado seis hijos, de los que tenemos ya nueve nietos, y créeme, todavía está guapetona. Todo salió muy bien. Hemos sido felices. Pero eso, yo no pude pasar de banderillero. ¿Y sabes por qué? Pues porque la niña del tendero, desde el primer día, se fijó en el avispero de sueños que yo tenía detrás de la frente, y dijo, huy, con lo peligrosas que son las avispas.

El llano se te da bien. No tiene que decírtelo tu director de equipo, tan sabihondo él, frustrado corredor metido a dirigir a los demás, bonito trabajo, su coche a rueda del pelotón, si la etapa es de las tranquilas, o viviendo la emocionante nerviosera de las escapadas, aún en el caso de fugas que se hayan perdido sus soldados, medio ronco de tanto alertarlos contra las sorpresas, jaleándolos como a galgos, cuando los rivales saltan del pelotón, por lo general, en brincos de alevosía, cogiéndole las vueltas a la panzuda tranquilidad del grupo, tal y como en tantas otras cosas de la

existencia, vaya, que no hay nada que se parezca (aillo a la vida como una carrera por etapas. Toda la ra/ón del mundo para usted, don Alejandro, hoy, un día malo, mañana, otro peor, y, al si-Huicnte, zas, el alma y las piernas te responden de maravilla, y ya estás en la meta, suelto de manos y en postura de salir como un ser superior en foto ele portada. Y también como en la vida, los compañeros del pelotón, sonrisas van y sonrisas vienen, hasta chistes verduzcones en los trayectos Iranquilos, hasta que, en plena tertulia, sin dejar de sonreír, se deslizan poco a poco hasta la posición ideal para quitarse de en medio, dejándote encerrado entre otras bicicletas, igual que los buenos negocios repentinos, que siempre hay alguien que se queda atrapado entre las circunstancias, tal cual suele ocurrir con algunos amigos falsos.

Uno de los directores, en un adelanto al pelotón, grita, de pasada y repetidamente, que sólo fallan ocho kilómetros para que la carretera empiece a empinarse. Levantas la vista y contemplas el soberbio bulto que se eleva en el horizonte como un desafío, monte contundente y temible como un gigantesco guante de boxeo y también con algo de palabrota puesta al fondo del todavía apacible y descansado pedaleo, todo un chulesco insulto, una manaza que se abre para indicarte que no podrás llegar hasta la cima.

Y lo mismo que un cohete festivo, estalla el pelotón en numerosos colorines que se agitan, los unos a la caza de los otros, un manojo de nervios

el puñado de hombres que reciben las quebradas voces de los técnicos, órdenes que restallan y crujen como fustas o látigos sobre unas espaldas que se arquean en el crujiente esfuerzo del alboroto, hasta que, al fin, se resignan todos a continuar agrupados, por el estilo mismo de cuando llega la fiesta del pueblo y se reponen amistades perdidas en los desenfados optimistas del copeo, todas las riñas aplazadas, hasta que, una vez concluida la feria, de nuevo se va poniendo de pie la carretera de la vida de todos los días, y, a partir de entonces, se entrecruzan las miradas de recelo entre quienes pretenden robar el éxito a los otros, y otro tanto, los demás, pues todos y cada uno desean realizar ese buen negocio consistente en llegar el primero a lo alto, y, por detrás, todavía allá abajo, que cada cual se las componga como pueda, y mejor que mejor, si se hunden agotados por el inhumano forcejeo contra los paredones. Porque, en llegando la hora de la verdad, la hora de la montaña, el que no pueda con la gran putada de los repechos, que se joda.

Ya estás en la mitad de la escalada de Los Canchales. Con una precisión casi milimétrica, la cuesta se multiplica en curvas, porque así, según dicen, no se hace tan empinada y seguida. Pero a uno, a las tres de una tarde calurosa, que no le vengan con esas, que hay que ver lo que es encontrarse, a cada rato de horrible esfuerzo, nada menos que otra curva cerradísima, tú, a punto de

caerte, pues la carretera se te pone aún más encarada, aún más castigadora por

niveles superiores a tu cabeza, todo un poco así como cuando, con los brazos abiertos, mantenías estirada la madeja, a la que los tironcitos de tu madre iban librando de una y otra mano, en vaivenes amables, mientras el hilo agrandaba en sus manos la hermosura suave del ovillo. ¡Ah, tu madre! Si pudiera verte tu madre, que en paz descanse, dale que te pego a los pedales, hijo mío, todo tú bañado en sudor, y era cierto, un sudor caliente, un sudor que, como acabado de hervir, te chorrea por la cintura hasta las piernas, tostadas por el sol, y no bronceadas, no playeras, sino renegridas, hsa y brillante la piel, piernas hechas a trabajar en los infiernos de la carretera, limpia de vellos, porque un masaje y otro y otro, terminan por eliminarlos para toda la vida.

Tu madre se asustaba al verte las pantorrillas, si es que tus pantorrillas no son verdaderas pantorrillas, ni un gramo de carne, sólo el músculo exageradamente alargado, los huesos con sólo piel encima, azulencos trazos las venas, que parecen arroyos atravesando rastrojos quemados, hijo mío, que esto no puede ser bueno, que esto no es natural, y lo que no es natural termina dañando el cuerpo y hasta el alma, y con qué miedo miraba la bicicleta, pobrecilla mamá, lo mismo que si mirara una perversa navaja cabritera o un tarro de veneno o uno de esos perros que, de tontorrones, ni gruñen, pero que son capaces de morderte en el cuello y chafarte un manojo de venas.

Maldita subida esta de Los Canchales, vieja conocida tuya la carretera descarnada, cuántas veces hasta ella, cumplidos los cincuenta kilómetros largos que hay desde tu pueblo, implacables en invierno las cartas de Cándido, el director del equipo, y de Ricardo, tu jefe de filas, no dejes de entrenarte en Los Canchales, porque, tú lo sabes bien, la montaña no es tu fuerte, y, en pleno invierno, cubierto con plástico transparente, hala, hecho un garabato entre el manillar y el cuadro, enguachinadas las zapatillas, salpicones de barro hasta en los ojos, este es el precio de la gloria, has llegado a decirte a media voz, para animarte, para que no dieras por hecha la derrota, una derrota más que tentadora, puesto que nadie que te importara podría presenciar, durante un entrenamiento, el echarte abajo de la máquina sin que el conductor del camión que te recoja ponga ningún pero, pues faltaba más, has hecho muy bien, muchacho, que no está el día para ir encima de una bicicleta.

Pero tú, que no y que no, de pie sobre los pedales, las cejas defendiéndote los ojos cuanto pueden, enfurecido el ceño, nunca tan agradecida la mirada a la

crespa pelambre del entrecejo, y llegabas a lo más alto de Los Canchales, y te sentabas la mar de contento en uno de los topes de la carretera, bendita la lluvia que te ayudaba a quitarte de las piernas la costra de sudor y lodo, limpia, por fin, la cara, todo listo para regresar al pueblo en suave descenso hasta el llano, donde todo es pan comido hasta tu huerta, para encon-

Irar en tu mujer un gesto como de empezar a desinflársele la preocupación y el miedo, saltarines los niños, toca que te toca el manillar, los finos y plateados radios de las ruedas, asombrados, como en presencia de un dios, al verte a ti, lan satisfecho de ti mismo y con aquella sonrisa de ganador, bajo unos cabellos sañudamente cas-ligados y vencidos por los revoltosos dedos de la lluvia.

Pero ahora, todo es distinto, ahora se trata de la etapa número quince de la Vuelta, un montón de kilómetros en la angustia de cada día, una ansiosa envidia de los contados compañeros que soportan las durezas de la ruta con tamaño desparpajo, que hasta sonríen, oye, mientras pelean, metro a metro, con la encanallada traición de los repechos, hasta saludando, incluso, a la cámaras de la tele de las motos, y qué cómodos estarán iVente a los televisores esos miles o millones de espectadores que acaban de comer, hale, un buen café, una copita, el mordisco al puro, y la cerilla, vamos a ver cómo se portan los forzados de la ruta, la leche que mamaron, cómo charlan entre copa y copa, repitiendo frases hechas, la serpiente multicolor, no hay un deporte tan duro y tan mal pagado, ni siquiera el boxeo, en fin, mucha admiración y mucha mierda, pero…

Yo lo paso muy mal, cuando, en compañía de otros, contemplo el reportaje televisivo de una carrera. Me preocupa hasta en familia. Como

nunca he ido al Tour, sigo por el televisor todas sus etapas. Pues bien, he tenido que tomar la determinación de verlas a puerta cerrada. Ni siquiera puedo soportar las risas y las voces de mis niños, porque me siento compenetrado con aquellos hombres que luchan y sufren. Es más, a veces, yo creo que, sentado como estoy en una butaca, muevo las pierna, sudo, y no mentiría si dijera que hasta me duelen las piernas, la espalda y las manos, al presenciar las últimas

pedaladas de ese hombre, al que se le va la máquina de un lado para otro de la carretera, momento en que alguien, apoyado en la barra de la taberna, comenta señalando al televisor, ahí va, ése está a punto de caer como una breva, y añade, entusiasmado, oye, tú, repíteme el cubata, que esto se pone bueno. Y otro le toma el relevo, lo que yo no me explico es cómo estos mierdas de corredores segundones se atreven a escaparse nada menos que en la subida a un puerto, vamos, que hay que ser tonto de capirote, más que merecido se lo tiene, y yo, dicho sea la verdad, hasta me alegraré de que lo alcancen, por idiota, será imbécil, valiente petardo el tío, si no hay más que verle la cara…

Los de las motos recogen con sus cámaras, en primerísimos planos, ese gesto de agonía, esos labios cuarteados por la sed y la fatiga, y, sobre todo, esa fiebre que le encienden sus miedos a ser adelantado, después de cien kilómetros sin más compañía que la del campo, que, como una mirada enorme, lo contempla en silencio y parece que

le llama loco, tanto derroche de fuerzas para liada, porque estás a punto de ser cazado. Y, como insufrible música de fondo, la misma voz que insulta entre trago y trago de cubata, si ya se veía venir, so picha corta, vuelve la cabeza y verás cómo se te echan encima, so vaina del ca-rajo.

Sí. Es mejor presenciar la carrera a puerta cerrada, porque, a solas, más que vivir, convivo con lo que veo, tanto con los que vencen como con los que son derrotados, aunque lo lógico es que me incline con más cariño, y también con más pena, por los que son más o menos como yo, y, a veces, me sorprendo yo mismo, al verme entusiasmado de tal modo, puesto de pie y agitado, al ver cómo un gregario se va de todos, nada me importa su nacionalidad, un gregario que aprovecha bien la indiferencia de quienes saben que ese dorsal está a más de una hora, y me entusiasmo con él, y sufro, como si también yo estuviera dentro de ese trabajoso atrevimiento de acercarse, nada menos que el primero, a las altas tribunas de la meta, seguro que, pensando en su madre y en su novia o en su mujer y en sus hijos, se dirá, qué alegría y qué miedo deben tener, si es que me están viendo, y, oh, mis niños, en un continuo grito, venga, venga, papá, no dejes de darle más y más a los pedales, ni siquiera vuelvas la cabeza…

Y, detrás, a diez o quince metros, el pelotón que avanza como un tiburón dispuesto a devorar

el sueño del pececillo… Y cierro los ojos y apago el televisor con el mando a distancia. Y lloro.

La cuesta, tú lo sabes de sobra, a partir de esta quinta curva que estás doblando ahora, se hace aún más peleona y enemiga, y, a juzgar por los cálculos que llevas hechos sobre tu retraso, no andará ya muy lejos, a tu espalda, el camión escoba, y quién sabe si el conductor no se estará retrasando a cosa hecha, para que tú no te desanimes al darte cuenta de que el viejo parachoques te pisa los talones. Quién inventaría lo de ese cacharro fin de carrera, mejor hubiera sido que cada uno, cuando se quedase sin fuerza, se las arreglara como pudiese. Vaya, hombre, ahora, te toca desvariar un poquito. Pero, ¿qué ibas a hacer tú en plena carretera, ahí tirado como un perro, porque, a ver qué coche te recogería con la máquina y todo? Así es que bien puesto está el coche escoba, vamos, que si te sientes maduro, pues a mandar a parar las cuatro ruedas de la desgracia, que, por si fuese poco, lleva a modo de escudo o de bandera un escobón sobre la cabina, qué graciosos. Pero lo cierto es que te ayudarán a subir, muy serios, muy amables, bueno tú ya lo sabes por experiencia, algo muy triste de lo que no has vuelto a acordarte durante todo el año, una mala memoria que no ha sido bastante para frenarte en lo de la bebida. Primeramente, el vino, y, al compás que la frustración se te recrecía, siempre a peor, a lo más fuerte, al coñac, la ginebra, el ron

camuflado con refrescos, hasta necesitar, para curarte los insomnios, llevarte a los bajos de la cama la botella de aguardiente que tienes escondida en la baja viguería del palomar. Y cuántas noches, después de la cena, todavía con el chándal de los entrenamientos, le mientes a Juanita, que voy a hacer unos kilómetros de carretera, sí, de noche, mujer, porque tengo los músculos entumecidos, y, según el entrenador, es cosa mala acostarse sin antes remover la sangre durante un rato de pedaleo, y, cargado con el remordimiento de tu mentira, te ibas a beber por las ventas, nunca dos copas seguidas en un mismo mostrador, expuesto a qué sé yo, en los cruces de tu luz pequeñita con la

deslumbradora larga de los coches, y, a la vuelta, bien puesto, te soltabas de manos y silbabas entre canturreos, del todo libre ya de la enroscada obsesión de los fracasos, de nuevo recuperada la alegría de los quince años, cuando ganaste en un pueblo de al lado tu primera carrera juvenil, qué hermoso el ramo de flores, beso de la preciosa niña del alcalde, lindo también el pequeño trofeo, muy como si fuera de plata de verdad, aunque, al cabo de un mes, sería un símbolo de lo poco que duran los triunfos, por horas, más y más áspero y oscuro, hasta hacerse pronto pura herrumbre, absurdo mantener aquello en la repisa del comedor, con tan vencida apariencia de inservible pieza de maquinaria puesta a morir a la intemperie, irremediable el final del trofeo en la basura, yo no, Juanita, llévatelo a la

escombrera del puente, cualquier mañana que yo falte de casa.

La botella está ahí, a la espera del hombre contrariado, del hombre de negocios en declive, del poeta al que ya no le salen los versos con aquel poderío de siempre, del cantante cuya garganta va dejando de ser aquel manantial de voz, de la estrella de cine que envejece o que pierde repentinamente el encanto del gesto y el atractivo lenguaje de sus miradas. Y, por supuesto, del atleta que no corre tanto o que salta menos o que lanza la jabalina a una desgraciada distancia. Y del ciclista como tvi, que va consumiendo calendarios sin pasar de ser lo que eras, ni un metro más allá de donde estuviste hace tres, cuatro, cinco años.

Al principio, la botella es vino barato, y, al poco, de mayor precio y con más grados, hasta que, como la garganta no vuelve a ser el manantial de voz que era, ni los versos recobran su poderío, ni la estrella regresa a su hermosura, ni al cichsta lo designan capitán de equipo, el vino deja paso a la ginebra, al coñac, al vodka, al güisqui, y ocurre, entonces, que la garganta parece ponerse a modo, y que la actriz se ve en el espejo mucho más guapa, y el ciclista siente, o sueña que siente, muchas más fuerzas en sus piernas, y, lo que es aún más agradable, se le encienden nuevas luces de colores en la sienes, nunca tan amiga la carretera, definitivamente abierta en son de abrazo, pan comido las cuestas, sí, las

cuestas, Alejo, amables de pronto en el recuerdo, suaves como alfombras, durante los minutos finales de la botella.

Pero la garganta vuelve a fallar, y las arrugas retornan a adueñarse de un rostro que fue hermoso, y el corredor presiente la derrota, lejos de la botella, cuando el horizonte está como oculto y tapiado por la apabullante realidad de la montaña.

Se te acaban las fuerzas. Sientes una extraña pena por tus piernas, como si fuesen personas, hasta el final tan fieles, que no parecen sino dos poderosas piezas de carne de tu bicicleta. Este es el principio del fin, Alejo. A partir de mañana, si no antes, hoy mismo, esta misma tarde, te aguardan la guasa fina, la ironía puntiaguda, ¿qué? otra vez la mala suerte, ¿no?, valiente hijo de perra Eduardo, el tabernero, y nosotros que habíamos pensado fundar una peña con tu nombre… Y vaya, lo que faltaba, goterones de agua en los brazos, en las piernas, en el entrecejo, y levantas los ojos, ahí va, qué pedazo de tormenta, los nubarrones embarullados en el alto, como si cada uno quisiera adueñarse de la cima, de la soberbia silueta de la cumbre. Pero el agua no te vendrá mal, aunque no sea capaz de devolverle el coraje a la contundencia de tus muslos, que son los que más se resisten a continuar el esfuerzo, los que más se agarrotan, hasta el punto de notártelos tú como si se estuvieran volviendo de cartón piedra, estirados y rígidos como muertos, oh, los muertos, con la cantidad de años que te estuviste negando a verlos, ni siquiera a tu madre ni a tu padre, que en paz descansen. Pero, hombre, te decían, ¿no le vas a dar el último beso a tu madre? Tampoco entraste en el cuarto donde tu padre había sido amortajado sobre su cama, tú sufriendo a la puerta del caserío, porque no lograbas revivirlo, aunque fuese en la imaginación, volverlo a ver con la azada al hombro y con aquella seriedad tan suya, que jamás se dejó ganar por una risa de verdad, nunca una risa sonora y abierta entre aquellos rasgos duros, aunque bondadosos, autoritarios, sí, pero, al mismo tiempo, muy dispuestos a expresar sin palabras la comprensión para aquello que más le pudiera herir en su honrado estilo de entender la vida, como por ejemplo, a cuenta de esto mismo que ahora te derrota sin remedio, cuánto encono contra tu bicicleta primera, la que te regaló el tío Tomiro, en todo un valeroso alarde, como si lo estuvieras viendo y oyendo en este preciso momento, pero escucha, Carmelo, que no he sido yo, hombre, que se la han regalado los Reyes Magos, y, más tarde, vendrían otras bicicletas,

cada vez menos pesadas y más caras, máquinas que, a primera vista, parecían capaces de correr casi solas.

Ha sonado a tu espalda una vieja bocina de sonido roto, y, al volver la cabeza, ves el coche escoba, una gran mancha color ceniza sucia, un camión también cansado de tanta carretera, que de nuevo hace sonar su claxon más tímidamente esta vez, con su poquito de quejumbre. Se ve que el conductor te ha tomado afecto y lástima, y desea que renuncies de una vez a esta agonía.

El del camión debe ser una de esas bellas personas que, a fuerza de serlo, acaban siendo puro plomo. Otra vez hace sonar su bocina. En esta ocasión, con un sonido más alargado, que me llega como uno de esos consejos que, cargados de toda la lógica del mundo, te resultan insoportables por la sencilla razón de que te agobian cuando tú no estás dispuesto a escuchar sensateces y prudencias. Vaya, ahí va, otro bocinazo. Ganas te dan de gritarle, que sí, que lo que yo debo hacer es bajarme de la máquina, y darme por vencido, pero no pienso hacerlo, ¿me entiendes?, por nada del mundo voy a rendirme a los pies de esta maldita montaña.

El claxon suena otra vez a tus espaldas. Y otra y otra. Se ve que el conductor, además de un tío bondadoso, es uno de esos que jamás renuncian a practicar el bien, que se sienten obligados a salvar la vida y el alma de los demás… Y me acuerdo de mi madre, ten cuidado hijo, hazme caso y no te lleves a la novia más allá de los pinos, mira que el demonio acostumbra a enredarlo todo en esos sitios tan apartados, donde todo huele a yerba. Y, como no es posible amordazar la imaginación, te imaginas a tu madre, de novia, diciéndole a tu padre, que no, Carmelo, que no podemos quedarnos aquí ¿O es que no te das cuenta de que este silencio del campo puede hacerme caer en lo que no debo?

Rompe la tormenta en lluvia furiosa y pendenciera, sacándole sonidos a los altos matojos de la cuneta, una lluvia igual que aquella otra de hace tres años, a solas tú, forcejeando con la cuesta enemiga, poniendo hasta absurdos rencores durante aquella corajuda tenacidad por someterla. También entonces sonó una bocina a tus espaldas, la cansada voz de la furgoneta vieja de tu tío Tomiro, que no sabía

cómo decirte que no volverías a ver a tu padre, que había muerto y ya no podrías seguir queriéndole tanto desde tan callada distancia de respeto antiguo, ni un beso a partir de tus doce años, aunque cuánta ternura en la dureza de su mano, cuando la echaba a peso sobre tu hombro o te animaba con golpecitos en la espalda, nada más adivinarte desolado en algún nuevo laberinto de la vida.

El conductor del camión escoba te ha dado un nuevo aviso de claxon, y decides, por fin, renunciar a la Vuelta y también a tantísimos sueños. Quién sabe si hasta, incluso, llegarás a odiar a tu máquina. Y te ves a ti mismo vendiéndola a un muchacho que comienza, encandilado él con los mareantes relumbrones de los radios, y te preguntas, si llegarás a llorar, o si la dejarás a tus espaldas igual que se dejan las cosas que dejan de agradarnos o como aquellos primeros amores juveniles que agonizaban de pronto.

Alzas el brazo, como desafiando la lluvia que arrecia, y te echas a un lado para que, tras un par de sacudidas, el coche escoba se coloque de forma que te deje a tu altura sus ruedas traseras. El

conductor baja con una botella de agua y te la entrega.

—Has hecho bien, muchacho -te dice amable y apenado-. En esto, como en todo, una vez que todo se pone en contra, lo mejor es el adiós muy buenas -y te libra de la bicicleta, sujetándola por el manillar.

Debe contar unos cincuenta años y tiene un rostro redondo y bonachón.

—A ver, échame una mano para subir la bici -y al colocarla entre los dos bajo la entristecida capota gris, tu cansancio, unido al agobio de la angustia, te pone difícil el dominio del llanto.

Montado en el camión, el buen hombre, sin volverse aún, mientras coloca la bicicleta en el fondo oscuro, te sorprende con sus palabras.

—Perdona que me meta donde no me llaman -te dice, afectuoso- pero yo creo que te vendría la mar de bien que lloraras un poco.

Con la lógica prisa por librarse de la lluvia, te invita a subir en la cabina.

—Pero, bueno -aclara-, si lo prefieres, súbete con tu máquina. A un lado tienes un asiento fijo. Y si necesitas algo, me llamas por la ventanilla que da a la baca.

La furia del agua produce un agradable sonsonete sobre la capota. Desde muy lejos, acaso desde el mismo alto de Los Canchales, desciende hasta detrás

del coche escoba el fogoso latigueo de los relámpagos que anuncian el inmediato barullo de los truenos.

TÚ calculas que el ganador de la etapa estará a punto de cruzar la meta y bebes de la botella con tanto coraje que da la impresión de que intentas ahogarte la rabia en la inocente frescura del agua.

Te parece mentira que hayas sido tú mismo quien ayudara a subir la bicicleta al camión, dejándola sin carretera bajo las ruedas, sacándola de lo suyo, menospreciada como una herramienta fallida por el hombre en su pereza, en su debilidad o en su cobardía. Has cerrado los ojos por no ver cómo el conductor la colocaba al fondo, como si ya dejara de ser tuya, y un poco también como si se te hubiese convertido en un remordimiento. Pero tú no podías viajar sentado al lado del conductor, llevándola a la espalda, igual que si fuese un mal recuerdo. Te has sentido obligado a subir también bajo el techo triste del camión escoba, también despellejado tú de la ruta que no has sabido cumplir, llevado cuesta arriba por el ruido bronco del motor, sintiendo debajo de ti el rodaje torpe de las cuatro ruedas grandonas que nada tienen que ver con el dominio de tus piernas. Todavía queda gente junto a la carretera. Los ves dejando a un lado la comida, al pasar el deprimente camión que lleva encima de la baca la gran escoba, todos los rostros sonrientes y divertidos en un vano intento de traspasar con los ojos la oscuridad y descubrir la expresión abatida de algún vencido, con una alegría que no es conscien-

te, que no responde a una verdadera maldad, sino más bien al torcido instinto que suele apoderarse del gentío, tanto para condenar las derrotas como para celebrarlas con risotadas y chacotas, pero rarísimamente, para compadecerlas.

Nunca podrás olvidar aquella escena. Junto con otros del pueblo, habías presenciado el paso de los corredores. Ya estabais dispuestos a regresar a casa en la camioneta, cuando uno gritó, eh, muchachos, ahí llega el camión escoba. Era un cacharro aún más viejo que este que ahora te lleva entre las voces de los excursionistas. Y, de pronto, se paró a nuestra altura. Bajó el conductor y vino

hacia nosotros.

—¿Podríais darnos unos cuantos cigarrillos? -preguntó.

Sacamos nuestros paquetes, cada uno con intención de dárselo entero.

—Bueno, con uno nada más me basta. Pero si me dais dos, más agradecido todavía.

Con el paquete que yo le di, se fue hacia la parte de atrás del camión y llamó a alguien por su nombre de pila.

—Toma, ahí tienes eso. Ya podías darles las gracias a estos amigos.

El hombre tardaba en asomarse. Todos os disteis cuenta de que, por vergüenza, se resistía a dejarse ver. Pero el conductor debía ser brutísimo y comentó con guasa:

—Como veis, mi ciclista no es muy agradecido. Gracias, muchas gracias también en nombre suyo.

Iba a ponerse de nuevo al volante, cuando el verde oliva de un maillot se destacó de la oscuridad. En la cara del corredor se mezclaban de extraña manera el bronceado de tanto trabajo al aire libre y la doble palidez con que le habían marcado el fracaso y la fatiga. Se le quebró la voz:

—Muchas gracias -y añadió-: ¿Me podríais dar unas cerillas?

Te acercaste a él para darle las tuyas, y tus dedos temblaron al mismo tiempo que los suyos. Él encendió el cigarro y te miró de un modo que, a veces, al recordarlo, te obliga a preguntarte si no habría adivinado que también tú ibas a ser corredor ciclista, y no precisamente de los vencedores.

Siempre, desde que estás metido en esto, te resultó ridicula y fea la postura del corredor que, uniformado con los colores de su equipo, en lugar de sentarse en el cuadro de su máquina, toma asiento en una silla y estira las piernas, teniendo al lado su máquina. Una impresión por el estilo te han dicho que suele darse cuando un torero llega al patio de cuadrillas y toma asiento, con las piernas como echadas a dormir, vamos, que todo eso no puede ser más impropio y chocante. Pues bien, mira por dónde, esa es tu postura en estos momentos, como desesperadas las piernas, no por la fatiga que te obligó a retirarte, sino porque parece como si la oscuridad de los pensamientos se te

hubiesen deslizado hasta las mismas puntas de las zapatillas. Has cruzado los brazos ante el pecho, echas la cabeza hacia atrás, la apoyas en la lona del camión, y miras fijamente la bicicleta, que, colocada sobre la parte delantera, no te parece una cosa del todo tuya, o, acaso algo peor, una cosa muy tuya, sí, pero que estuviera a punto de dejar de serlo, más como un animal que como una máquina, pues, hasta se diría que, al tiempo que la miras, también ella te estuviera mirando, un poco así como te miraría un perro tuyo que pudiera sentirse traicionado, al no responder tú debidamente al orgullo que sentía por ti, entristecida tu bicicleta por lo despreciable de tu fuerza, abochornada de verse, camino del final de etapa, en el coche escoba, detenidas las ruedas, derrotada la cadena, siempre ambiciosa de triunfo, sosos y aburridos los pedales, y cabizbajo el manillar, que, por cierto, ha perdido bastante de su brillo.

Y cómo bajar del camión en la meta con tu bicicleta, y volver a montarte en ella, igual que si no hubiera pasado nada, cuando los demás corredores hará mucho que se fueron a sus hoteles, igual que el público y la prensa, la televisión y los jueces, humillado tú en un espacio expresamente acotado para que fuesen vitoreados los mejores.

Y lo verdaderamente grave sería que al tío Tomiro se le hubiese ocurrido traer hasta la capital a Juanita y a los niños. No, por Dios, eso no, que ellos no me vean, mejor que se hayan ido cuando llegue yo con esta pinta, revuelto el pelo

por la lluvia, alargado el rostro por la comezón del fracaso.

¡Los hijos! Ahí me duele, ahí se me clavan todas mis situaciones más torcidas. A veces, para bien, en el sentido de que me estimulan, por ejemplo, en mitad de la fatiga. Pero, en ocasiones, para mal, y no por culpa de ellos. Te enturbian el horizonte, porque te aumentan la pena y el sentido del ridículo, el desamparo y la falta de esperanza que ellos pueden sorprender en mi forma de mirar, de mover las manos o de sentarme sin decir palabra, los ojos por el suelo, acodado en las rodillas, y las manos cruzadas, con tanta fuerza que incluso los dedos se te ponen rojos y como apunto de reventar la sangre.

Nunca se sabe de fijo si, en un momento dado, te agrandarán o te achicarán la decisión, el empuje y esa pequeña locura que viene a ser la valentía, y no sólo en los terrenos del ciclismo, sino también en esas otras carreras en las que participas sin remedio cada día, como el poner un precio nuevo a la hortaliza o largarte con la fruta al mercado de otro pueblo, o, lo que es más serio, el atreverte a quejarte a Cándido Menéndez o a pedirle que te paguen por lo menos lo mismo que a tal o cual gregario, o a decidirte, nada menos, que a entablar secretas conversaciones con cualquier otro equipo, que menudo riesgo.

En todos esos momentos, y en otros muchos parecidos, se te vienen a la cabeza las sonrisas de

los hijos, las meriendas de los hijos, los hijos durmiendo y los hijos, al salir de la escuela, muy orgullosos, diciéndoles a sus compañeros de clase que su padre es corredor de bicicletas, y que, como todos los años, también éste corre la Vuelta, y te ven por la televisión, porque, mientras dura la carrera, don Mateo, el maestro, les da permiso para que por las tardes acudan a las clases con algún retraso.

Que no, que eso no puede ser… Das unos golpecitos en la ventanilla de la baca:

—Oiga, cuando lleguemos a un cruce donde hay tres pinos, me para usted, por favor. Quiero irme a mi pueblo en bicicleta ¿sabe?

Unos minutos después, te ayuda el conductor a bajar la máquina.

-¿No será mucha paliza, después del largo castigo de la etapa? -dice el hombre buscando la mirada de Alejo.

—No, qué va -contesta él, ajustándose los pedales-. Son unos cincuenta kilómetros, y desde aquí, hasta llegar al llano, todo es cuesta abajo.

El conductor se dirige a la cabina y te trae de nuevo la botella de agua.

—Anda, llénate el bidón.

Tú obedeces agradecido.

—Me temo que mi mujer y mis niños estarán esperándome en la llegada -comentas, echando el mirar hacia un paisaje, que, ahora, libre de la

tormenta, brilla y espejea bajo el poderío de un sol de avanzada primavera.

—Pues buen viaje, y ánimo, muchacho, que precisamente estás entrando en la mejor edad para un ciclista.

—Gracias por todo -le extiendes la mano, y, sin darte cuenta, añades una expresión muy de cuando monaguillo-. Que Dios se lo pague.

Respecto a su esfuerzo sobrehumano, al corredor se le exige un continuo y obligado alarde. A mucha distancia de la cómoda psicología del futbolista, incluso corredores que, gracias sobre todo a las potentes firmas patrocinadoras, ingresan hasta más de cien millones por temporada, se trasladan en sus bicicletas, desde la meta en que acaba de concluir la etapa hasta los hoteles donde han de ducharse el sudor de muchos kilómetros, librarse de un apetito lindero con la hambruna y alcanzar, por fin, la merecida horizontal del descanso. No importa que la aspereza del asfalto, en alguna caída, les haya mordido algo más que la piel en codos y rodillas. Por entre la muchedumbre que regresa al centro de la gran ciudad, sorteando coches y respetando semáforos, el ciclista español recorre tamaño trayecto de propina preguntando reiteradamente por dónde cae su hotel o su fonda, en tanto que los extranjeros, para curarse en salud de posibles confusiones, llevan escritas en un papel las oportunas referencias de su alojamiento. Y, encima, por supuesto, la posibili-

dad bastante frecuente de que los muchachos, al verlos pasar, los detengan para pedirles autógrafos.

Alguna oculta lógica debe tener esta actitud tan sacrificada que viene manteniéndose desde aquellas primeras competiciones prehistóricas, cuando, debido al pésimo estado de las rutas, el ganador de tal guerra diaria se dejaba retratar de embarrado cuerpo entero, grandonas gafas de motorista ante los ojos, gruesos tubulares de repuesto cruzados en pecho y espalda, y, en los brazos, un ramo de flores, que se mostraban inquietas, un poco así como muchachas elegantes que se vieran obligadas a dejarse abrazar por algún renombrado pordiosero.

Esta era la situación que más miedo le había metido en el cuerpo al Alejo Pina que viajaba en el coche escoba. Porque ese viaje hasta el alojamiento lo hubiera tenido que cumplir mucho tiempo después que los otros, lo que, encima, hubiera hecho posible que más de uno le tomeira por un simple fantoche de los que juegan a presumir de auténticos héroes de la carretera, una guinda demasiado amarga para el pastel de la derrota.

TERCERA PARTE

Fin de etapa

CUANDO falta muy poco para la llegada del mediocre corredor que anuncian como escapado, el fotógrafo de prensa ha descubierto, en preferente lugar de la tribuna, a la mujer de Cándido Menéndez, técnico del equipo Granate Ron, y a la novia de Ricardo Vega, a corta distancia una de la otra. Supone que ni se conocerán de vista y se acerca a ellas, las saluda por separado, las presen-la por señas, y, finalmente, tras un amable cambio de asientos con los espectadores que las separan, se reúnen y se besan. El fotógrafo dispara su máquina y regresa a su puesto en la meta, mientras ellas inician un tanteo recíproco, se diría que indagando cada una por dónde van los tiros de la otra, sin perder un segundo en el repaso primero de ojos y peinados, de maquillajes, de tonos de labios, de formas de reírse. Pero las dos, con indudables prisas por conocer lo que la otra piensa del ciclismo, averiguación que Laura incita con su espontánea e inmediata confesión:

—Yo desconozco la opinión que te merece todo esto -dice con desprecio hacia el abigarrado color del gentío, de cuyo fervoroso rumor expectante reniega tapándose los oídos con ambas manos, en aniñado rechazo de los atronadores avisos que difunden los potentes altavoces-. Pero te voy a decir el mío: en ninguna otra situación me encuentro tan molesta como en una meta de ciclismo. Y eso que yo, al menos, conseguí que Cándido dejara de ser corredor, para hacerse técnico, todo más cómodo, más inteligente… y más limpio.

—Pues yo -dice Palmira, irónica- sólo conozco una cosa más irritante y aburrida que ésta de la meta: seguir toda una etapa. ¿Nunca has seguido por la

carretera a los ciclistas?

—En un par de ocasiones, al lado de Cándido, en el coche de techo cargado de bicicletas. Pero, bueno, ya puedes imaginarte, perdí el poco interés que me quedaba por un deporte tan desagradable y sudoroso. Porque es que hasta los corredores más guapos se ponen feos en eso que ellos llaman las escaladas.

—Llevas razón -asiente Palmira, divertida-. Eso mismo le digo yo a Ricardo, que, como habrás comprobado, aunque sólo sea por fotos, es un hombre guapo, y no del todo inculto, pues hasta se permite el lujo de intentar reírse de los demás con una falsa verborrea pedante, que requiere un buen vocabulario y cierto ingenio.

—Algo de eso me dijo Cándido -hace Laura un alto y prosigue-: ¿Estás muy enamorada?

—Me parece que no. Yo creo que estoy encaprichada ¿comprendes? Ricardo es fuerte y caliente, tiene los ojos grandes y unos labios gruesos y muy atractivos. Le conocí en la playa, los dos en bañador, y me quedé turulata como una colegiala. Después, inmediatamente, a todo correr

-y añade, subrayando, irónica, la repetida dicción de las dos palabras-: sí, a todo correr, me resultó irremediablemente aburrido, tan sólo desviado de sus ruedas, para pedirme que nos acostemos.

Laura movió la cabeza, como diciendo que hay que ver las cosas que ocurren en la vida, y l)reguntó con un tono que, junto a un amable estilo de burla, denunciaba cierto temor a que Pal-mira la considerara impertinente y mal educada:

—Entonces ¿has venido a esperarle porque echas de menos su aburrimiento? -preguntó juguetona.

Palmira la miró fijamente a los ojos y, en una auténtica lección de desparpajo y capacidad para dosificar las sorpresas, le contestó:

—Pues he venido para empezar a poner en práctica el consejo de una prima mía.

—Vaya. A lo mejor ha descubierto algún modo nuevo de hacer que el aburrimiento se convierta en vivo interés y hasta en diversión, incluso.

—No -replicó ella con una sorna muy afilada-. El consejo de Pablóla consiste en hacer lo que sea por cansarme cuanto antes del espléndido lísico del

corredor. Y, para cansarme, nada mejor que quedarme a vivir con él, y acostamos, por lo menos, un par de veces diarias.

La mirada de Laura se elevó hacia las nubes, buscando unas palabras capaces de evitar que su mutismo pudiera ser interpretado como una resignación ante el desaire.

—Oye, oye -dijo al fin, con una sonrisa forzada-. Espero que aplaces la aplicación del método hasta el día siguiente de concluir la Vuelta. A Cándido y a mí nos interesaría muchísimo que tu novio se vistiera de amarillo definitivo en los jardines madrileños del Retiro.

Nunca había visto una carrera de ciclistas. Y menos, la llegada a la meta de una Vuelta. Siempre miedosa de tener que presenciar algún fracaso de Alejo, ni siquiera conoció sus modestos triunfos del principio, carreras en las fiestas de algún pueblo, una especie de reyezuelo temido y admirado por los que empezaban, hasta que cobró algún renombre y lo ficharon para un equipo importante, una satisfacción que trajo consigo el final de aquellos pequeños aciertos, convertido ya en gregario o doméstico, es decir, criado de uniforme con muchos colores llamativos, bien visibles las letras de la marca que paga, de la marca que ordena obedecer a un técnico y al relativo compañero que ha sido señalado como aspirante a la grandeza, siempre amarrado al espacio que hay delante de él o a un lado u otro de su bicicleta, una amargura mal compensada con sueldo fijo, resquebrajados, incluso, los falsos alivios de la imaginación.

Los niños achican los ojos cada vez que pasa por la meta un nuevo grupo de corredores, y su padre no, no está. Tío Tomiro ¿cuándo llegará papá? Paciencia, niño, paciencia. Y pasa un cuar-

U) de hora, y que Alejo no llega. Juanita se muerde los labios. Tío Tomiro, ya te dije que no debíamos venir, y ahora, fíjate el disgusto que se están llevando los niños. Han pasado más de treinta minutos desde que llegó un último corredor. Mira, mamá, se están llevando las máquinas de la tele. Y tío Tomiro no sabe qué decir ni qué hacer. Pero ¿cómo marchamos? ¿Qué dirá tu marido cuando llegue?

Las tribunas se han quedado vacías de público, sucios los suelos de papeles pisoteados, restos de mondas de frutas, cascaras de pepitas de girasol en los asientos, un panorama bien triste. Juanita, por favor, no llores, oye, que nos están mirando. Era cierto, les observaban extrañados los hombres que recogían señales, los cronometradores que habían descendido de su torreta con arti-lugios y cables.

¿Qué hará esa familia, todavía ahí en la tribuna? ¿A quién esperarán a estas alturas? Uno de ellos se acerca, amable, perdonen ustedes que me meta donde no me llaman, pero es que ya han llegado todos los corredores, y, si queda alguno por llegar, vendrá en el coche escoba. Qué palabras tan tristes, tan pobretonas, el coche escoba, con cuánta crueldad se ponen los intencionados sobrenombres, el coche escoba, un basurero de barreduras para los que se quedaron completamente solos y sin fuerzas, pobre Alejo, sin nadie que le ayude, sin que nadie comparta al menos su fatigoso cansancio. Qué vergüenza, tener que bajarse con su máquina, ahí, en una meta abandona-

da, como si para él la etapa hubiera sido una de esas pesadillas que terminan en un lugar completamente desierto, donde gritas, pero no te oyen, donde nadie puede orientarte, cuando sientes ganas de llorar, momento en que despiertas, bendito sea Dios, que todo eso no era más que un mal sueño.

Llega, por fin, una camioneta con capota gris, de la que sobresale un desechado escobón amarillento. Se detiene y baja el conductor, que mira en redondo, como si buscara a alguien, y se acerca a ellos.

—¿Son ustedes famihares de Alejo Pina? -y, ante el dolorido silencio, aclara-: Me encargó decirles que se marchó en su bicicleta al pueblo. Yo lo subí hasta más de mediada la cuesta de Los Canchales.

Los niños se cogen de las manos de Juanita. El tío Tomiro le da las gracias al hombre del coche escoba. Los grandes edificios agobian la lentitud de los cuatro, de camino hacia la furgoneta. A Juanita le duele en el pecho un nudo de pena que no acaba de desatarse en llanto. Se detiene de pronto y dice, mirando hacia un horizonte urbano que se presiente agitado y ruidoso:

—Desde niña le tengo cobrado miedo yo a las embarulladas cosas de la capital.

Por mucha radio, mucho cine y mucha televisión que haya, los pueblos son los pueblos y seguirán siéndolo. Son otra cosa distinta a la capi-

tal, acaso por aquello de conocerse los unos a los otros más y más a lo hondo, con toda la inquina que eso acarrea, de acuerdo, pero también con loda la prudencia que supone el saber de las personas desde las mismísimas raíces lejanas de su familia, no como esos vecinos de colmena, que se enteran de que ha muerto ese señor ya bastante mayor, que todos los días, al atardecer, sacaba a pasear a su perro caniche. Sí, hombre, el que vivía en la planta novena o la décima. Gente que se conoce a partir de los treinta, de los cuarenta años de vida. Ni idea de quiénes y qué y cómo fueron los padres y los abuelos del nuevo inquilino de la puerta de enfrente a la nuestra.

No importa que, afortunadamente, haya desaparecido casi por completo la asombrada figura del paleto que cruzaba la calle por las afueras del paso de peatones y se pasaba media mañana contemplando los grandes escaparates de los comercios. Pero, por muy cercano que quede de la capital, el pueblo sigue siendo pueblo, sus casas son más bajas, las plazuelas, de noche, parecen hechas de silencio, y el campo de verdad está, como mucho, a un minuto o dos de tu casa, puedes asomarte al final de una calle y contemplar los trigos y ver cómo es de verdad la lluvia y como va empapando la tierra, todo muy distinto que en la gran ciudad, donde la lluvia es un fastidio que te obliga a refugiarte en los portales, te mancha de barro los zapatos, y, para colmo, con las prisas, lodos los años te hace perder por lo menos un paraguas.

Muchos son los recelos de la gente de pueblo. No tantos como antes, pero aún muy serios, casi miedos, a veces, sobre todo, por parte del que vive entre los árboles, acaricia animales y se mancha las manos de tierra cada día, como Alejo y los suyos, en especial, Juanita, para quien la bicicleta será siempre un demonio de metal ligero, una tentación que nada quiere saber de las cosas del campo, máquina que en modo alguno se contenta con quedarse para siempre en la aburrida tranquilidad del pueblo, pues lo del ciclismo lo inventaron en la capital y la bicicleta de carreras no tiene nada que ver con la de paseo, no está hecha

para moverse, sin más, de un lado para otro, utilizada para la excursión o en plan de cómoda herramienta. Para Juanita, la bicicleta de carreras es una invitación a marcharse a la gran ciudad, camino de todas sus soberbias y porquerías, una especie de fulanita loca y con dos ruedas.

Yo, la verdad, no sé lo que ha podido encontrar en ese hortelano loco, a bandadas los pájaros en la cabeza, y desde niño, en los huesos, que ya verás cómo será la bicicleta la que acabe metiéndole en los pulmones una tuberculosis de vaca holandesa, que no sé para qué tienes los ojos, con lo simpático y bien parecido que es Martín, el hijo de Tomás el de la tienda, que hay que ver lo que él te rebusca, que yo no sé, hija mía, cómo ha podido engatusarte el Alejo ese del demonio.

liundidos los ojos bajo un entrecejo de puercoes-pín, la voz como de cueva o pozo, y lo borde que es, vamos, que ni sabe saludar como Dios manda, hecho para criar cebollas y pimientos, manos con lestos de fangos cochineros en las medias lunas negras de las uñas, algo, en fin, que comenta todo el mundo en el pueblo. Hay que ver, Maruja, la mala suerte de tu hija Juanita, tan finísima ella y lan guapa, venir a enamorarse del avenado ese, que yo no sé como no se muere cuando sale a la carretera con la bicicleta hasta en los días peores del invierno, oiga, después de madrugar para traer las hortalizas al mercado, además de meterse unas cuantas horas de escardillo y regadío, pues cosa del demonio parece que todavía no se haya muerto, aunque, eso sí, está más seco que las negras vainas del algarrobo.

Y yo qué sé, le digo a las amigas. En eso, creo que pasa como con los colores, a ti te gusta el azul, a la otra el amarillo o el verde, y hasta habrá alguna que escoja el color morado. Alejo me gusta desde que éramos chicos y, más de una vez, me he dicho a mí misma que empecé a fijarme en él porque me daba pena. Era un niño muy tlaco, de ojos grandes y muy tristes, más bien torpe, tanto en letras como en números, siempre, hasta llegar a los catorce o quince, viviendo a la orilla de los demás, nunca entraba en los juegos del patio de la escuela ni tampoco en los empujones y carreras de la salida. Al caer la tarde, se

quedaba allí, atento y sin comprender tanto jaleo seguido.

Pero, a partir de los quince, ya lo creo que empezó a tomar parte en el juego de las muchachas. Alejo nunca fue un muchacho guapo, y yo creo que, si me gustaba tanto, era porque le costaba mucho reírse y porque, de repente, se acercaba a ti cuando ibas sola, y sin dejar de mirarte a los ojos, te decía muy serio, me gustas, oye, me gustas. Sólo eso, o nada más que eso, según se mire, me gustas, oye, me gustas, y te lo soltaba como si te dijera algo de muchísima importancia, qué sé yo, lo mismo que si te anunciara que acababa de descubrir una mina de oro o que dos más dos ya no sumaban cuatro.

Y llegó su bicicleta. ¿Te gusta? me preguntó, y yo no le contesté. Se compró la ropa de corredor, volvió a preguntarme si me gustaba, y yo tampoco le respondí, porque, desde el primer momento, supe que no podría enfrentarme con el ciclismo, que lo mejor sería darle la callada por respuesta, si no quería perderlo. Y hasta, incluso, me esforcé por encariñarme con su máquina, porque era fina y brillante, ligera y delicada como una mariposa. Pero, en cuanto la miraba a solas, me daba miedo de ella. No me parecía una simple maquinaria, sino otra cosa que podría acabar siendo muy enemiga mía.

Y, por lo pronto, Alejo, en el cuadro de su bicicleta, me llevó hasta más allá del silencio de los pinos.

> Una mañana, poco después de levantarse, la hija no cesaba de moverse por sus cercanías, más solícita que nunca en el arreglo de las camas, haciendo suyas las más molestas labores de la hmpieza, ay, Juanita, hija, que me estoy oliendo c|ue quieres decirme algo y no te atreves, y Dios t|uiera que no sea lo que me imagino. Y sí, la imaginación de tu madre sí que había acertado, quizás porque se lo venía temiendo, y con toda clase de detalles, nunca tan a lo que salta, midiendo con sus recelos las consecuencias de tus pasos, vigilando en todo momento lo que pueda escon-lierse en cada palabra tuya, en cada modo tuyo de regresar por la noche, estudiando con lupa tus silencios, interpretando, de reojo y con doloridas sospechas, esas repentinas tristezas pensativas que los enamorados tienen, a veces, en mitad de la alegría, y sí, vaya si la cosa le había pasado por la cabeza, y también por el corazón, ay, Juanita, pero cómo, hija, qué vergüenza, bueno, mira, no he querido decir eso, vergüenza no, disgusto, un gran disgusto, aunque tu padre, sí, tu padre se

sentirá abochornado, y de fijo que se llevará unos cuantos meses sin aparecer por el bar ni por el casino, pero, bueno, qué vamos a hacerle, y, por favor, no llores, anda, mujer, que en eso tampoco eres la primera ni serás la última.

Cuando lo supo, tu padre se quedó como una piedra de pena y desconcierto. Se asomó a la ventana del dormitorio, cuando tu madre, aquella

noche, se lo decía, y se acostó sin pronunciar palabra, tal y como si de esa forma se propusiera alcanzar un olvido imposible, o, al menos, desenganchar de su memoria tu cuerpecillo de niña, tan lejos aún de esto de ahora, turbia para siempre aquella transparencia, muy distanciada tú, sin remedio, de aquellas ocasiones suyas de ternura, cuánta luz en la hora de tu regreso del colegio, cuando él hacía aquel alto tan feliz en su trabajo carpintero, más que para besarte mucho, para mirarte y remirarte, haciéndote suya por entero, los ojos, el pelo y los zapatos, el gesto, la pesadez incómoda y dura de los libros, y la voz, como hecha de afilados y encantadores grititos.

Pero tu hermano Francisco no quiso o no pudo intentar siquiera, ya que no una sincera comprensión, sí, al menos, un quedarse callado a la espera del paso del tiempo, incluso decidido a no mirarte ni hablarte, pero nunca aquello de ofenderte, puta, que eres una puta, desgraciada, que si yo fuera el padre, te echaba a la calle como a una perra calentona, que eso es lo que eres, y cogió la moto y se fue a la huerta de Alejo, ay. Dios mío, papá, mira que mi hermano y Alejo acabarán de mala manera, que se odian a muerte, papá, que yo lo sé, y tu padre, como si sólo se escuchara por dentro, ni se detuvo en su trabajo, la mirada enconadamente puesta en la madera rubia que estaba taladrando.

Y menos mal que, a esa hora, estaba Alejo en lo suyo, a golpe de pedal venciendo carretera, y fue Carmelo, su padre, quien salió del caserío al

oír los gritos de Francisco, a ver, que salga ese cabrón, si es que tiene pelotas, cerdo asqueroso, y Carmelo, con aquella paciencia suya tan hortelana, salió a su encuentro, pero, vamos a ver, hombre, vamos a ver, y el otro, su hijo es un maricón y me va a pagar lo que ha hecho con mi hermana, oiga, que esta vez le corto yo los cojones, cacho hijo de puta, y el hombre mayor fue dejando que el joven echara por la boca la llamarada de un odio que tenía mucho que ver con

llagas abiertas mucho antes de que Juanita y Alejo hilaran con los mismos hilos, roces de cuando eran parejos los dos, tanto por la edad, apenas diecisiete, como por la afición a la bicicleta, años aquellos en que la tele empezó a dar en directo las batallas de la Vuelta y del Tour, allí los ciclistas españoles deseosos de mirarse en el espejo de Ocaña, los ojos de los chiquillos como platos al escuchar las ganancias de las dos ruedas sin motor, mucho más ligera y cara, la bici de Francisco, y bastante más fea, nada de lujos sobre el níquel de apagados brillos, la de Alejo. Las ruedas de Francisco, un dedo menos gruesas que las del hijo del hortelano, que, a pesar de ser tan enclenque, mismamente un garabato a la carboncilla junto a la estampa fortachona de Francisco, le ganaba una y otra vez, tanto al Uanear como al enfrentarse con los más puñeteros tramos de Los Canchales, un verdadero reto para los nuevos, desde que vieron sufrir por sus paredones a los ases de esa gran chaladura que es el ciclismo. Y, un par de años más tarde, aquel insufrible triunfo del niño de Carmelo, el

hortelano, en la carrera de un pueblo, Francisco viendo cómo la elegantísima niña del alcalde le entregaba un hermoso ramo de flores y una copa, y, además, le daba un beso en cada mejilla.

Tu hermano regresó sudoroso y como adelgazado durante la llamarada aquella de indignación y ganas de venganza, heridos los adentros por los cansancios de la ira, tú, con todo lo tuyo, igual que envuelto en un rencor último, para echarte con la cosa de tu vientre a la basura de la memoria, libre de ti y de la vergüenza con la que habías manchado a la familia. ¿Quién, Juanita? No, no es mi hermana. Ya no tengo hermana.

Pero sí que siguió teniendo cuñado, como si Alejo le resultara imprescindible para tener a mano claros motivos para un resentimiento que le era necesario, mucho más, haciendo tan poco como hacía que Francisco malvendió su bicicleta con el encelado despecho de los amantes abandonados.

También en las ciudades ocurre otro tanto, pero se nota menos que en los pueblos, porque, allá, todo es más complicado y hasta la vida misma está dividida en plantas y pisos, mientras que en las poblaciones pequeñas, más o menos, todos se reconocen parejos de ilusiones y molesta más que a alguien se le ocurra estirarse un poco hacia arriba con pretensiones desacostumbradas, que no

tienen que ser necesariamente de orgullos desmedidos o de saltarse de buenas a primeras el ami-

gable rasero de las riquezas normales y prudentes. De pronto, se corre la voz de que al niño de fu-lanito se le ha metido entre ceja y ceja dedicarse a algo que supone soñar demasiado por encima del sueño general, y, en menos de medio día, se mueven preocupadas las cabezas, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, más de un dedo índice se endereza y se clava en la sien, habráse visto, vamos, pero qué se habrá creído, formarán un cerco de miradas al sesgo, en tomo al loco que pregona sus deseos de ser cantante de ópera o torero, armador de buques, director de cine, o simplemente, corredor ciclista en grande, oye, que hasta se ha comprado una equipación completa, de esas que no dejan entrar ni tanto así de aire por las costuras, y, bueno, la máquina, según dicen, de las que pesan sólo siete u ocho kilos, un dinero, un capital, la guerra que ese le habrá dado al padre para que suelte la pasta. Y, por lo pronto, mediante guasas y chirigotas, intentarán curarle la soberbia. Después de cada saludo, un sarcasmo, y, enmarañado en la palabrería, el chiste fácil o la fingida y exagerada admiración que equivale a un insulto.

Todo hace pensar, desde un principio, que acabarán extirpando semejante brote de grandeza. Es más, las personas sensatas le darán su consejo de prudencia a ese sujeto que se atreve a levantar su cabeza por encima de las nubes, y los mejores amigos de tan raro tipo se apartarán un poco de él, no sea que les salpiquen los barros del desprecio, y las madres de las muchachas nuevas, que

yo no te vea pasear por la alameda con el hijo de Carmelo, el hortelano, menuda, corredor ciclista, ya mismo ganador de la Vuelta a Francia.

No había anochecido aún cuando el técnico del Granate Ron pudo comprobar lo que se temía, desde que su mujer le dio cuenta de su conversación con Palmira. Llamó a la puerta de la habitación de Ricardo y, una vez que oyó la voz de pase, está abierto, se encontró con el corredor llamativamente vestido,

camisa roja con grandes flores estampadas y pantalones morados. Mal atuendo, pensó, para fugarse de tapadillo hacia una aventura a todas luces insensata. ¿Y eso? El corredor, sin inmutarse, continuó llenando la maleta con prendas de calle, el rojo llamativo del atuendo ciclista y un buen número de cosas propias del aseo. ¿Y eso?, repitió Cándido. ¿Y eso qué?, repreguntó el corredor, que seguía vuelto de espaldas. El silencio se hizo más largo, mucho más desagradable, y el director del equipo se disponía a dirigirse hacia la puerta, en el instante en que Ricardo dejó ver su rostro. En plan de antifaz, las anchas gafas de sol hacían resaltar aún más la lividez que parecía dominar el bronceado de un cutis tan hecho a la intemperie. Le temblaban los labios al confesarlo, esta noche, ocurra lo que ocurra, la tengo que pasar con ella. Estaré en la salida a las nueve en punto. Cándido renunció a decirle lo mucho que se jugaba, quizás la posibilidad de ganar la Vuelta, en un loco derroche de

energías, que le serían tan necesarias para pulverizar el minuto y siete segundos que le separaban ilel maillot amarillo. Sólo dijo, al abrir la puerta, en fin, tú sabrás lo que haces, que ya eres mayor-cito. Por el pasillo intentó comprender la enloquecida decisión de su jefe de fila. Sí, se dijo, debe ser extremadamente difícil estrellar contra la pared el larro del veneno que te resulta imprescindible.

Al saberlo, comentó su mujer:

—Da gusto comprobar lo bien que te obedece tu diosecillo.

—Esperemos que no se enteren de esto en los cuarteles de Perico Roa. Porque, si llegan a saberlo, nos darán la estocada, nada más echamos a la cara el primer repecho de la etapa.

Laura hace suya la idea, y decide que llamará mañana, bien temprano, desde alguna cabina pública. Por favor, ¿me pone con el corredor Perico Roa? Deformará intencionadamente la voz. ¿Es usted Perico Roa? Mire, soy una admiradora suya y quiero decirle algo que podría interesarle. Ricardo Vega se ha pasado toda la noche con su novia.

Después, otra llamada, casi idéntica, a algún famoso periodista deportivo. Oiga, Ricardo Vega se pasó toda la noche acostado con su novia Pal-mira. Y a renglón seguido, la carga de profundidad: al salir de su hotel, vestido de calle, tuvo una discusión un tanto violenta con su director de equipo.

A ver si así, por fin, despiden a mi marido, por no saber mantener la disciplina entre los componentes del equipo.

En ningún otro deporte se sufre tan prolongadamente la ambiciosa tensión del éxito. Son días de dormir, respirar y alimentarse, para que el músculo responda y cumpla en esa poderosa obsesión de triunfo que lo inunda todo, la esclavizante obsesión por subirse a la mesetiUa superior del podio, de todos los podios, después de ser los primeros que pisan con sus ruedas delanteras las mágicas rayas de las metas, acaparando todos los jerseys de oro, los ramos de flores todos, los vendidos besos todos que las muchachas dan en las tribunas con el repetido frío de los manidos mensajes publicitarios.

Y medio mundo así, millones y millones de gentes, de rodillas en los tiempos del éxito. También largas carreras por etapas en las metalizadas entrañas de los mayores edificios, cada potente compañía, con su enorme equipo de marca repartido por numerosas oficinas, y, en cada una de las oficinas, un Cándido Menendez que no cesa de gritar acusaciones de inutilidad contra los sufridos gregarios.

Ni en la dureza cruenta del boxeo, ni, mucho menos, en el fútbol o en el baloncesto, se producen semejantes estiramientos de la inquietud y los agobios que espolean la refriega insólita de una carrera por etapas, diez, quince, veinte días segui-

dos experimentando el inquietante hormigueo de los minutos y hasta de los segundos, un simple golpe de pedal separando a veces al cabeza de la general sobre el rival que le persigue, a muerte los hachazos por las rampas, no valen los descuidos, porque el Cándido Menéndez de tumo gritará de pronto una consigna, y su gallito, Ricardo Vega, se pondrá de pie sobre los pedales, mientras a Perico Roa, preso entre domésticos ajenos, le espumeará la rabia entre los labios. Todo un sueño que no pasará de ser eso, un sueño, porque, mañana por la mañana, antes de la salida, Laura pondrá todos los medios para que se agranden el minuto y los siete segundos de la distancia clasi-ficatoria.

Los dos hombres del garaje contemplan curiosos el repaso que Quisquillo da a sus bicicletas. Suyas, sí, puesto que suyos son los quebraderos de cabeza a estas horas de la noche, nada de precipitaciones o descuidos que podrían ser nefastos dentro de ocho o diez horas. Revisa ajuste por ajuste, la precisión de los pedales y el bien nivelado juego de cada manillar. Todo un enfermero parece al aplicar la grasa con tan esmerada delicadeza en los ejes del cambio, gota a gota el aceite sobre los oscuros eslabones de la cadena, saca brillo a los radios, uno por uno, sin prisas en el subibaja de la bayeta. Sólo faltaría que también tuviera que echarles de comer a sus bicicletas, acostarlas y evitar que se destemplen durante los

destapes de la madrugada. Son sus potras, y entre sus ruedas duerme, como el mozo de cuadra lo hace entre las patas y pezuñas, todas las bicicletas a mano del camastro, que no sería la primera noche que alguien intentara aflojar una pieza clave o darles a las cubiertas uno de esos cortes tan finos que no se aprecian a primera vista.

Leandro, su segundo, acaba de llegar del hotel y le llama aparte:

—¿Ocurre algo? -pregunta Quisquillo, empeorando la suciedad de sus manos con un trapo grasiento.

—El gracioso de Ricardo -comenta Leandro, amargamente- está jugando con sus pesetas y las nuestras.

—¿Y eso? -se inquieta el mecánico del Granate Ron.

—Dormirá esta noche con la novia, y Cándido está que se sube por las paredes.

—No es para menos -se lamenta Quisquillo en voz baja, para evitar que le oigan los guardas del garaje-. Como se enteren los de Perico Roa, mañana le dan la batalla a las primeras de cambio. Esa noche de carne fresca le puede costar a Ricardo un par de minutos. Hasta podría perder el segundo puesto de la general. Un montón de pesetas que volarían.

Quisquillo regresa a sus máquinas.

—Pásale la bayeta a los cuadros -le ordena a Leandro.

Los dos coches del equipo descansan de gritos y malos ratos técnicos, en la silenciosa oscu-

ridad del fondo, un poco ridiculas sobre cada capota, las tres bicicletas de repuesto.

—¿Y Alejo, qué se sabe de Alejo?

—Se ha quedado para los restos sin equipo. Desde Los Canchales se fue a golpe de pedal hacia su casa. El jefe se ha cabreado con razón. Ni se le ha ocurrido llamar por teléfono desde algún pueblo. Nada. Ni una explicación. Hemos sabido que todavía está vivo, gracias al conductor del camión escoba.

Quisquillo deja de comprobar el buen juego de los pedales y se pasa por la frente una mano cansada.

—Buen muchacho Alejo, y buen rodador -dice con pesadumbre-. Pero siempre ha sido un manojo de nervios en las subidas. No es que no tuviera fuerzas. Es que les ha cogido mucho respeto y miedo a las grandes cuestas. Un día me dijo que quizás lo hace tan mal porque no tiene paciencia para ir ganando la pendiente metro a metro.

—¿Y tan cerca le queda su pueblo? -pregunta Leandro.

—A cincuenta o sesenta kilómetros, pero casi todo en bajadas y llanos -aclara Quisquillo moviendo la cabeza con disgusto-. Mal lo va a tener de ahora en adelante.

Hace cosa de dos años estuvo un día entero en la huerta de Alejo. Aún vivía su padre, que, aunque enemigo mortal de las bicicletas, estuvo la mar de amable con Quisquillo. Así es que usted, le dijo, es el que tiene a punto esas guerreras máquinas del demonio, para que puedan correr

más que las bicicletas enemigas… Era por el mes de agosto, y al anochecer, después de la cena, Juanita, la mujer de Alejo, les sirvió un buen gazpacho bajo el emparrado, y, poco antes de irse a descansar, Alejo y él se acercaron a la alberca. Lejos, sonaban esos ladridos que, de cuando en cuando, se encargan de

hacer ver la profundidad que tienen por la noche los silencios del campo.

—No puedes hacerte una idea de las ganas que tengo de abandonar todo esto -dijo Alejo con un dolido acento de impaciencia y desprecio.

—^Eso ocurre siempre ¿sabes? -dijo Quisquillo-. Todos estamos queriendo marcharnos de algún sitio, y quién sabe, quizás porque, en el fondo, nos gusta saborear la emoción de los regresos.

A todos los hombres les viene bien contar con alguien que les ayude en esto o en aquello. Pero, muy en especial, quienes más lo necesitan son los que de continuo están pendientes de algo que, por muy de interesante que sea, no es del todo palpable, porque está muy por encima de las cifras del negocio, muy aparte del piano en que compone el músico, muy por detrás del lienzo en que se posan los colores, miles y miles de metros al fondo de los cien metros lisos, y, por supuesto, también otro tanto, bastante más allá y más acá de la bicicleta de competición, porque, una vez a punto físicamente, será bueno que la cabeza del corredor vaya entrenando también la musculatura

mental de las ambiciones, sin tener que acordarse de la máquina, cuando descansa o piensa, que estará en buenas manos, en las sufridas manos del mecánico Quisquillo, al que estiman todos los corredores de todos los equipos, porque lo saben pájaro viejo entre las bambalinas de ese gran teatro volante que es una prueba ciclista. Quisquillo para acá y Quisquillo para allá, incluso en lenguas distintas, pronto y amable su consejo o su ironía, su saber apretar una pieza sobre la marcha, excelente conocedor de los hombres que corren, a fuerza de hacer durante años nada menos que de estupendo psicólogo de sus bicicletas.

Y, en los finales de cada Vuelta, provoca la cariñosa risa general, cuando repite, en plena ruta, algo muy seriamente prometido en todas y cada una de las vueltas anteriores:

—Ojo, que ahora va de verdad, que, para el año que viene, mando a la mierda todo esto, y no veáis lo bien que me van a saber la copa y el puro de la sobremesa, ante el televisor, mientras vosotros vayáis desencajados y hechos la puñeta.

CUARTA PARTE

El regreso a casa

LA pendiente es suave y amable. Te permite bajar de prisa, sin apenas darle a los pedales. La pesadumbre se te alivia con el aire forzado por la velocidad. Como es domingo, son dueños de sus silencios los bosques y los huertos, los crecidos maíces y los naranjales. Mejor será que no vuelvas la cabeza. Ya es bastante eso de presentir a tus espaldas el odioso gigantón de Los Canchales. Razón llevabas en temerle. Te ha vencido con humillación, te ha obligado a huir. Porque, tú lo sabes bien, esto de ahora es una huida. Cuánto te gustaría haber podido contar con ropa de calle, porque vestido de ciclista, con el rabioso color rojo del Granate Ron, vas igual que uniformado de preso que se saltara los muros del bochorno, adiós para siempre a los iluminados insomnios de la fantasía cruzando de continuo las muy aplaudidoras metas de la gloria. Si tu madre te viera sufrir de este modo, de ninguna forma te recordaría sus consejos de recelo y miedo ante tu primera bicicleta, pero tu padre sí, tu padre, muy en su estilo de bondad enteriza, aunque no ensañándose, sí que te dañaría con las verdades más duras, a conciencia de hacerlo, volcado en la intención de causarte dolor en lo más hondo, porque, según acostumbraba a decir, a las malas heridas hay que cauterizarlas con el hierro candente de las palabras que queman, nada de recurrir a pomadas de verdades a medias o a la insana engañifa de los rodeos. Ya lo ves, hijo mío, todo es cuestión de seguir aprendiendo cada nuevo día, y mucho ojo con los disparatados sueños de grandeza, pues ya ves a dónde te han llevado tu bicicleta y la soberbia que te ha dado tu bicicleta, al descuido de la huerta y a disfrutar de tu novia sin haber pasado por la parroquia, y ahora, el quedarte así,

como hueco, una vez echado de los peligrosos tajos del triunfo, de los enredos de glorias que terminan siempre acarreando pereza en los trabajos sencillos, descarado desorden en el cariño a los tuyos, que acabarán medio olvidados, porque nada vale ni tanto así, a la vera de las cosas que te prometían los campeonatos, y, si te llega la derrota, ya lo ves, dónde esconder tu bicicleta y quién es el guapo que se atreve a presentarse en el casino con ese andar cansado que tienen todos los grandes perdedores, enrojecidos los ojos, como de haber llorado o por no haber podido llorar como quisieras, para toda la vida marcado por ese castigo que nunca sufrirán los hombres que jamás se salieron de lo suyo…

Detienes la marcha, bajas de la máquina, te apartas a la cuneta y te sientas en un borde libre de yerbajos. Ya está bien, padre, ¿no te parece?, ya está bien. Y adivinas que nunca encajarás en su mundo, siempre labrando y regando con algo más que la simple ilusión de poder vender a buen precio, ansioso de presenciar la aparición de los brotes primeros, el repetido milagro de la luz que se va encamando en fruta, el agradecido aroma de las acequias recién regadas, no como tú, cada día más distante de su entusiasmo, como un talismán tu bicicleta, mimada lo mismo que una diosa, hijo mío, me saca de quicio reparar en cómo la acaricias, de qué modo te montas en ella, que no parece sino que tú fueras potro y potrilla ella, y qué engolosinado tú en tu pedaleo tan lento, tan pagado de ti mismo, tan chuleta y tan perdonavidas.

Mi padre fue un niño de la guerra. Cumplió dieciséis años cuando terminaba, y está como tatuado por el miedo que su madre venía sufriendo desde aquel verano de los comienzos, a ver si pasan los años y se lo llevan de soldado al mori-dero, o lo que podría ser más inmediato, dentro de lo muy probable, que su hijo Carmelo se presentara voluntario, y no habría padre ni madre que en aquellos días se atreviera a oponerse: así es que usted encuentra una deshonra que su hijo acuda a la salvación de la patria. Tiempos aquellos de muchas arengas y desfiles, trompetas y tambores que revolvían la sangre de los quince años, por qué no de cometa de un general, transmitiendo con los destellos del cornetín la orden de ataque a la bayoneta. Y los muertos que llegaban al pueblo,

los rostros aún sucios de sangre enarenada y pegajosa, y la madre, anda hijo, llévale flores de la huerta. Y, en primavera, allá que iba mi padre, con sus catorce o quince años, tan orgulloso él de

SU hermosa brazada de azahares, y, al volver, la madre, hasta pesada con aquella intención en sus preguntas sobre el muerto y sobre los llantos de la madre, y de la novia del muerto, qué pena, tan jovenciUo, tan niño todavía, maldita sea la guerra, y, a los tres o cuatro días, otro cadáver heroico, y mi abuela, de nuevo a la carga, más y más flores, para que su hijo, a fuerza de ver de cerca tantos y tan descompuestos gestos de la muerte joven, acabara perdiendo el ansia de aventura que sembraba el trágico olor a pólvora estallada… Y después de los tiros, la escasez y el hambre, plantas de tabaquera en los rincones de la huerta, azúcar a cambio de melocotones y peras de concurso, cuatro cuartas de trigal en lugar de hortalizas, para que respondiera sonriente el panadero… Y todo aquello no pudo ser borrado, ni de buenas a primeras ni en años y más años, mi padre para siempre encogido ante cualquier iniciativa nueva: mucho cuidado, Alejo, no te fíes de las palabras, mira que no hay atrevimiento que no tenga que pagarse. Toda la bondad de mi padre atrincherada en la prudencia, por cada sobresalto, un drama, ¿corredor de bicicletas, dices? pero bueno, hijo, no te dejes encandilar por las vanaglorias de tres días, tú, vete a lo seguro, que es la huerta. La mar de lógico que se le encrespara el entrecejo en un puño al verte llegar con tu primera bicicleta de carreras.

Viene a ser como si el viejo, desde el otro mundo, se dedicara a castigarte sin miramientos. Reanudas la marcha, y él, desde el más allá, poniendo en candelero tu derrota, a ver, a ver qué haces con ella ahora, casi sería mejor que la dejaras abandonada a un lado de la carretera, no sea que pasado mañana, con sólo mirarla, se te ponga de nuevo en pie esa soberbia que, en estos momentos, se te ha tendido a todo lo largo, en pleno suelo del desengaño. Ni siquiera esperes a venderla, muchacho, quítatela de encima ya mismo, regálasela al primer campesino que se cruce contigo.

Aún estás lejos de tu huerta, mejor que mejor, porque das por casi seguro que

Juanita y los niños habrán acudido a la capital a verte cruzar la meta. Pero, bueno ¿ya empiezas de nuevo con lo mismo? Olvida, hombre, olvida, porque, de ahora en adelante, necesitarás olvidar para siempre un montón de cosas, de esperanzas, de gestos y palabras, años enteros expulsando de la memoria todo lo que dabas por seguro que habría en tomo a la bicicleta. Vete haciendo a la idea de que el nuevo tramo de tu vida deberías empezarlo hoy mismo, y mejor, con algún detalle muy sencillo y expresivo, como, por ejemplo, llegar a tu huerta, en la que sólo te recibirá el viejo mastín con sus fatigados ladridos. Y, como no llevas llaves encima, apoyarás la bicicleta en el brocal del pozo, y ni se te ocurra encararte con su hondura. No es por nada, pero, como tú sabes, los pozos, incluso en días de mucha alegría, parece como si te empuñaran la camisa, para tirar de ti hasta los brillos

negros de sus aguas. Dejarás, pues, tu bicicleta apoyada en el brocal del pozo, cruzarás de parte a parte el silencioso verdor de la huerta, te quitarás la ajustada ropa de gregario, tu colorinche etiqueta de doméstico en ruta, y te tirarás a la alberca, que te estará aguardando, llena de agua sombreada por la vieja higuera mayor, sus brevas al alcance de la mano, y un perfume dulzón en la brisa, que te trae, hasta el borde mismo de la alberca, nada menos que risas y voces tuyas de cuando niño.

Y, en el momento que menos lo esperes, te llegará de la cancela el ruido del motor asmático de una furgoneta más que conocida, y, más que presentir, adivinarás sin posibilidad de equivocarte, que llegarán corriendo los niños, gritando un papá, papá, muy alegre, muy bien ensayado por Juanita, que, en llegando hasta ti, en el instante mismo de tú mirarla a los ojos, te dirá algo muy cariñoso y también muy encariñado con todas las cosas de la huerta.

Por la carretera, lo que se dice solo solo, sobre tu máquina, no has ido nunca. Apenas si te esfuerzas. ¿Para qué correr más? ¿Acaso te aguarda alguna alegría? Por cierto, sería mejor llegar de madrugada. Por lo menos, que los niños estén dormidos y no te vean llegar con esa expresión de hombre al que no le queda otra cosa en la vida que el trabajar de hortelano, el partir hacia el pueblo con las primeras luces, cargadas de

hortalizas y frutas las angarillas de los burros plomizos.

Me emociona muchísimo ver a mis hijos dormidos. En este tiempo, destapados, abiertas las piernas y brazos, como bastante más inocentes que cuando están despiertos, más entregados a mis ojos, más necesitados de mí, y no sólo en el sentido de que yo los proteja, los alimente, los vista, les compre los libros del colegio, no, sino también, porque, dormidos, me exigen que no los engañe, que no les deje ilusionarse a sueño libre con todo cuanto se me esté yendo de las manos. Pero, con todo, siempre será preferible llegar a casa cuando ellos duerman. No quiero que me vean roto y envejecido por la derrota, porque llorarían. Y, pensándolo fríamente, quizás fuese mejor desengañarlos de una vez para siempre, esta misma noche, sin empezar a contárselo poco a poco, a partir de mañana, y, por cierto, cuidado, que los niños no vayan a clase, porque no faltará algún compañero hijo de perra que les diga que su padre se rajó, el muy cobarde, pues vaya campeón de la mierda. Si están dormidos cuando yo llegue, tendré que despertarlos, y les diré la verdad, cuando todavía tengan telarañas en los ojos, cuando estén aún como enredados entre la realidad y el sueño… Sentaré al más pequeño en mis rodillas y pondré una de mis manos en el hombro del mayorcete. Vamos a ver, hijos, esta noche quiero deciros algo que tiene muchísima importancia en mi vida, y, por tanto, en la vuestra y en la de mamá, y también en la vida misma del tío Tomiro… Y, después de decir esto, he de engañarlos. A la cuesta de Los Canchales, ni mentarla, hija de puta la cuesta de Los Canchales… Pues resulta que, ya veréis, resulta que hay que ver el poquísimo tiempo que estoy con mamá y con vosotros… Así es que, no sé cómo decirlo, he decidido renunciar al lío ese de las bicicletas, para dedicarme más de lleno a la familia…

Pero, en ese momento, precisamente en ese momento, la palabra familia me saldrá igual que apuñalada por la emoción, aunque, desde antes de escucharte esas palabras tuyas, se habrán dado cuenta de cuál es la verdad, y se te quedarán mirando con los mismos ojos con que tú y todos los que fuimos niños escuchamos la primera noticia de que los Reyes Magos eran tres preciosas mentiras.

A partir de hoy, ni Granate Ron, ni tampoco marca alguna, te ofrecerá contrato. Bien malo se te presenta el día que vives, y, además, como te ocurre casi siempre, temes que esta desgracia no te venga sola. Dios no lo quiera, aunque, pensándolo bien, por dónde puede llegarte alguna nueva contrariedad. Bueno, por lo pronto, ándate con cuidado al tomar las curvas, no sea que te salga uno de esos camiones grandotes que se mueven como amos de la carretera.

A escasos metros de la cuneta, se extiende un melonar de hojas muy bien regadas y jugosas. Te detienes buscando algún caserío pequeño al que acercarte para pedir un melón bien maduro, pero sin confesar tu hambre, sonriente, lo mismo que si se tratara únicamente de satisfacer un capricho. Pero nada, ni rastro de los dueños. Toda la labranza inmensamente vacía. Ni con un solo coche te has cruzado aún. Todo el mundo ha debido irse a la capital a ver llegar la Vuelta. Dejas la bici echada sobre la yerba, y, después de una prudente mirada en redondo, revisas los melones más cercanos. Te sientes atraído por ese de color verde oscuro con manchas amarillas. Lo arrancas de su mata con los ojos cerrados por la vergüenza, y, sin abrirlos aún, teniendo entre las manos la pesada fruta, te acuerdas de aquel muchacho desarrapado al que sorprendiste robando manzanas en tu huerta, plaf, la primera bofetada, toma, por sinvergüenza, y otra aún más fuerte, y date por contento de que tengo mucho que hacer, porque la próxima, te llevo a la Guardia Civil. Tentado estás de abandonar la fruta, bien disimulada bajo las anchas hojas de la melonera, pero te pueden más la gazuza y la sed, y decides golpearlo con una piedra, después de repensar si alguna de las piezas de la bicicleta, una vez desmontada, podría servirte de cuchillo o navaja. Se resiste la gruesa y áspera cascara verde y llegas a temerte que habrás de dejar caer el melón sobre la carretera hasta que se parta en dos. Y, tras intentarlo sin éxito hasta cuatro veces, lo coges entre ambas manos, por sus extremos picudos, y das con él sobre los salientes de una piedra de buen tamaño, hasta que, por fin, herida su resistencia, consigues introducir, en la fresca hondura del fruto, tus poderosos dedos hechos a empuñar

manillares, como si en ello te fuera la vida.

Después, la carretera te resultó menos pesada, una mano, en el manillar, y, en la otra, ofrecido al mordisco, el buen trozo de pulpa ligeramente amarilla, divino el sabroso jugo que se extiende por todos los recovecos de la boca, bendito sea Dios, mediante qué poca cosa puede recuperar el hombre algo de una alegría más pisoteada que perdida, de nuevo avivando el pedaleo con los ojos fijos en un horizonte alzado sobre lomas que azulean bajo un cielo de nubes oscuras y correto-nas. Se ha levantado una brisa fresca, de las que te pasan un pañuelo de seda por el sudor de la frente, un vientecillo de los que, según tu compañero Jerónimo, te mueven los farolillos del ánimo y te ponen inyecciones de vitaminas en la musculatura de las piernas.

Por cierto, cómo te gustaría saber lo que Jerónimo habrá dicho, primeramente, al tener que abandonar la zona de la llegada sin verte venir, y, más tarde, ya en el hotel, al saber que te bajaste del coche escoba, para rodar hacia tu huerta en lo que será tu última etapa. Estás seguro, muy seguro, de que Jerónimo, entristecido, quizás haya comentado que tú lo presentías, maldita sea la cuesta esa del demonio, a la que nada más verla empinarse a las primeras de cambio, le echaste aquellos primeros piropos, hija de puta, tierra mala, igual que si la pendiente tuviera rostro con ojos y oídos, y fue inútil que, saliendo de la ter-

cera curva cerrada, se te pusiera delante, en disposición de echarte los valiosos tirones de su rueda trasera, en aquellos primeros agobios de la fatiga.

Nada te extrañaría que, en tu maleta, abierta con pena, sobre los forros de la tapa, contemple Jerónimo la foto que sabe que llevas, tú, vestido de ciclista, manteniendo la bici con ambas manos, y, a tu vera, con sonrisas muy al son de la tuya, los niños, y muy seria, tu mujer, siempre como adivinando vientos malos en torno a la silueta de tu máquina.

Y, en el retrato de familia, tu compañero te habrá contemplado a ti, como si en la foto estuvieras solo, su mirada atenta y fija nada más que en ti, con el silencioso detenimiento que aplicamos todos al remirar la foto de alguien que se nos marchó para siempre, pensando, cómo no, en esa pequeña muerte tuya de corredor acabado, definitivamente herido en esa vocación que sienten todos, cada cual como pueda, por iluminar con ilusiones, una por una, las horas todas de la existencia.

Fundados son, sin duda, tus temores a la travesía de los pueblos. Siempre hay una red de caminos y sendas por las que dar un rodeo, a la espalda de corralillos y gallineros, librándose de una curiosidad malsana, de preguntas que, en un principio, pudieran ser serias, pero que suelen pasar de inmediato a las preguntas que, guasona-mente, pueden colocarte en la situación ridicula que, seamos sinceros, está pidiendo a voces tu figura de corredor que decide cubrir esta caprichosa etapa tan del todo independiente de la ruta prevista.

Maldito el perro pequeñajo que te persigue, metiendo entre los radios de la rueda de atrás el morro colmillero en el escandaloso acoso de los ladridos, obligándote a marchar más deprisa por una tierra demasiado suelta, hasta que suena a tus espaldas la cascada voz de una anciana, eh, eh, ya está bien, ya está bien de ladrar, puñeta. Y usted ¿qué? ¿provocando a los perros con esa vestimenta? Así se nos ha puesto la vida, que no sé cómo una no se vuelve loca.

Te has detenido para entablar un poco de conversación con la abuela, que viene guiñando los ojillos miopes, de fijo que con la intención puesta en averiguar la clase de ropa que llevas puesta.

—Vaya, vaya, vaya -exclama, llevándose una mano a la cabeza-. Así es que nada menos que un ciclista, menuda la que formaría mi nieto si estuviera en casa, que ni quiere ver las tapas de los libros, encandilado como está con las bicicletas. Desde los ocho añitos, ¿y tú, cuando seas mayor, que quisieras ser? Y el niño, que no quiere ser capitán de barco ni médico ni bombero ni futbolista, yo, ciclista, corredor de bicicletas, y todo por esa endemoniada tele que tantísimas cosas malas nos está metiendo en las familias, pues, a la vista de las costumbres tan así que hay en las capitales, no hay muchacho ni hombre hecho y derecho que acuda sonriente a su trabajo, así es que ya lo sabe, mi nieto Manolo quiere ser ciclista como usted, que, por cierto, a dónde va por estos andurriales, si la Vuelta habrá llegado o estará llegando ya a la capital, y mi nieto en primera fila, hala, a ver desde bien cerquita a los campeones.

—Bueno, bueno, abuela -le cortas-. Tengo que irme. Dígale a su nieto que si

le atraen las bicicletas no ceje hasta conseguir una buena, y que empiece a probar suerte en las carreras de los pueblos.

—Enseguida le digo yo eso, con lo envenena-dito que está.

—Todo el mundo -le dices a ella y te dices a ti mismo- necesita poner su gran ilusión en marcha, abuela, y si luego fracasas, mejor será sentir el fracaso en las propias carnes que pasarte toda la vida preguntándote hasta dónde hubieras podido llegar con una buena bicicleta de carreras.

Por mucho que lo intente, no podré desarraigar dentro de mí las innumerables ansiedades que fui sembrando, día a día, a golpe de pedal y de fatiga, porque lo que más nos cuesta es lo que más perdura, imborrable será lo que más nos ha dolido, el amargor de las grandes renuncias, en la primera fila de nuestra memoria, y llegarás a abuelo, y, todavía serás capaz de hablar con entusiasmo de la bicicleta y de todas tus batallitas de bicicletas. Juanita, tu mujer, te mirará con los

pacientes ojos de la compasión, y, cuando se te acerquen los nietos más crecidos, les preguntarás, a ver cuál de ellos heredará tus glorias, olvidado por completo de tu desengañada angustia. Porque, si bien estás seguro de que Juanita te propondrá que rompas o quemes tu colección de fotos y recortes de periódicos, los guardarás más que nunca, y, esta vez, bajo llave, porque también la desgracia es profundamente nuestra, con todas sus consecuencias, tal y como es y no otra. ¿Por qué tenemos que taparle la boca al recuerdo de todo aquello que se vive con el corazón por delante? ¿Por qué tenemos que amputarnos esos trozos de vida como si amenazaran con la gangrena?

Te alejas saludando con un movimiento del brazo, y, como el perro pequeñajo empieza a ladrar de nuevo, la muy traviesa, en lugar de mandar al perro que se calle, lo azuza, y se ríe ruidosamente al ver cómo aprietas la marcha, para quitarte de encima el irritado acoso de los ladridos.

Un ancho relámpago pone en el horizonte un pasajero brochazo de noche con luna llena. Y, en seguida, el trueno, como un ladrido del mismísimo demonio,

intimidando copas de árboles y yerbas. Y la lluvia. Y tú que te olvidas de muchas cosas, recientes unas, más distantes otras, y desagradables todas, porque, en este día, todo te sale mal, hasta el recuerdo, y vete a saber si, antes de llegar a tu huerta, no te llegarán reveses aún peores. Por lo

que, a pesar de que el agua te empaña y te ciega, agradeces la llegada de esa tormenta que abraza y se adueña de los costados llanos del paisaje, achicando tu estampa de corredor vencido, como un payaso tú bajo el colorín escarlata de tu maillot de marca, qué absurda tu solitaria exhibición de hombre anuncio atravesando la cortina de agua que también te refresca los adentros, aunque no la esperanza, simple locura ya de repetir lo de tantas otras veces, alzando la cabeza y estirando el cuello en un tirón de orgullo, hasta colocar en la mente alentadoras preguntas que intentan arrinconar todo lo peor de tu pasado. ¿Por qué no ponerse a entrenar de nuevo, desde mañana mismo? A la porra el vino, como nunca dispuesto a comerte kilómetros y kilómetros de carreteras malas, para que hasta el esqueleto se te vaya haciendo más y más amigo de la maldita vibración del sillín y el cuadro, como zarpas las manos para poder dominar el disloque del manillar, al paso por los baches parcheados con apenas alquitrán y mucha mala piedra.

Arrecia el aguacero, exactamente cuando, a unos cientos de metros, avistas una casilla de camineros, bien se ve que abandonada en trance de ruina, aunque todavía, sobre los rastros blancos de una cal desvaída, puedes leer un gran letrero incompleto, que, con sus referencias, te ayuda a calcular en unos cuarenta kilómetros lo que te queda por recorrer hasta tu pueblo.

Bajo el único rincón que conserva un resto de techumbre, queda un rastro de candela, encharcada la ceniza de algún lejano invierno, trozos de ramas a medio quemar, durante alguna endemoniada noche de trotamundos, latas de conserva herrumbrosas y libres de etiqueta, que provocan ruidos irritantes al ser apartadas por las ruedas de tu bici, a la que apoyas muy en el fondo del rincón techado. Buscas inútilmente algo con que secar un poco la cadena y las palometas de los ejes. Pero, para hacerlo, ni siquiera yerbas secas hay sobre la descuajada solería

de mediocres losetas azules que, en hilera desigual, se adentran por la parte más honda de la casilla. A izquierda y derecha, dos de los que fueron dormitorios. En el mayor, sobre el lienzo de pared frontero, en una huella como grabada a fuego, permanece la pretenciosa silueta cabecera de una cama antigua. En la otra, los hijos pequeños despertarían cada mañana con el bullicio del gallinero, situado un poco más allá de la ventana, junto a los superficiales surcos endurecidos de lo que debió ser un intento de huerta mínima, apenas diez o doce metros cuadrados, donde llegar a regar la alegría rojiza de los tomates o el engorde rotundo de las sandías.

Y más allá de la puerta y del huertecillo, como sobreviviendo en la memoria, el poderoso y bravo verdor de los trigos, que se mueven bajo la lluvia con el complacido vaivén de los amoríos.

Me conmueven las casas ruinosas. Desde niño, me ha dado siempre la impresión de que son como personas que mueren poco a poco, personas abandonadas cuando su enfermedad no tiene ya remedio. Se les desportillan los postigos todos de la esperanza, se agrietan las paredes que antes fueron tan acogedoras y encariñadas, se descuajan las losetas y los ladrillos, por encima de los cuales fueron de un lado para otro los pasos tranquilos de la felicidad, o los precipitados pasos de las alegrías mayores, en momentos de abrazarse en grupo, subidas las voces, y todo el sol del mundo en las ventanas.

Ya no. A la persona de argamasa se le ha ido venciendo la techumbre, y, por todos sus adentros, se mueven lagartijas y ratas, restan por el suelo jirones de tela, trocitos de papeles manuscritos, quién sabe si de cartas, descoloridas estampas de calendarios tan antiguos, que, por aquella primavera, debieron ser semidesnudos picantes, en tanto que, ahora, provocarían la risa compasiva de los nietos para con el abuelo, que, de cuando en cuando, a pesar de que el alma se le esté empapando de lejanas lluvias, consigue sacar un hilo de voz para pronunciar preciosos nombres de muchachas, que, en los finales de su vida, son como esos azulejos tan llamativos y brillantes que permanecen todavía, a uno y otro lado del hueco del lavabo y debajo de donde estuvo el espejo en que fueron ensayadas tantísimas sonrisas gozosamente jóvenes o todavía maduras.

Y menos mal que, en cuanto pase la tormenta, regresará el azul al cielo, y la casa, imposible reconstruirla, volverá a encontrarse, al menos, con la amistad del sol, hasta que, llegada la noche, se le mueran los sueños, de desamparo y frío.

No te es posible sentarte ni en el suelo, y lo haces sobre el cuadro de tu máquina. Escurres el agua de tus cabellos, ni tú mismo sabes por qué ni para qué, porque de nuevo te entregas bajo la lluvia, al asomarte a la carretera, para mirarla a izquierda y derecha, como si echaras de menos la llegada de alguien, no importa quién, alguien que también vaya solo y como perdido. Porque es que las tormentas tienen eso, que, si las ves caer a la par que otros, te sientes más de ellos, porque los necesitas, porque, con el relámpago y el trueno, te das perfecta cuenta de lo mucho que duele la soledad, y, si estás solo, como ahora mismo, quisieras tener a tu vera alguna cosa viva que te mirara y te oyera, acaso un perro, eso, uno de esos perros que se hartan de ser perros callejeros de la capital y se lanzan al campo, carretera adelante, desesperadamente ansiosos de encontrar una caricia verdadera y quién sabe si también un amo definitivo.

Hasta te pesa que haya cesado la lluvia. La carretera tiene ahora un brillo triste. Sientes un escalofrío al dar las primeras pedaladas. Necesitas apretar la marcha, para contrarrestar con sudor el agua que te domina y te duele por las piernas y la

espalda. Deseas llegar cuanto antes a tu huerta, para sentirte cobijado bajo cualquiera de sus techos, porque son tuyos, en la tibieza misma del palomar, donde aún te queda una buena botella para sentirte a gusto en casa, entre el revoloteo de las palomas y el bronco bramido buchón de los machos zuritos.

Nadie sabía de qué otro pueblo vino, si es que no se escapó, decían, del mismísimo infierno, siempre tiznado hasta en el blanco de los ojos, no con la descuidada suciedad de los carboneros, siempre a ramalazos por el rostro y la piel, sino con otra oscuridad más espesa y repartida por igual, en la que ni siquiera se movieran los ojos, renegra también la colilla que nunca faltaba en sus labios, y oscura, asimismo, una voz de mina que casi sólo se le oía cuando llamaba al perro o se cagaba en la puta madre de los chiquillos, que rodeaban su

cueva, entre gritos que siempre tenían que ver con el demonio.

Tú no, Alejo. Ni de chaval acudiste en grupo al cerro amarillento, donde Tragatizne tenía su covacha inmunda. En plan de puerta, frente al calor y el frío, un ancho retazo de lona dura, bajo la torcida mueca de la arcada. Delante, como una débil defensa contra la barranquera, dos o tres pitas mal arraigadas y unas cuantas macetas rotas, sin vestigios de raíces, y menos, de hojas, restos de tiempos más jóvenes y quizás menos sucios, cuando el hombre no pasaba de ser todavía una

amarga decisión de solitario, un hombre huido de algún lugar donde anidaron sus dolores, sus miedos y sus odios, para traérselos con él hasta aquella cueva donde tan fieramente malvivía, no todo lo lejos del pueblo como quisiera, porque necesitaba sobrevivir en la descarga diaria de la escombrera y en los malolientes aledaños del matadero.

Unos quince años tendrías, cuando te mandó llamar don Alejandro, el cura, para decirte que Tragatizne se había muerto, y que, en el pueblo, se supo, antes por los ladridos de su perro que por el mal olor, que había subido hasta las cabrerizas del cerro. Don Alejandro iba de sotana, roquete y estola. Llevaba los óleos en la cajita plateada y te pidió que entraras con él en la cueva, los dos con las narices tapadas y a punto de vómito. Encendimos una tea hecha con papeles de periódicos y le vimos echado sobre algo que era sólo el recuerdo de un colchón de rayas rojas y blancas. Sobre las repisas talladas en la piedra, había toda una colección de botes y latas vacías, y, al fondo, como un fantasma de la música, enseñaba el llamativo bermellón de su trompeta un viejo tocadiscos, quizás rescatado de alguna casa en escombros. Y, a su lado, quién podría imaginarlo, no ya los restos de una bicicleta, sino parte de su esqueleto, pedazos del manillar y del cuadro con la tristeza parda que adquieren los huesos después de muchos años enterrados.

A ti no te agradó suponer que aquellos metales herrumbrosos los habría traído de la escombrera con intención de venderlos, sino que te dio

por imaginar a un Tragatizne todavía muy joven, llegando en bicicleta a las

afueras del pueblo, rodando despacito por unos alrededores que le serían desconocidos, hasta ver desde lejos la malhumorada bocaza de la cueva.

Al día siguiente, acompañaste al cura hasta el cementerio y, junto con el enterrador, entrasteis en el cuartucho tétrico y frío de las autopsias. Don Alejandro llevaba doblado en el brazo un traje negro suyo.

—Que por lo menos -dijo emocionado- vaya bien trajeado al otro mundo, porque allí, jamás podrá vivir tan solo.

Sin saber por qué dejaste de pedalear con prisa. Te invadía una agradable sensación de cansancio que va desapareciendo suave e inexplicablemente. Dentro de poco, el sol se colocaría en el cielo a la altura precisa desde donde empezaría a castigarte los ojos. La llanura, una vez atravesados los sequerales de la campiña, se alegraba con los verdores perfectamente alineados de los regadíos. Con frecuencia, divisabas a izquierda y derecha la densa frescura de alguna huerta pequeña, siempre a mediana altura el recio rectángulo de la alberca, junto a la quietud herrumbrosa de la noria, sólo algunos ladridos poniendo vida verdadera en aquellos cortos puñados de vegetación silenciosa y aparentemente deshabitada, aunque tú, como buen hortelano, presentías a una mujer cosiendo o majando el gazpacho a la sombra de la parra, y al hombre que, en el descanso del domingo, se permitiría el lujo de recorrer la huerta sin doblar la cintura, únicamente gozando de ella con los ojos, respirando su glorioso olor a tierra mojada.

Al salir de una curva, te sorprendió la blancura tendida de un pueblo. Al estar a más bajo nivel que la carretera, podías contemplar una plaza con sus bien cuidados arriates, delgada y presumida la torre canela, y unas cinco calles que parecían esforzarse inútilmente por mantenerse del todo rectas y paralelas.

Los pueblos muy en alto resultan imponentes. Si los contemplas desde la llanura, te achican, te apabullan. Más que hermosos, los pueblos así de empingorotados, son dominantes y mandones, todo lo contrario que esos otros pueblos a los que puedes contemplar allá abajo, en el fondo de un valle o en un profundo desnivel de la carretera, pueblos siempre amables y dispuestos a que te dignes visitarlos, para interesarte por la fecha en que fueron levantadas su iglesia y su torre, o para sentarte a descansar en uno de los asientos de su plaza, mármol

y herraje, junto a unos rosales que deben ser el orgullo definitivo de un jardinero, que, muy probablemente, en cuanto te vea contemplando sus grandes rosas escarlatas, se acercará ceremonioso, para preguntarte si entiendes algo de jardinería, acaso esperanzado en que tú le propongas seguir la conversación en la taberna, donde dejaría de hablarte de arbustos y flores, para empezar a contarte antiguas y recientes historias e historietas de la población, algunas, casi al oído.

porque todos los jardineros, unos más, otros menos, se conocen con pelos y señales los amores y amoríos de los demás, puesto que, más tarde o más temprano, todos los enamorados y enamoriscados terminan por citarse algún día en un rincón florecido, todo muy cursi y muy imprudente, pero, mire usted, con una buena paciencia acabo por cazarlos diciéndose tonterías, que, como usted bien sabe, terminan sin remedio en consecuencias mayores.

Son pueblos estos pueblos de los que tienen la ermita de la Patrona a una media legua y siempre en alto, silueta de piedra y una sola campana en la espadaña. No como los pueblos altivos, que hasta las mismas ermitas las tienen allá abajo, miradas de reojo por la soberbia más o menos ruinosa de sus castillos.

Echaste pie a tierra y descubriste la estrecha carretera que descendía en busca de los serenos destellos de sol desde los muros encalados. Algo retirada del pueblo, una mujer con delantal blanco regaba con una manguera el albero de la explanada. Sin duda, era la tabernera, que preparaba su negocio para las primeras fresquitas del atardecer. Te llevaste la mano al bolsillo del pecho y desdoblaste tu único billete, de mil pesetas. Seguidamente, la boca te pidió beber algo que no tuviera que ver con la sed. ¿Cuánto tiempo ya sin beber alcohol, ni siquiera a escondidas, por la noche, entre los asustadizos revuelos del palomar? Y

ahora, ¿tinto, cerveza, un buen cubata? ¿Y por qué no una copita de Jerez? Incluso un tanto feliz te sentías al dejarte ir rodando hacia el pueblo, borrón para Los Canchales y para la Vuelta, para todo cuanto tenía que ver con las demás bicicletas. Te sentías vivir y recuperabas el aniñado deseo de fabricarte pretextos

de alegría.

Estaba vuelta de espaldas, era rubia, mediana de estatura y bien ancha de caderas. Ella no se había percatado de tu llegada y continuaba el riego de su terraza elevando el chorro de la manguera entre los bruscos cambios que dispersaban más y más en fino los alivios del agua. Bajaste de la máquina y te acercaste a pie, sin dejar de mirarla, a cada paso con más ganas. Bastante tiempo hacía que no te calentaba tanto el cuerpo de una mujer. Y menos, con tantos kilómetros en el zurrón de tu cansancio. Era como si, del fondo mismo de la fatiga, se te remontaran bravios aquellos deseos primeros de los catorce o quince años, tiempos de fiebre en los ojos, al cogerle las vueltas a los horarios de las muchachas, por agosto, medio desnudas en el río, husmeando desde el escondite el olor a anguila que imaginabas en los cuerpos, sobre todo, de tobillos para arriba.

Igual que si hubiera sentido en la espalda el paso de tu deseo, se volvió con una expresión repartida entre la sonrisa y la sorpresa.

—Ay, qué susto -dijo llevándose al pecho una mano casi dolorida de tan abierta-. ¿Siempre llega usted a los sitios así de gatunamente?

Y, asombrada de nuevo, reparó en tu ropa de ciclista.

—Vaya, y además, resulta que usted debe ser un escapado de la Vuelta.

Era joven. No pasaría de los veintitrés o veinticuatro años. De esa edad eran sus brazos y su voz, la alegría de los ojos y la sugerida dureza de sus pechos, bajo la blusa blanca y fina. Pero su rostro, mortificado por cremas y pinturillas, se enseñaba como cansado y relativamente envejecido.

—¿Podría servirme una copa?

—¿Una? Y tres y cuatro. Para eso estamos.

A la derecha de la terraza, sobre un terreno allanado de mala manera, se podían ver numerosas y entrecruzadas señales de grandotas ruedas camioneras. Sobre la puerta, en letras rojas, un rótulo. Bar La Rubia, y, a un lado, más letreros, se sirven comidas hogareñas, hay máquinas de discos y tragaperras…

Mientras adosabas la máquina al mostrador, la muchacha se quitó el delantal y te pareció aún más atractiva. Ella lo sabía y buscaba en tus ojos la admiración

que lo confirmara.

—¿Cerveza, vino, güisqui…? -dijo saboreando la saliva de su propia lengua.

—Una copa de jerez.

Te enfadaste contigo mismo, al verte tan confuso y nervioso, por el estilo de aquella vez. Carrera de provincia, y tu primer triunfo en una meta de la capital. Un cuerpo fuerte el tuyo de dieciocho años sin estrenar, y el dinero del premio, ya de paisano, como una bomba de tentado-

nes. En la puerta del hotel, te aguardaba Alfredo, un compañero de tu misma edad, pero no de pueblo, picardeado de sobra en un barrio extremo de la ciudad.

—¿Qué? -te dijo-. ¿Festejamos ese triunfo como está mandado?

En más de una ocasión le había hablado Alfredo de las salas de fiesta, de mujeres de todos los estilos, rubias, morenas, platinas, pehrrojas, caras y carísimas, baratas y puros amasijos de carne, drogadas o alcohólicas. Y, nada más llegar al salón de baile, te fuiste a la cama con una morenita muy pequeña.

—Pero, bueno, qué te pasa, ciclista, oye, que te estás durmiendo -dijo la tabernera.

Verdaderamente había sido ella la que te despertó del recuerdo, tuteándote, en un claro intento de embarcarte en el más allá de la cortina azul estampada de llamativos rosetones amarillos. Te bebiste de un trago la copa de jerez.

—Una pregunta -dijo ella, acodándose en la barra de forma que tus ojos no pudieran apartarse de los adentros del escote-: Y siendo como eres del equipo Granate Ron, ¿cómo es que no bebes ron?

Aniñaba el gesto con una coquetería relamida y como muy propia de algunas rubias, acaso empeñadas en imitar el lindo pasteleo de crema que fue la Marilyn Monroe, empequeñeciendo estudiadamente los labios y los ojos, en mohines de colegiala seductora y perversa.

—¿Es que no te gusta el ron, corredor? -y se salió de la barra, para emparejarse contigo, el brazo enganchado al tuyo-. ¿Qué es lo que te gusta, entonces?

Es posible que fuese la falsedad de su voz la que te fue enfriando más y más, hasta llevarte, incluso, al borde mismo del asco, ayudado en eso por la mala memoria que te quedó después de haber estado con la morena redondita y pequeñaja de la primera vez, olores a perfume barato, mezclado con otros de carne resudada sobre sábanas sucias, olores, en fin, muy semejantes a los que tendrías que volver a soportar más allá de la cortina.

—Estoy cansado, ¿sabes? Y, además, tengo el dinero justo para llegar por fin a mi casa. Todavía me queda bastante carretera.

—Si es por el cansancio, vale -dijo ella soltándose de tu brazo-. Pero, por lo del dinero, no tienes por qué apurarte, porque me gustas.

Sacaste el billete y se lo ofreciste.

—Por favor, cóbrame la copa.

La rubia se dirigió a la cortina, y, cuando ya la había retirado, antes de desaparecer tras ella, dijo sin volverse hacia ti, rota la voz por aquel ofrecimiento humillado:

—Invita la casa.

Al distanciarte del bar, la imaginaste mirándote desde su acostumbrada soledad, a la espera de que, bien avanzada la noche, empezasen a llegar los camioneros, picaros y recalentados por el nerviosismo del viaje y el requemado rugido de

los motores, grasa en las manos y hasta en el tono musculoso de los vozarrones.

Al llegar a la carretera, acordándote de nuevo de la morena rellenita de tu estreno de hombre, no pudiste evitar que cayeras en la cuenta de que, sólo unos días después de aquello, empujado por las primeras calenturas, conseguiste llevarte a Juanita hasta los espesos matorrales de más allá de los pinos.

De mujeres apenas entiendes. Por mucho que te tengas aprendida a la mujer propia, lo de conocer a las mujeres es algo muy distinto, porque, precisamente, al conocer las reacciones de una sola, te imaginas que las demás también reaccionarán de manera parecida. Y no, qué va. En eso, Alejo, por ponerte una

comparación muy en lo tuyo, ocurre como con las distintas cuestas y puertos de montaña. Con saberte las dificultades que presenta una determinada escalada, no tendrás resueltos los problemas que te han de presentar las demás, cada cual con sus curvas, que serán muchas o pocas y más o menos cerradas, cada cuesta con sus distintos porcentajes de pendiente. Y tú, conocer lo que se llama conocer, con los imprevistos de rigor, nada más conoces a Juanita. Porque el haberte ido a la cama con cinco o seis fulanas, ni supone conocerlas, como tampoco te da derecho a condenarlas.

En este sentido, no es mala señal que hayas renovado tu viaje así de pensativo. Sientes pena

por la tabernera. Hasta hoy, después de haber conocido a las otras cinco o seis mujeres fáciles, todas las fulanas te parecían personas que hubieran dejado de serlo, niñas que, a partir del primer resbalón, fueron cayendo en un pozo sin fondo, hasta convertirse en animales sucios y pintarrajeados, cuerpos marcados por el salivazo y la paliza. Pero la rubia de la taberna, aún siendo de esas, te ha obligado a pensar de otra manera. Nunca podrías llegar a despreciarla. Ni viéndola borracha, o intentando besar los pies del chulo que le pegara. Has sentido y sientes compasión por ella. Piensas que, al fin y al cabo, también la rubia tiene en su vida, y nada menos que todos los días, una pendiente que subir, unos Canchales que jamás podrá someter del todo, ni un solo día sin sentir la pájara en la dura batalla de la madrugada, cuando, además de la alegría fortachona y casi metálica de los camioneros, haya de sufrir el agobio de los borrachos escapados de los pueblos cercanos, gente que a veces rompe de un golpe la botella, para enseñar la amenaza puntiaguda ante las pestañas misma de los ojos enemigos.

Vaya por Dios. A menos de medio kilómetro, un cementerio pequeño, aún más encalado que el pueblo de la rubia, al que sin duda corresponde, camposanto sin apenas cruces que sobresalgan de las demás, un puñado de muertos en familia, algunos de ellos, quizás parientes cercanos de la tabernera, sus padres y hermanos, o quién sabe si

el marido, que puede que se fuese dejándola gua-petona y viuda, sin otra riqueza que sus veinte años de carne en su punto de dureza, llamativo reclamo para los carniceros apetitos de más de un pueblo, causa de enrabietados celos y afilados miedos para el mujerío, en su prudente huida a las afueras, con quinientos metros de tierra de nadie, entre el remate de la última calle y la escandalosa música que despabila por la noche la prohibida querencia de los casados.

Te detienes ante la blanquísima portada en arco, cancela de un negror que se adivina conseguido en reiteradas y fervorosas brochadas de luto. Y más allá, entre sencillas tumbas de ladrillos muy blancos, el caminito central que ilustra el albero apisonado, albero hermano del otro mucho más alegre, que le concede porte y prestancia de festejo grande al enfarolillado recinto de las ferias.

Qué lío esta vida, ¿no? En sólo una tarde tuya, cuántas sensaciones distintas, qué paisaje tan nuevo éste que vas recorriendo ya sin muchas prisas, librándote de toda la angustia que traías de Los Canchales, igual que si vinieras dejando a jirones tu tristeza en el melón que robaste, en la abuela del chaval que sueña con ser ciclista, y, cómo no, mucho de tu tristeza, a cambio de la tristeza falsamente alegre de la rubia, vaya, como si tú y hasta tu misma bicicleta os fueseis convenciendo de que la vida de verdad está muy repartida a ambos lados de la carretera, vida en carne viva a los costados de la velocidad, vida anclada

allí, en aquel huerto pequeño, junto a la tela metálica de un corraKUo o en los ojos de una fulana cuyo favor despreciaste, y también vida, por qué no, en la adecentada pequenez de ese cortinal de tumbas, vida recordada y echada de menos por los que todavía pueden acudir a la capital para ver un final de etapa de la Vuelta, y por los muchos que se conforman con arropar su trabajo en el cariño de la mujer y los hijos, o por esos otros que sisan de las ganancias del mes las pesetas justas para visitar a la rubia, en horas de sol arriba, cuando falta un montón de tiempo para que, con la madrugada, comience el alborotado imperio de los camioneros.

Nos desagradan. O, para ser más exactos, nos repugnan un poco, quizás porque, en ellos, la impertinencia de la imaginación nos provoca macabras visiones de pudridero. Pero éste es sólo el fundamental motivo aparente de que

vayamos tan contadas veces a los cementerios. Como tampoco es cierto que nos entristezcan tanto como decimos. Todo eso y más es cierto. Pero lo que ocurre es, sencillamente, que tenemos miedo, no de que en ellos pudiéramos experimentar apariciones, no, sino de que, al contemplarlos en silencio, caigamos en la cuenta de que vivimos distraídos de la muerte, cada día más expresamente atolondrados, para que la muerte se nos quede cada día más lejos, más desconocida, más inexistente.

Por eso os impresionó a todos tantísimo el gesto de aquel compañero vuestro de hace dos Vueltas. Felipe se llamaba. El apellido no lo recuerdas o no lo conociste nunca. Era otro gregario como tú. Como si lo vieras, acompañado por su director técnico, en la salida de la etapa, acercándose a los otros equipos con un ruego verdaderamente insólito. Su padre había muerto una semana antes de empezar la Vuelta y, precisamente, aquella mañana, en la primera llanura, iban a pasar rodando por delante del pequeño cementerio de su pueblo, por lo que deseaba colocar un ramo de rosas en su tumba. Y un detalle bien significativo: para que los demás no os sintierais obligados a deteneros allí, por compañerismo, él se escaparía del pelotón, para contíir con tiempo suficiente de hacerlo todo a solas.

Y a nadie, ni siquiera a sus propios compañeros de equipo, se le ocurrió decirle, por favor, no tienes que adelantarte, porque nosotros estaremos contigo. Pero ni hablar A ninguno se le pasó por la cabeza hacerlo. Es más, si a alguien se le hubiera ocurrido sugerirlo, estás seguro de que todos hubieseis dicho, pues claro está que sí, nosotros te aguardaremos a la puerta del cementerio.

Pero nadie lo dijo. ¿Y sabes por qué? Pues porque, instintivamente, ninguno de vosotros estaba dispuesto a dejar de distraerse en cuanto a esa inquietante realidad de la muerte. Y menos, en aquella etapa, puesto que, poco más allá del pequeño camposanto, se iría empinando el paisaje, hasta llegar a un alto de primera categoría, y.

desde el alto, un largo y siniestro descenso os exigiría que la ambición deportiva os lanzara ciegamente a tumba abierta.

No tenías mucha sed, pero la fuente de carretera, con su asiento de piedra en redondo, te invitaba a detenerte en ella a jugar con el grueso chorro, obseso del agua por tu dura profesión de sediento, beduino tú por los interminables sabaras de la carretera. Y no bebías directamente del chorro, sino del agua que hacías descender caudalosa desde la cabeza por la frente, las cejas, las comisuras de los labios. Y reías sonoramente, recuperada una alegría muy dada por perdida, de nuevo la alegría del niño que estaba como hueco aún de las interesadas cuentas de la vida.

A la vista de una fuente, nadie pasa de largo. Ni siquiera en invierno, cuando te gana el repeluzno, desde un momento antes de ahuecar las manos bajo el chorro, que te dejará los labios como anestesiados de frío. Y, por el verano, ni siquiera hace falta la sed, para sentirse atraído por los repetidos regodeos que entablamos con el agua. Y todo debe ser, digo yo, porque sabemos que el agua viene de los hondones de la tierra y trae consigo el sabor de sombras que nunca conocerán el sol, un sabor que no sabe a nada, porque, como dice don Alejandro, el cura, ese sabor del

agua es el mismo sabor que el silencio tendría, si es que el silencio pudiera beberse.

Para mí, todas las alegrías pueden ser explicadas, menos esa que siento al juguetear con el agua de una fuente, una alegría que me obliga a reírme sin motivo, vamos, reírme por reírme, como cuando chaval, venga sacar de quicio la solitaria seriedad del chorro, al que rompo una y otra vez con movimientos bruscos de los dedos, mientras se mojan las piedras de junto a la pileta, piedras ahora más brillantes y dichosas.

Todo así, hasta que te obligó a volverte una presencia sólo presentida. Era un muchacho de unos catorce o quince años, desnudo de cintura para arriba, plagados de remiendos los pantalones, torpe su sonrisa, extrañamente detenida entre unos labios gruesos, sin dejar de mirarte, revoloteaba con una mano cachava, nudosa y porruda.

—¿Qué hay? -le saludaste amable.

—Ya ves. Aquí con las cabras -dijo al tiempo de tirar una piedra al chivillo

que se acercaba al alquitrán de la carretera, abandonando el rebaño que descendía del cerro.

—¿Son tuyas? -le preguntaste, señalando hacia el nervioso trajín de los animales.

—Son de mi padre, ¿sabe? -contestó con un tono de voz muy aguda y aniñada-. Lo mío, pues ya ve usted, las cabras desde el amanecer, un trozo de chorizo y una raja de queso para el almuerzo, y así, hasta que el sol se escape chapoteando por las orillas del río.

—¿Y desde cuándo no vas a la escuela?

—Buf. Desde hace siete u ocho años, qué sé yo, más o menos, desde que aprendí las letras y los números -aclaró mirándose las sucias punteras de las alpargatas-. Y usted ¿qué?, ¿ciclista de la Vuelta?, ¿el primero quizás?

—Ni el primero ni el último. He decidido regresar a mi casa. ¿Que te parece eso?

—Pues no sé qué decirle. Yo que usted, hubiera seguido dale que te pego. Debe ser una gozada eso de ganar una carrera. ¿O no? -añadió al comprobar que tú ni asentías ni negabas.

—Claro está que sí -le contestaste pensativo-. Ganar siempre resulta algo muy bonito. Pero, ¿sabes lo que ocurre? Pues que sólo pueden ganar unos pocos, muy pocos.

—¿Y los demás, qué?

—^Los demás, aparte de sus sueldos, participan en el reparto de las ganancias del equipo.

—Pero lo bonito de verdad debe ser triunfar, como sea, quedar el primero, pasar por encima de los demás.

—Vaya, muchacho, tú tienes madera de ganador -dijiste montándote en la máquina-. Pero ¿me dejas decirte una cosa? Para poder llegar a algún sitio que valga la pena, lo primero que tienes que hacer es volver a la escuela. Nunca es tarde, ¿estamos? Ya cuando aprendas a leer, nunca más llegarás a aburrirte en el campo con las cabras, porque podrás leer un libro.

El muchacho acarició el manillar:

—Esta bici debe ser tela de cara.

Antes de reemprender la marcha, te remojaste los brazos y el rostro.

—Bueno, tengo que irme -le puse una mano sobre la cabeza revolviéndole la pelambrera-. No olvides lo que te he dicho. Vuelve a la escuela y ya verás cómo te acuerdas durante toda la vida de aquel ciclista que acababa de abandonar la Vuelta.

—Buen viaje -te dijo él-. Quién pudiera irse también carretera adelante, aunque fuera andando hacia donde fuera, hacia ninguna parte.

Durante los kilómetros siguientes, se te fue borrando la desterrada estampa del cabrero y también la triste ingenuidad de sus palabras. Pero, sin embargo, sí permanecía en tu mano la sensación dejada por la pelambrera crespa sucia, sólo peinada, o más bien despeinada, por el viento y la lluvia, tal y como si debajo de ella hubieras adivinado la desconfiada bondad del campo, las ilusiones más olvidadas del mundo, y también una temible clase de inocencia, capaz de convertirse repentinamente en crimen, por culpa de los demonios de la soledad absoluta, únicamente posible en personas así como el cabrero, días y meses y años hablando en voz alta consigo mismo o con plantas y árboles, cabras y arroyos, mulos y aguaceros. Por eso, los muchachos como ese de las cabras llevan en la cara un sello de tragedia que no ha llegado aún, ni quizás llegue nunca, pero que permanece ahí, como semilla de un horror, que. Dios no lo quiera, pudiera germinar con espanto y sangre, siempre bien lejos de la gran ciudad, dueña en exclusiva de otra clase de horrores más culpables y menos instintivos. Y es entonces, cuando, rodeados del renovado confort de los rascacielos, leemos en llamativos titulares los siniestros detalles macabros del último crimen rural, lo primero que se nos ocurre pensar y decir es que tales asesinatos del campo parecen obra del demonio, siendo como son, en realidad, frutos naturales de tantísimo olvido urbanizado, que hay que ver lo generoso que somos, al dejar que la tierra siga pariéndonos el trigo, y la lechuga, la pera y la aceituna, y los ríos, la anguila, el salmón y la trucha, y la mar, el bogavante, la lubina, el langostino, la ostra y la langosta. Seamos civilizados, pero no impongamos nuestras comodidades sobre lo que todavía conserva un aire de paraíso. No es bueno que enviemos al sereno mundo de la vaca y el cerdo el contaminante ruido de los motores, porque las

plantas y los animales crecen mejor en el exclusivo imperio de las manos. Es más, ni bicicletas deben tener tales hombres, si de verdad queremos que permanezcan puros como el aire que respiran. Y menos, bicicletas como la tuya, Alejo, porque, en ese caso, ya no se trataría de enviar, sin más, un mecanismo sino de algo bastante más grave, desde punto y hora que, por ejemplo, tu máquina, en manos del chaval de las cabras, sería un factor subversivo, si tenemos en consideración que, lejos de servirle para mejorar su rastrero nivel de vida, terminaría perjudicándole, puesto que, además de que las cabras son naturalmente lentas y no es cosa de cuidarlas montando en una estupenda bicicleta de carreras, quién podría asegurarnos que no acabaría abandonando sus deberes de cabrero, con el consiguiente perjuicio y disgusto para la corta economía de los suyos, sin descartar la irresistible tentación que supondría para su sangre joven el aquél de poder irse al pueblo cada dos por tres, quién sabe si empicado con alguna pueblerina madura y ansiosa, o, lo que sería aún peor, que, dale que te dale a los pedales, se entregara para siempre a la peligrosa curiosidad de saber lo que hay al otro lado de las celestiales lomas del horizonte… Sí que es de admirar lo prácticas y rentables que resultaron siempre todas las hipocresías.

Te ha visto venir desde el cruce de un camino, y allí te aguarda, medio sentado en la bicicleta. Contará unos cincuenta años, y, más que de pocas carnes, seco, y de tan moreno, tiene una apariencia de tizón de cisco.

Por el modo de levantar la cabeza y sonreír, te cuadra que no sea un tío simpático, aunque sí algo dicharachero y enredabailes. También es posible que este mediodía de domingo haya bebido bastante con los amigotes de algún pueblo cercano al suyo, a juzgar por las voces medio canturreadas con las que te saluda al llegar a su altura.

—Bienvenido ciclista, campeón, bienvenido a la patria de los dioses. Yo, emperador de los romanos, te doy la bienvenida.

Mejor sería pasar de largo, y así lo hiciste.

—Eh, eh, campeón. ¿Por qué me huyes, campeón?

Está más bebido de lo que suponías. Se ha montado en su máquina y, el muy loco, intenta alcanzarte.

—Espérame, oye, no me seas esquinado.

De reojo, le ves en pleno esfuerzo inútil sobre su vieja bicicleta de manillar alto, y, con no muy buenas ideas, cedes un poco en velocidad y distancia, para que el hombrecillo se anime en su persecución, a ver qué pasa.

—Ya te tengo, ya te tengo -grita feliz, muy abiertos los ojos, a chorros el sudor caliente del triunfo a mano-. Ya te tengo, cabroncete, ya te alcanzo.

Le dejas que se aproxime a ti a menos de dos metros y aceleras los golpes de pedal, aunque no demasiado, lo justo para mantenerle ilusionado, en un tira y afloja que tú has padecido más de una y más de veinte veces, la mirada enganchada a la segunda rueda del superdotado, que se propone descolgarte, no en un alarde pleno y rápido de superioridad, no en un te veo y no te veo, sino con la imperdonable burla mantenida de quien desea humillarte, no hallando suficiente satisfacción en conseguir el decidido ritmo con que puede resolver, en unos segundos, la escapada que, como disciplinado gregario, te has propuesto impedir, sino, más en perverso, decidiendo romperte el ánimo y las piernas, para que no lo olvides, bichejo de la mierda, no te jode, atreverse a co-

dearse conmigo en los altos niveles de luchas rigurosamente exclusivas para el punto y aparte de los privilegiados.

—Ya, ya te tengo -grita feliz el hombre, que casi ha logrado ponerse a tu altura, sacándose una trabajada sonrisa de la asfixia creciente, pobreci-Uo… Lo que te obliga a echarte compasivamente a un lado de la carretera y detenerte.

Al llegar hasta ti, comenta con una soberbia más ingenua que cómica:

—¿Qué, cansado?

No puedes evitar la risa y se ve que le molesta.

—¿Sabes una cosa? Tu risa es la misma risa del conejo acorralado por el galgo.

—Dejemos eso, y dime a qué te dedicas.

Se ha sentado cansinamente en la cuneta, y antes de disponerse a contestarte, va aplacando lentamente los agobios del resuello.

Le hablas de nuevo, para darle tiempo a recuperarse.

—Si no me equivoco, mucho tienen que ver tus manos con los ramajes y los terrones.

—Así es, amigo, sí señor. Trabajo en la poda, y también, cuando se encarta, no me las entiendo mal con los surcos del regadío -sonríe satisfecho de sí mismo-. Lo has sabido por mis manos ¿a que sí?

Asientes con la cabeza y añades:

—Tienes los callos como teñidos por la tierra y castigados por los malos modos de las plantas.

—Y tú, ya veo, te dedicas a la bicicleta. Si no me equivoco, se está corriendo ahora la Vuelta a

España. Lo sé por el jaleo que todas las tardes se irae la gente delante del televisor del casino. Por-cjue a mí, tú sabrás perdonarme, pero todo eso del ciclismo me trae sin cuidado, y, a veces, hasta me irrita. La verdad, no me explico que le paguen tanto a un fulano por darle a los pedales, durante tantos o cuantos días. Pero, bueno, tú no eres de esos. Vas vestido así por afición o por capricho. Y tampoco lo entiendo. Perdóname, pero tampoco lo entiendo. Para mí, la bici viene a ser una buena amiga, o mejor, como un buen amigo, porque las mujeres, ya sabes, no te sirven como amigas ¿estamos? O te las ventilas o las saludas de paso, sin más, a las que no se dejan. Y tan es así, que fíjate bien en lo que voy a decirte: ni con dinero encima, te cambiaba yo mi bici por la tuya, siendo como se ve que es una máquina de las bien caras.

—Bueno -dices, poniendo fin al rato de descanso-. Si quieres, nos vamos juntos. Pero yo llevo mucha prisa. Así es que no te molestes si pedaleo un poco fuerte ¿estamos?

Él da por buena la excusa, y tú, después de darle unos golpecitos amistosos en la espalda, inicias un ritmo que no sólo le sorprende, sino que también le rebaja y le apena. Cuando por primera vez vuelves la cabeza, sientes cierta compasión por la estampa que se va quedando al fondo del paisaje, como un bulto gris tan lento, que parece haberse detenido, ya sólo una pequeña pincelada en la anchura de un gran lienzo.

El maquinista te ha saludado con unos largos silbidos de locomotora, que alertan de tu presencia a los viajeros del tren de cercanías que, durante unos instantes, en tu misma dirección, marcha paralelo a la carretera. Agitando los brazos, te saludan desde las ventanillas. Deben estar gritándote, pero el ruido de los vagones impide que te lleguen sus voces. Tú estás deseando que el tren desaparezca cuanto antes, y no sabes de fijo por qué. Quizás porque te gana en velocidad, quizás porque te encuentras ridículo en esta situación de corredor desterrado de la carrera. Más de uno de los pasajeros intentará hacerse el gracioso a cuenta tuya. Imaginas chistosas y manidas frases posibles, e incluso probables, como ¿qué, muchacho, es que eres el último del año pasado?

En dirección contraria se cruza contigo un utilitario. El conductor también te saluda sonoramente con un par de golpes de claxon, y sacando el brazo izquierdo por la ventanilla. El coche deja de sonar pronto a tus espaldas, y el último vagón del tren desaparece al poco, más allá de unos peñascales, que, al quedar tan encima de la carretera, la dejan en una sombra que tiene algo de anochecer adelantado.

El tren ha ido corriendo tan parejo a la carretera, que, de haber sido de aquellos de carbón, te hubiera dejado envuelto en una nube de humo.

Pero ese tren, aunque de los de corto trayecto, como también se mueve por electricidad, no parece tan tren como aquellos de antes, mucho más sucios, por supuesto, pero, al mismo tiempo, más espectaculares, más imponentes, menos rápidos, de acuerdo, pero como diría don Esteban, tu maestro, mucho más románticos.

Yo recuerdo que, de muchacho, la estación pequeña del pueblo de al lado tenía una negrura como de otro mundo, qué ahumada ceguera en el presumido cristal de la marquesina, y, sobre todo, qué olor a vivir la ilusión del viaje, a decirle adiós al encogido mundo de las cuatro casas apiñadas alrededor del Ayuntamiento y de la iglesia.

El paso del tren te ha entristecido. El motivo no lo encuentras, a pesar de que

rebuscas en la memoria alguna circunstancia que lo explique. Lo cierto es que tienes la sensación de que los silbidos de la locomotora y el estrepitoso traqueteo de los vagones te han mordido en la alegría que venías recuperando durante los últimos kilómetros. Y, sin embargo, vete a saber por qué, no te ha ocurrido otro tanto con los bocinazos del coche. Bien. Mejor será dejar el tema. No te obsesiones. Ya sabes que las simpatías y las antipatías dependen a veces de mínimos detalles. Hasta pudiera ser que, hace ya tiempo, te ocurriera algo desagradable durante un viaje en tren. O, sencillamente, que hubieras sufrido una mala pesadilla relacionada con el ferrocarril.

Y SÍ, por fin, has recordado una posible causa. Sí, pudiera ser. Corrías una de tus primeras pruebas por etapas, cuando tus dieciocho años se encontraron con fuerzas y arrestos para intentar la escapada. Tu ataque se produjo en un momento bastante oportuno. Los bien clasificados en la general, todos ellos gente muy cuajada, menospreciaron tu golpe de aventura y no hicieron ni mucho ni poco para imponerte el correctivo de la persecución. Así es que tú corrías, volabas, y al cabo de una media hora, supiste, por uno de los motoristas, que le sacabas ya cerca de cuatro minutos al pelotón. Y te llenaste de ilusión, una primera ilusión tan grande, que te estimulaba las piernas y hasta la forma de encararte con la carretera, venciéndola con la saña de los que dominan y arrollan.

Pero aquello duró bien poco. Al bajar de una loma, cuando el aire amable del rápido descenso te avivaba aún más la imaginación de los aciertos, te encontraste con aquella barrera de paso a nivel cerrado. El guarda se opuso casi a puñetazos a tu peligroso intento de atravesar las vías con la bicicleta al hombro, y, ya resignado, le preguntaste nervioso:

—Oiga, ¿y cuánto tardará esa mierda de tren?

—Exactamente, no lo sé. Por lo menos dos o tres minutos.

—^Me cago en la leche. Dos o tres minutos -y te pusiste de espaldas a la vía, con la angustia de los ojos clavada en la continuación de la carretera.

El paso del tiempo se te hacía interminable.

—Me parece que se acerca ya -dijo el guarda de la gorra verdinegra-. Lo sé

porque, aunque todavía no se oyen los silbidos, sí que retiemblan los rafles.

Momentos después sonó cercano el estridente barullo metálico de la locomotora, justamente, cuando fueron llegando los hombres del pelotón, que empezaron a reírse y a gastarte bromas.

—Vaya putada que te ha hecho el tren -dijo uno de ellos.

—A mí -comentó otro-, me pasó una cosa así el año pasado y me cagué en la madre de la renfe.

La enorme locomotora pasó por delante de ellos con una violencia que tenía mucho de gigantesco puñetazo contra el aire. Al atravesar los rafles, se te acercó el guarda:

—No te amargues, chaval. Quién sabe si este parón no te habrá salvado de algún accidente. Porque eso de marchar el primero también tiene sus riesgos. Y además -le oíste decir, cuando ya te alejabas-, en la vida te vas a encontrar, en cantidad, los peores pasos a nivel cerrados.

QUINTA PARTE

La Venta del Potro

AL salir de la curva, un poco alzada sobre la carretera, se te aparece una fachada blanca con numerosos macetones bajo las cuatro ventanas. Venta del Potro, lees en el gran rótulo que abarca toda la anchura de la azotea con sus llamativas letras rojas. Desde niño has pensado siempre que no te gustaría vivir en un sitio así, porque, a pesar de estar mucho menos aisladas que los demás caseríos, las ventas, por el hecho mismo de estar a la orilla de las carreteras, están como envueltas por una inquietud a punto de las sorpresas peores, tan temerosas sus cales de que, en cualquier momento, puede llegar el mal encarado de grandes patillas, que encienda las reyertas con sangre en los desarmados silencios del campo. Sobre todo, las ventas que están respaldadas de cerca por una de esas arboledas que ofrecen los sinuosos senderos ideales para acercarse a los muros sin ser visto, o para emprender la huida con las urgencias de lo culpable. Ventas sobrecogidas como ésta del Potro, cuyo encalado reciente resalta como un fantasma ante el paredón verde oscuro de los eucaliptos.

Todo pudiera tener su origen en relatos de infancia, oídos de noche junto al fuego, o noticias de crímenes que fueron fijadas en la memoria del pueblo junto a sonoros nombres de ventas y ventorrillos, el asesinato de la Venta del Pozo, el doble crimen de la Venta del Pino, la matanza de personas y animales en el Ventorrillo de la Parra…

Al subir una corta pendiente, ya desmontado de la bicicleta, te llega, desde más allá de los muros traseros, el alborotado rumor de los corrales. Empujas el portón, entornado lo justo para evitar que el sol, cada vez más bajo, se cuele por el zaguán hasta el enladrillado rojizo de la tienda, nadie entre el mostrador y los

estantes, ante las botas de vino y las crujientes ristras de pimientos rosados y resecos, nadie ante las mesas, de recias tapas de madera empapada por olvidados chorreones de vinos agresivos.

Avisas de tu presencia con uno de esos ¿quién vive? que sólo se pronuncian ya al entrar en el apartado mundo de los caseríos, con un respeto que tiene más de precaución que de educada cortesía, en plan de prudente advertencia, igual que si tú mismo te anunciaras como gente de bien, ese otro latiguillo campero, gente de bien, que, sin malas intenciones, se adentra en una casa ajena.

Otro ¿quién vive? y, esta vez, sí encuentras respuesta. Por la derecha sale una muchacha rubia, de andares saltarines y atractivos, seguida de una viejecita a la que se le nota resuelta a escoltarla desde que le llegó tu voz de hombre.

—Buenas tardes -saluda amable, aunque un tanto cohibida por la sorpresa al reparar en tu atuendo.

—Buenas tardes -respondes, mientras apoyas la máquina en el mostrador-. Quisiera comer alguna cosa, un poco de chorizo o jamón o algo de queso.

Ella te ha estado estudiando la traza, en busca de la significación de tus gestos, la dureza morena de los brazos, la fatiga de por dentro que tiene tu mirada.

—Le pondré cien gramos de chorizo. ¿Y de beber?

—Una buena jarra de vino de la tierra -dices señalando las cubas del fondo.

La abuela hace como que mira hacia otro lado, pero te vigila de reojo y con recelo creciente, acaso más que nada, por el espinoso desorden de tus cabellos.

Sacas del bolso del pecho tu billete de mil y lo manoseas doblándolo y desdoblándolo con nerviosa insistencia, por si las dos mujeres se temen que vengas sin dinero. Después, mientras la muchacha corta el chorizo, preguntas señalando con un movimiento de cabeza hacia el televisor, colocado en un rincón del techo:

—¿Han visto ustedes por la tele el final de etapa?

—¿Lo de los ciclistas? -repregunta la anciana con evidente intención de que te aclares-. Valiente chaladura esa, medio locos los jóvenes y también los menos jóvenes a cuenta de las dichosas bicicletas. Allá que se fueron todos a la capital, como si allí repartieran monedas de quinientas al voleo.

Tú mantienes fija tu mirada en la suya, curiosa y meticona, hasta que ella se decide por la averiguación abierta.

—¿Y usted no es de los que corren?

—Lo era. Pero me cansé, y aquí me tiene, camino de mi pueblo, a mi manera y por mi cuenta.

El plato de chorizo se ofrece apetitoso y la muchacha comprueba tu aprobación, atenta como está a tu primer saboreo, vuelta la cabeza, en tanto llena la jarra bajo el delgado chorrito de la bota.

—Así es que se fueron todos los hombres y las dejaron solas.

Las dos mujeres se han puesto muy serias, y un poco de miedo se dibuja en la detenida expresión de sus rostros.

—Por mí, pueden estar tranquilas -sonríes-. Pero sería mejor que quienes vengan por aquí, se piensen que hay hombres faenando en el corral o durmiendo la siesta en la trastienda.

—Parece que la gente regresa ya de ver la Vuelta -comentas al oír los motores de algunos coches que pasan de largo.

Las dos mujeres se han ido tranquilizando, gracias a tu conversación, en la que, además de tu deseo de agradar, has logrado un desahogo que tanto necesitabas. Con cara de preocupación, te dice la muchacha:

—Debe ser muy duro eso de tener que subir en bicicleta una de esas cuestas que no se acaban nunca.

Mucho más que subirlas, cuesta el no po-(lii subirlas.

Pues ha hecho usted la mar de bien de uiandar a la porra las cuestas y la carrera, que le «Ion por saco a la Vuelta -tercia la abuela.

Sin pedírselo, la joven te ha puesto unas bue-iiiis rajas de queso.

—¿Le lleno? -pregunta con la jarra en la

—Vale. El vino siempre es bueno para salir ele los malos ratos -y caes en la cuenta de que ella le mira apenada.

Un desagradable frenazo en seco deja la conversación en suspenso.

—Eso me suena a mí a gente bebida -certifica la vieja.

Desde la oscuridad de la entrada, reconoces el coche amarillo de tu cuñado Francisco, que, en unión de Andrés y Federico, suben la pequeña rampa de acceso a la venta. Vuelves al mostrador y le dices con voz y gesto de preocupación y nerviosismo:

—Por favor, ¿dónde puedo esconderme?

—Más despacio, joven, más despacio -se opone la abuela-. Todo esto me huele a mí a chamusquina.

Las voces de los tres hombres suenan más cerca, y tú te diriges a una puerta con cortina que queda a la derecha.

—Les juro que no ha ocurrido nada grave ¿comprenden? Únicamente que son conocidos míos y no quiero que me vean.

Entras en la habitación de al lado, con el tiempo justo para que no te vean. Sin duda alguna, vienen bastante bebidos. Por un resquicio de la cortina, los ves intercambiando manotazos que quieren ser amistosos, entre risotadas, gritos y canturreos.

—Hola, guapísima -dice Francisco, apoyándose en el mostrador-. Queremos vino, un buen vino ¿sabes? Porque venimos más contentos que la leche.

Mientras ella pone la jarra bajo la canilla, el cuerpo de la abuela se ha estirado, con la cabeza más alta, en decidida actitud de imponer respeto con su presencia.

—Eh, abuela -dice Andrés-. Que no nos vamos a comer a su nieta, aunque buena, ya lo creo que está, y muy buena.

Un repentino silencio se hace preocupante, cuando los tres hombres, echados sobre el mostrador, alargan el cuello hasta casi tocar con las cabezas el cuerpo de

la muchacha.

—Abuela -dice en voz alta Francisco-, le doy un millón de pesetas por su nieta. ¿Acepta?

La vieja mira hacia donde estás tú, como pidiendo ayuda. Mucho te temes que habrás de enfrentarte a ellos. Y más, al ver cómo la muchacha, temerosa de que la abuela te comprometa llamándote, le ordena con una falsa serenidad:

—Abuela, ponga la jarra y tres vasos en la mesa de junto a la ventana.

Cuando, atraídos por la bebida, siguen a la anciana, Federico repara en la bicicleta.

—Cono, fijaos en esto.

Los tres se acercan a la máquina. La remiran y la tocan.

—Pero bueno -estalla la voz de Francisco-. Si lleva en el cuadro el número ochenta y seis, el número del dorsal del hijo de puta de mi cuñado…

Los tres miran a uno y otro lado, y temes que le descubran. Buscas alguna salida de la habitación, en una penumbra defendida por los postigos entrecerrados, pero renuncias a preparar la huida cuando escuchas la voz de Francisco:

—Oye, vieja del carajo, dime dónde se ha escondido el ciclista.

La muchacha se interpone y es apartada violentamente por Federico. Francisco indaga por los bajos del mostrador, mientras Andrés te busca por fuera del caserío.

—Seguro que el campeón se ha escondido por ahí fuera.

Le siguen los otros, y tú aprovechas la ocasión para salir de tu escondite. Coges la bicicleta, y, ya montado en ella, te diriges hacia donde las voces de los tres suenan cada vez más distanciadas.

—Deben estar buscándome por la parte de atrás. Será mejor que se encierren ustedes bajo llave.

Estás a punto de llegar a la carretera, cuando vienen hacia ti como tres fieras, alzados los brazos y con los rostros abrillantados por el aceitoso sudor del odio.

—Párate ahí, so cobarde -grita Francisco, poniéndose delante de tu rueda.

Lo derribas, y, al caer a peso, hasta suena el golpe seco que se da en el

bordillo de un muro bajo. Andrés y Federico se inclinan sobre él, y tú aprovechas la confusión para alejarte por el estrecho camino amarillo que se abre paso entre los eucaliptales. Amortiguada por la hojarasca, te llega la voz en grito de Andrés.

—Está muerto, lo ha matado ese canalla.

Suspendes la huida por unos momentos y oyes los lamentos de las dos mujeres.

—Vaya por Dios, vaya por Dios -dice compungida la abuela-. Maldito sea el vino, maldito sea.

Dando bandazos, y a punto de caerte por un terreno tan arenoso, encuentras una senda estrecha, pero bien dura, por la que puedes pedalear más de prisa, ansioso de alejarte cuanto antes, y necesitado de hallar orientación en un campo que te es completamente desconocido. Razón por la que eliges otro camino que serpentea por entre viñedos, hasta alcanzar un alto, desde el que logras dominar un amplio panorama de campiña. Y allí abajo, iluminado por las finales y endebles luces de la tarde, divisas un pueblo, hacia el que desciendes, temblorosas las manos y remordidos los labios.

Varios chiquillos van dejando de jugar. Uno de ellos, más asustado que sorprendido, ha empe-

zado a gritar mamá, mamá, y sale a la puerta una mujer, que, secándose las manos en el delantal, te mira con extrañeza.

—Buenas tardes -te paras ante ella-. Por favor, ¿podría decirme h^cia dónde cae el cuartel de la Guardia Civil?

El más atrevido de los niños se ha echado encima de la máquina y la mira con detenimiento, agachándose incluso para curiosear por la parte de la cadena y los cambios.

—Coja usted la calle de la derecha -dice la mujer, poniéndose unos metros delante tuya- y no hay ni cien metros hasta la casa cuartel.

—Esto sí que es una bicicleta, tío -dice el chaval, dirigiéndose a los compañeros de juego-y no la del hijo del tabernero, con tantos cuentos.

Le doy las gracias a la mujer con un saludo de la mano, y, en cuanto enfilo la calle que me ha indicado, me doy cuenta de que es la principal, la calle que los vecinos tienen para el monótono paseo de los domingos. He de abrirme paso entre los jóvenes, que se apartan curiosos. A izquierda y derecha, suenan los comentarios. Ahí va, éste se ha despistado de la Vuelta. Pues algo le habrá pasado, porque se ve que va camino del cuartel. Y fíjate bien, tiene la cara desencajada, y no sólo de cansancio.

Después de tanta huida, agradezco esta cercanía tan espesa del pequeño gentío, hasta el punto de no molestarme la de veces que, en tan corta distancia, me obligan a echar pie a tierra, por no golpear a alguien con la rueda delantera. Cuando todavía faltan unos metros, el guardia de puerta se me acerca, abriéndome paso.

—¿Le ha ocurrido algo? -me pregunta entre profesional y curioso.

—Sí -le contesto-. Ha ocurrido algo grave en una venta que no queda muy lejos.

Al entrar en el cuartel, te domina una rara mezclilla de olores cuarteleros, a cuero viejo, a suelos muy lavados con lejía y al agradable aroma familiar de unas cocinas que deben estar encendidas a la altura del patio.

Han transcurrido ya unos cuantos meses, y, aunque dominado por el pesar de las circunstancias, no puedes evitar una sonrisa compasiva, ante el cabo, que, por lo visto, desde que ejercía de comandante de puesto, no había intervenido como tal en casos de relativa importancia, algo aburrido ya de intervenir no más que en pequeños robos, broncas de taberna y algún que otro lío de faldas. Ni una hora hacía que presenció, por televisión, la llegada de la Vuelta a la capital, y mira por donde, el guardia de puerta le anunciaba nada menos que la llegada al cuartel de un corredor ciclista.

Era un hombre de unos cuarenta años. Te hizo pasar a su despacho, de paredes amarillentas y un mobiliario sencillo, pero nuevo. Te extendió la mano, y no pudo contener por más tiempo su lógica curiosidad.

—Si no me equivoco, es usted un corredor de la Vuelta a España.

—Sí, señor. Me llamo Alejo Pina Domínguez y pertenezco al equipo de la marca Granate Ron.

—¿Y cómo por aquí, tan lejos de la ruta?

—A eso vengo. A decirle que un hombre, conocido mío, se puso delante de mi bicicleta, cuando yo huía, lo derribé, y creo que lo he matado.

—Supongo que, vestido como está, no llevará encima su documentación.

El cabo, muy en su papel de representante de la ley, puesto en pie, te preguntó con voz muy solemne, deletreando cada palabra:

—¿Se arrepiente usted de lo que ha hecho?

—Sí. Siento mucha pena por lo ocurrido. Intenté evitar el choque. Todo sucedió en un segundo. Al caer al suelo, debió darse un mal golpe en la cabeza.

—¿Y cómo es que se encontraba ya fuera de carrera?

—No pude remontar la cuesta de Los Canchales y, una vez derrotado, pensé que lo mejor era marcharme al pueblo por mi cuenta.

El comandante de puesto se asomó al pasillo y llamó a un número. Vino un guardia joven con cara de listo, y, sin que el cabo se lo ordenara, tomó asiento ante la máquina de escribir y preparó en ella un folio con esmerado detenimiento.

—Escriba…

El cabo se detuvo a pensar, restregándose la barbilla. Dio unos pasos y, mirando hacia el reloj, comenzó el atestado:

—Siendo las dieciocho horas y quince minutos del domingo día de tal y tal… se personó en esta comandancia un corredor ciclista que dijo llamarse Alejo Pina Domínguez…

La historia del pueblo pequeño es una historia que apenas si se mueve, y si se

mueve, ya se sabe, por cosas naturales, un nuevo rorro que se presenta en el mundo, otro más a ver la luz retenida de siempre entre las cales, o casos de muerte, más o menos imprevistas, o alguna de esas reyertas que sacan chispas entre rencores familiares, acaso amamantados por tres o cuatro generaciones, y el cabo de la Guardia Civil que pasea su uniformado aburrimiento por la calle principal, pendiente, más el oído que el mirar, de los fondos vomitones de la taberna, y, como último remedio para su fantasía amordazada, asomarse al campo abierto, a contemplar las nubladas cumbres, que, allá, en la lejanía, esconden innumerables colores y ruidos, calles enfermas de ansiedad y prisa, y otros modos de hablar, de reír y de medir el tiempo, además de las muchas y agradables tentaciones, hasta que con un paciente no te tortures, enciende de nuevo el chicote farias, y se vuelve de espaldas, porque el aire del norte llega maloliendo a estiércoles humanos y animales. Y, ya de vuelta a la penumbra cuartelera, el echarse a peso en su riguroso sillón de comandante de puesto, entrecerrados los párpados para contemplar de nuevo la película de su inminente alcance de los galones

elsargento, bien anchos los tafetanes dorados de las bocamangas, y un adiós para siempre a las mañanas de pegajosas moscas veraniegas, a ver si le toca, al menos, un pueblo algo más grande, sin estos polveríos, que, en llegando el invierno, te salpican de fango hasta las pestañas.

Iba a desabrocharse el rigor de la tirilla, cuando el guardia de puerta le anunció la llegada de un ciclista, nada menos que un corredor de la Vuelta entrando en su despacho con su jersey muy rojo, algo que no se olvidará así como así en el pueblo, donde se habrá corrido la voz, de portal en portal, rápidos noticieros los chiquillos. Le late el corazón al cabo, no porque esta emoción supere a tantas otras, con sangre de por medio incluso, sino por la misma rareza del suceso.

Vaya, por fin, cuando, ya de sargento, me largue de este jodido pueblo, me llevaré por lo menos un motivo para no necesitar escupirlo de la memoria.

El calabozo del pequeño cuartel no se parecía en nada a los sucios calabozos que hasta entonces habías imaginado, influido, sin duda, por las más duras imágenes del cine, menuda la mazmorra en que encerraron al Conde de

Montecristo, sin un rayo de luz, la oscuridad espesa y apestosa, sólo durmiendo por minutos para no dejarse devorar por las ratas.

Las losetas no podían estar más limpias, y hasta los barrotes, no demasiado gruesos, tenían una sorprendente limpieza, tal y como si las mujeres de los civiles, o alguna de ellas, se hubieran propuesto practicar la mejor compasión, esmerándose en aquello de sacarles brillo a tales metales de tristeza. Muy en lo alto de la pared del fondo hay un ventanuco, tan estrecho, que ni necesita reja, y el camastro, de sábeinas muy recién planchadas. Todo, pues, bastante pasable, o, al menos, sin que te hiciera sentirte atrapado hasta el punto de llegar a ponerte fatiga en la respiración, aunque, eso sí, para ti, tan acostumbrado a pasar horas y horas por esas carreteras, aquel aire te resultaba un aire esclavo, un aire que sólo debe existir en los lugares donde alguien se siente absolutamente a solas con su desgracia.

Me pregunto si, antes de ahora, estuve encerrado alguna vez bajo llave. No, creo que no, aunque hundiéndome hasta donde las raíces mismas de la memoria, me parece recobrar, confusamente, una desagradable sensación de verme atrapado, de niño, pudiera ser que en algún cuartucho de la huerta. Sí, ahora lo veo, debió ser en la cuadra, porque este recuerdo tan impreciso se me muestra acompañado por un agresivo olor a estiércol fresco. Debía tratarse de un castigo, vete a saber por qué travesura. De momento, ni moverme, sólo atento a no chocar con alguno de los animales. Pero, al poco, la oscuridad me puso en los ojos una gran angustia, y rompí a llorar, grité y aporreé la puerta. Debía ser media noche y no me llegaba ni el más mínimo ruido. Sentí un miedo que poco tenía que ver con una posible amenaza de algo o de alguien, sino sólo con el temor a sentirme tan solo, por vez primera tan a oscuras, despierto y de pie.

Al cabo de un buen rato, cansado ya de dar patadas contra la puerta, decidí buscar a tientas a alguno de los borricos. Pronuncié sus nombres, y ellos,

tendidos sobre la paja húmeda, se removieron como si quisieran orientarme, hasta que alcancé a tocar unas orejas alzadas, en el momento justo en que chirriaban los goznes de la puerta, y, a la luz de la luna llena, reconocí la presencia de mi madre, que me dio un beso y me dijo, tranqui-h'zate, Alejo. Ya pasó todo. No llores. Pero no olvides que tu padre no puede consentirte ciertas cosas.

Poco a poco, la escasa luz del ventanuco se fue adelgazando, y te llegó un agudo griterío de niñas jugando a la comba en la calle o en el patio.

Sentado en el camastro, te dio por pensar que todas las personas del cuartel habrían contemplado tu bicicleta, todo un espectáculo, muy en especial, para los muchachos con la edad precisa para preguntarse que, bueno, ¿por qué no podría yo ganar el Tour, igual que lo ganó Bahamontes, Ocaña, Pedro Delgado, Induráin? Todo empezaría, poco más o menos, así, mirando y remirando una buena bicicleta de carreras, y seguro que más de uno estaría lamentando que el cabo no les

dejara entrar en el calabozo, para observar tus llamativas prendas de corredor profesional, y hablar contigo, preguntarte con cuántos años te sorprendiste dándole a los pedales con la suficiencia primera de quien empieza a creerse que sí, que, en llegando a hombre, lograría codearse con los bravos ídolos de las dos ruedas.

Y también los guardias, cómo no, habrían pasado largos ratos con tu máquina, cogiéndola al peso, comprobando la suavidad de los pedales, la precisión de la cadena, el funcionamiento de los cambios de velocidad, la comodidad tan simple y tan perfecta del sillín, sentándose en él, probablemente, el guardia jovencito que escribió en la máquina al dictado del cabo, en edad todavía de sentirse asaltado por repentinas tentaciones de cambios de vida y de trabajo, fuertes sus piernas y sus brazos, con el buen estómago y los sanos pulmones que requiere el ciclismo, ea, adiós al tricornio, y hasta es posible que llegara a pedalear por el patio, entre el aplauso de las mujeres y los niños, hasta que, oyendo el cabo tal jolgorio, lo ha debido atajar con su sola presencia.

La bicicleta de carreras, por aquello de estar hecha para el esfuerzo, se diría

que es algo más y algo menos que una máquina, progresivamente perfeccionada en ruedas, manillar, pedales, ejes, aunque sin poner fin a su rechazo de cualquier clase de motor, piezas cuya función depende exclusivamente de la musculatura, ningún otro arti-

lugio tan ligero y simplificado, en el propósito casi mitológico de convertirse en una especie de segundo esqueleto postizo, para el hombre que decide ser superior a su herramienta, en esta época de humanidad esclavizada, todos y todas las cosas, sometidos a los motorizados imperios de la velocidad.

Nada de raro tiene, entonces, que los muchachos miren y remiren la bici, como si se tratara de un potro de carreras, los radios de las ruedas, finos como nervios de caballo inglés, todo un poema la ambiciosa hgereza de los pedales, y con algo de cosa metálica que pudiera sentir orgullos paralelos al del hombre, y, por qué no, hasta incluso llegar a sufrir la fatiga humana y sentir las mismas ganas de llorar que siente el corredor sin fuerzas.

No olvidemos que el niño, al poco de disfrutar del juguete automático, termina por hacer un aparte y crea su gran coche con la vieja caja de zapatos. No ha perdido aún los modos de preferir las cosas que le inciten a encarnarse en ellas, que le ofrezcan ocasiones para ejercer la preciosa milagrería de su imaginación. Admira las cosas que son perfectas, pero no las considera suyas, porque no ofrecen margen para que él, en sueños, intente hacerlas mejores y más bellas. Tal y como le ocurre al artesano, el chiquillo teme quedarse sin el calor de la herramienta propia, le apena poder perderla para siempre en la producción en serie. No quiere un coche. Prefiere una bicicleta. No le seduce la velocidad de la gasolina. Le chi-

fla sentir cómo le nacen rápidas ruedas, bajo el poderío de las piernas.

Se había hecho de noche. Imposible descansar un poco, en una situación así, acrecentado con los más fundados recelos el cansancio de la etapa, el desafío de Los Canchales, y finalmente, lo peor, la muerte de Francisco, y tu huida, campo a través, hasta dar con aquel pueblo, en cuyo cuartel de la Guardia Civil, tu

congoja, encogida en miedos, no te permitió pedir un buen cacharro de agua. Se te refrenaban las palabras entre los labios resecos. Quién se atrevía a pronunciarlas en voz alta, porque otra voz que no era la de tu conciencia te advertía que los presos no deben pedir ni esto ni lo otro, aunque lo necesiten, y menos, aceptar las amabilidades más o menos aparentes que puedan tener contigo los carceleros, porque tu rigurosa obligación de preso te reduce al más sumiso silencio, incapaz de defenderte del ignorado y siniestro futuro que comienza más allá de la puerta enrejada, desde punto y hora que te has quedado absolutamente vacío, casi como una simple posibilidad de recordar un nombre y dos apellidos, más algunos gramos de memoria, y hasta incluso, unos milímetros de problemática esperanza si es que te acomodas, por propia iniciativa, en la más resignada cobardía.

No soy, ni mucho menos, el mismo de esta mañana ni el del mediodía, ni el Alejo Pina que se subió al camión escoba y que después llegó pedaleando hasta la Venta del Potro. Más que unas cuantas horas, tengo la impresión de haber vivido una especie de vida resumida, durante la cual, también como en la otra más auténtica, he conocido personas muy distintas y he ido cambiando de forma de sentir y de pensar, nunca del todo el mismo en cada hora, ni en cada cuarto de hora. Y, sobre todo, cómo se han ido sucediendo los motivos de sufrimiento, y yo diría que, incluso, los distintos modos de sufrir, puesto que, por ejemplo, ahora, me pregunto, pero bueno, ¿qué puñetas me importan a mí la cuesta de Los Canchales y la Vuelta a España y mi fracaso y hasta mi misma bicicleta, si he llegado a esto, a ser un preso?

Recuerdo que mi padre nos contó más de una vez que, de chaval, le había oído decir a un misionero, que, a veces, el Señor permite los grandes dolores del enfermo, para que, estando sólo pendiente de sufrirlos, no repare en los acercamientos de la muerte, para que así no padezca, al comprobar que le llega el final de la vida, para que no se horrorice ante la idea de poder ser, al poco, un cadáver, un cuerpo que se pudre, mientras el alma se encuentra en el túnel de los misterios, inmediatamente después de la agonía.

Ojalá fuese el ciclismo mi único problema. Llegaría a mi casa sonriente. Es más, mi mujer se pondría la mar de contenta al saberme desengaña-

do por completo, mañana mismo vendemos la bicicleta, y, mira, Juanita, tenemos que renovar la producción de la huerta, quizás nos convenga criar pollos de engorde y sembrar espárragos de Aranjuez… Pero todo eso pertenecía a la otra vida de antes de llegar a la venta… Ahora, esto, los barrotes y los pasos de alguien que se acerca. No soy nadie. Sólo soy un preso. Nadie.

Nada de extraño tuvo, pues, que estuvieses a punto de darle las gracias al cabo, por haberte dicho, ya fuera del calabozo, al ponerte las esposas:

—Lo siento, muchacho. El reglamento es el reglamento.

—¿Y a dónde me llevan? -preguntaste nervioso.

—Al lugar de los hechos -contestó secamente.

En aquel instante, sentiste un agudo temor, al suponer que el comandante de puesto pudiera adivinar, por tu misma forma de mirarle a los ojos, que te estabas compadeciendo de él, porque, al fín, el pobre hombre ya tenía en su haber una pintoresca experiencia no relacionada con tiroteos y prendimientos de chorizos, toda una historia con la que, dentro de unos años, encandilarles la imaginación a los nietos, muy ufano él, aún recuerdo perfectamente cómo se llamaba, Alejo, de nombre, y Pina Domínguez, sus apellidos, parecía un buen muchacho, pobrecillo, cómo le temblaban las manos y los labios, y, a todo esto, haceos

---

una idea, vestido de ciclista, con un Granate Ron estampado en el pecho y las calzonas del atuendo color rojo oscuro. Algo inolvidable, por fin, en sus veinte años largos de pertenencia al Cuerpo, por una vez, rota del todo la dureza de un servicio tan hecho a las negras monotonías de lo desagradable.

Llevado por aquella forma de sorprender en él aquel corto paréntesis de aniñamiento, al ver tu bicicleta apoyada en un aparte del Cuerpo de Guardia, te atreviste a pedirle:

—Por favor, cabo, haga usted lo que pueda por mi bicicleta.

En la calle, cerca del furgón, se habían congregado unas cincuenta personas, casi todos niños y mujeres. Ellas, entre risas y cuchicheos, comentaban vete a

saber qué cosas, algunas, quizás picantes y hasta tirando a verdes, que ya se sabe cómo se las gastan las hembras, cuando, apretadas en grupo, se saben con ventaja sobre el macho que se pone a tiro, capaces de una guasa subida hasta los niveles del impudor, y más, ante un hombre joven con las duras piernas al aire, los brazos recios, retostada la piel y con esa tristeza tan especial de los hombres de manos esposadas, circunstancia ésta que, posiblemente, frenaría sus guasas menos decorosas, además de infundirles pena, teniendo en cuenta que ni te habías atrevido a pedir un poco de agua, con la que refrescarte un poco la máscara de ardores del rostro, y menos, a pedir el presuntuoso lujo de un peine, chafados como estaban tus cabellos por la angustia y la

lluvia, más que revueltos, castigados por el remolino de la desgracia, chorreando por la frente y las patillas el sudor maligno de una tarde como aquélla, tan toda hecha de soledad, de miedo y de sentirte como fuera del tiempo.

Y, cuando con una sonrisa muy difícil, te detuviste para mirarlas de cerca, guardaron un silencio muy profundo, igual que si tus manos esposadas les hubieran traído el devoto recuerdo de alguna imagen local de Jesús en su prendimiento.

Al preso, nada más darse cuenta y aceptar que es un preso, le nace en los ojos una vista de lince, y, como una liebre, ventea y escucha la dentellona lentitud de los lebreles. Huy, si los demás supieran las caras de galgos que la gente libre tiene cuando tú eres un preso reciente, un poco así como un gazapo torpe, puesto que, en realidad, no has pasado aún de la categoría de detenido. Al cabo de la Guardia Civil, a ese cabo, tuyo sin remedio para siempre, le hubiera hecho feliz la simple circunstancia de haberse visto obligado a intervenir más allá del atestado, muchísimo después del inoperante dígame sus dos apellidos y su nombre, pobre cabo, más de cuarenta meses aguardando el ascenso, la mujer con los galones dorados tan anticipadamente a punto de cosidos en las bocamangas.

Ya en marcha, las entrañas del furgón se te antojan expresamente dispuestas para que los

miedos del detenido se vayan amoldando a la idea de que es todo un enemigo de la ley. Débiles como llamitas de velas, apenas si llegan a los rincones las luces de esas tres lámparas que medio se apagan en el brusco viraje de las curvas. Uno de los guardias, el que va sentado frente a ti, se incorpora de su asiento y te acerca un cigarrillo. Te resulta inútil intentar cogerlo con la mano, y adelantas la boca. Por vez primera, has notado en los pulsos el tirón de las esposas y su frío de níquel enemigo. Amable, el guardia civil te enciende el cigarrillo, todavía prendido entre los labios, y te molesta en la mirada el humo. Para remediarlo, has de subir las dos manos a un tiempo, lentamente esta vez, las manos, como cortadas de sus brazos, más hermanas que nunca, penosamente gemelas, y, de pronto, exageradamente importantes y necesarias. Sin embargo, te caen muy lejos de ti estas dos manos, que, una vez prendidas y entregadas, no parecen las mismas que se aferraban a los bajos del manillar con la desesperada energía que exige el pelotón que vuela por el llano a más de cincuenta por hora, ni tan siquiera ya las trabajadas manos de la huerta, sino otras nuevas y enfermizas, manos sin callos, cada minuto más blancas, inútiles y desmayadas. Se ve que los guardias deben estar acostumbrados a ver cómo a los que nunca fueron detenidos antes, les da por mirarse las manos, como si en ellas pudieran adivinar más a fondo su porvenir de negruras.

—Si no fuera por el reglamento, te quitaría las esposas -dice uno de ellos.

—De todos modos, gracias.
—¿Saben de esto los tuyos?
—No sé. Es posible que no.

—Lo sabrán esta misma noche, cuando un número de la comandancia del pueblo se presente en tu domicilio.

Te representas la huerta, poco después de esconderse las últimas luces tras el espesor sombrío de los eucaliptos. Un guardia civil, montado en una moto, llama a voces desde la cancela. ¿Estará ahí Juanita? Es posible que no hayan llegado todavía, si es que fueron a la capital. Y, si llegaron, te habrán echado de menos y habrán acudido precisamente al cuartelillo.

Todo tu pensamiento regresa a la contemplación de tus manos. Tus ojos, toda

tu vida, todo tú se concentra en esas manos que las esposas unen tan obligadamente en su desgracia. Dios quiera que los niños no te las vean jamás así de temblorosas y juntas.

¿Cuánto tiempo hará que viviste la emoción del último cigarrillo anterior? ¿Qué misterio será ese del tabaco? ¿Qué clase de demonio camuflado de humo se apodera de la boca, de la garganta, del pecho y hasta de los ojos? Aprietas los labios sobre el fino cilindro, ni duro ni blando, y aspiras con una fe ciega en el dañino milagro que se adentra y se ensancha en el pulmón como una agradable y misteriosa tiranía. Lo primero que te dijeron al saberte dominado por el ciclismo, fue aquello de que el tabaco es enemigo de los pedales, que bastante habrá de luchar tu respiración en los rectos e interminables repechos de la carretera, como para castigarlos aún más con ese hume-río capaz de cortarte el vigor de las piernas o dejarte como sin ruedas en el atemorizado sofoco de la escapada, nunca tan necesitados de limpio oxígeno los músculos, el ánimo y el ímpetu ambicioso que te llevará al triunfo.

Y todo esto, y más sobre lo mismo, te lo dice el director de equipo, mientras enciende un nuevo pitillo, sin caer en la cuenta de que, fumando como está, comete un contrasentido, humo va y humo viene con regusto entre sus labios, y hasta por la misma nariz, como ahumadas las palabras que incluso amenazan, así es que ya sabéis, en vuestras casitas, si fumáis, allá vosotros, a la hora de entenderos después con los kilómetros, pero que yo no me entere, escuchadme bien, que yo no me entere de que un corredor del equipo que yo dirijo se fuma un solo cigarrillo, ni durante los entrenamientos, ni muchísimo menos, claro está, en plena competición, porque es que lo echo de la fila sin más contemplaciones… Y hasta cabe que, en diciendo esto, le sobrevenga al técnico una inoportuna tos del demonio.

Ay, el demonio de Jerónimo, cómo se la jugaba imitando a Cándido Menéndez, separadas sus palabras por sucesivos golpes de tos, pero que yo no me entere, ajún, ajún, escuchadme bien.

ajún, ajún, que si un corredor de mi equipo, ajún, ajún, se fuma un cigarrillo, ajún, ajún, ajún, la leche que mamó la tos…

Un clandestino aroma de tabaco rubio te recibe al abrirse por la mañana las habitaciones del hotel donde os concentráis. Pero Cándido Menén-dez no comenta nada ni riñe, o bien porque se hace el longui o porque, como gran fumador que es, tiene su olfato incapacitado para esta clase de indagaciones y controles.

Hermoso el humo de este cigarrillo negro que te sabe a esperanza de alegría, un humo que, sería todo lo dañino que se quiera, pero que te escucha y te consuela como un amigo, casi como un hermano, cuando viajas ya convertido en preso.

La fachada de la venta parece talmente un decorado, iluminada como está por los potentes faros de varios vehículos, a los que se suma con sus luces el furgón del que desciendes, asombrado y sobrecogido, ante esta escena de pesadilla, en la que todos los ojos se vuelven hacia tu ridicula estampa de corredor bastante más que vencido, increíble la flojedad de tus piernas, igual que si, avergonzadas, renunciaran al recio poderío de sus músculos.

Ahí está un señor muy serio, vestido de oscuro, que debe ser el juez, y unas miradas muy de policías, y un capitán de la Guardia Civil y el cabo comandante de puesto, y también están Andrés y Federico, que te miran como si te contemplaran desde muy lejos. Y, en el suelo, tal y como quedó al tú derribarlo, el cuerpo sin vida de Francisco.

—A ver -dice el juez en voz alta-, acerquen al detenido.

Caes en la cuenta de que no te ha ordenado a ti que te acerques. No. Ha ordenado que te acerquen, es decir, que te lleven, porque ya te has transformado en una cosa que se trae y se lleva, se quita o se pone. Ya sin nombre propio, no eres tan sólo un acusado, sino el acusado.

Te daña los ojos el repetido fogonazo de unos flashes que deben ser de los periódicos. Dentro de unas horas, algunos de tu pueblo lo pasarán en grande, al verte fotografiado así, esposadas las manos, todo tú como envejecido y hasta, incluso, algo cheposo.

—¿Se llama usted Alejo Pina Domínguez?

—Sí, señor, para servirle -contestas como un niño bien educadito, del todo entregado a un miedo, que nada tiene que ver con tal o cual condena posible, porque se trata de un miedo que no parece tener que ver mucho contigo, un poco así como si ese miedo te lo hubieran colocado como una etiqueta que en modo alguno podrías despegar de tu existencia.

—Acerquen al detenido hasta el cadáver -ordena el juez, sin mirarte, porque lo cierto es que, aunque se ha dirigido a ti con su palabra, ni por un momento ha puesto su mirada en ti, ni tan siquiera de reojo.

Los dos guardias, tocándote en uno y otro brazo, te llevan hasta el bajo muro donde yace el cuerpo de Francisco. Oyes de nuevo la punzante voz del juez:

—Alejo Pina, mire usted el rostro de la víctima.

Incluso doblas la cintura, para contemplar más de cerca las rígidas facciones de Francisco, mientras piensas que hay que ver lo que es la vida, quién iba a decirte, hace diez o doce años, que ocurriría todo esto, que tú, vestido de ciclista, te agacharías para ver esa cara de hombre que todavía conserva rasgos de cuando niño, y de cuando chaval, los dos intercambiando, como si fueran estampitas, los disparados sueños del ciclismo.

—¿Lo ha mirado bien?

—Sí, señor. Lo he mirado bien.

—¿Quiere decimos cómo se llamaba en vida?

—Por supuesto que sí. Fuimos compañeros de las primeras letras…

—Aténgase a las preguntas -te corta secamente el magistrado-. Díganos cómo se llamaba.

—Francisco Ramos Ríos.

A una señal suya, los dos guardias te conducen a una zona no iluminada por los faros, desde cuya distancia, todo aquello parece aún más una escena de teatro, pero no de teatro que ves, sino de teatro que estuvieras soñando.

Durante unos minutos, en un aparte, prestan declaración Andrés y Federico.

A ti te da por

imaginar sus mentiras, unas mentiras que el odio hará que, para ellos, sean verdades como puños.

Y después, un señor que, junto al magistrado, va tomando nota de todo, pronuncia un nombre en voz alta:

—Olga Arenas López.

Vaya, pero si es ella, la muchacha de la venta. Bajo la intensa luz es aún más rubia y más bonita. Todavía lleva puesta la misma bata rosa de ayer tarde, y, tanto en el andar como en los modales, resulta muy airosa y atractiva.

Se llama Olga. Bonito nombre. Se lo pondrían los padres al verla nacer tan rubia. O quizá porque los pobres venteros intentaron evadirse un poco de ese modo, puesto que, el ponerle Olga a la hija debió suponer nada menos que hacerse con un no sé qué de geografía lejana, de blanquísimos campos cruzados por trineos y profundos bosques por los que silba el viento. Nada de Antoñita o Juana o Mercedes. Olga, le vamos a poner Olga, y así, cuando la llcimemos, Olga ¿dónde estás? ven aquí, Olga, no hagas eso, Olga, lograremos cambiar de lugar y de maneras de reír y de sufrir, porque lo que nos pasa es que, como las ventas todas están en mitad del campo, y, además, a la orilla de la carretera, resulta que siempre te estás quedando, mientras los demás pasan de largo o para unos minutos y se van, dejándote sin tanto así de horizonte para el alejamiento de la aventura.

Olga es bonita de cara y tiene un precioso cuerpo. ¿O más que precioso? La has deseado, Alejo. Por un instante, olvidado, sin duda, de que estás acusado de homicidio, te la llevas mentalmente hasta los eucaliptos, lo mismo que a Juanita hasta los pinos. Y la besas, y… Pero la voz del juez te ha roto la recalentada música de tu sangre, de nuevo esa voz persecutoria, chafándote cualquier intento de escapatoria. Olga, bonito nombre de muchacha, a la que te hubiera gustado

conocer en un día de excursión al campo, veinte años tú, dieciocho ella, y todo el campo y toda la yerba del campo y todo el silencio del campo para vosotros dos, sin que sea verdad que haya que morirse, sin que tú hayas sido jamás corredor ciclista, así como tampoco sea cierto que haya una cuesta que se llame de Los Canchales ni una venta que se llame la Venta del Potro, únicamente Olga, tú y el campo, y muchísimo antes de que inventaran la primera bicicleta.

En medio de un gran silencio, el cadáver, sobre una camilla, es introducido en la ambulancia. El señor que debe ser el secretario alza la voz, al tiempo que levanta una mano y dice:

—Ya pueden traerla.

Te intrigas. ¿A qué otra mujer pueden traer? ¿Acaso a la abuela de Olga? No, no será ella. La hubieran llamado por su nombre y apellidos. Y, además, eso de traer o llevarse lo aplican únicamente a los detenidos.

No, no se trata de persona alguna. Un guardia civil lleva tu bicicleta hasta el centro mismo de este escenario tan como confusamente soñado.

—A ver -dice el secretario-. Traigan al detenido.

De nuevo te llevan en medio de ellos los dos guardias. Se te aproxima el juez.

—Por favor, usted mismo -le dice a uno de los policías-. Coloqúese mirando hacia acá, más o menos donde estaba el cadáver, y alce los brazos cuando el detenido se le acerque montado en la máquina.

De inmediato, se vuelve hacia ti.

—Y usted, móntese en la bicicleta.

Te quedas mirando tu máquina. Aún conserva en el cuadro el número ochenta y seis, el mismo que tu dorsal, durante una Vuelta a España que ya te cae muy lejana. Y te emociona tanto ese imprevisto encuentro, que ha de insistirte el juez con un tono de enfado:

—Le he dicho que se monte en la bicicleta.

Lo haces, y de nuevo se multiplica sobre ti el relampagueo de los flashes fotográficos. Sientes unas ganas enormes de gritar. Ninguna de las situaciones vividas hasta ahora te ha parecido tan humillante como esta de hacerte subir a tu máquina, a la que, por un momento, presientes inquieta y disgustada contigo, como si fuese el metálico animal de carretera del que habló el gran jefe de Granate Ron.

—Diríjase, pedaleando, en dirección al señor que está situado ahí, donde mismo estuvo el cadáver de la víctima.

Así lo haces, y, con el nerviosismo, a punto estás de atropellar al policía, que se aparta en un brinco, y te llama cabrón entre dientes.

—Capitán, ya hemos terminado con el detenido.

Al pasar junto a Olga, te sacas del bolsillo del maillot el billete de mil pesetas y se lo ofreces. Pero uno de los guardias interpone una mano.

—No se preocupe -dice ella con afecto-. No me debe nada.

Otra vez te envuelve la oscuridad metálica del furgón. Cuando cierran las puertas y el motor se pone en marcha, una vez liberado de la presencia del juez, te atreves a preguntar:

—Y ahora, ¿a dónde me llevan?

Ojo, que ya no preguntas a dónde vamos, sino a dónde me llevan. Es de admirar la rapidez con la que te vas haciendo todo un detenido, un acusado, un preso. El guardia civil, todavía bajo la impresión que le causara la escena recién presenciada, tarda en contestarte, después de cambiar una mirada con su compañero:

—A la cárcel provincial.

Y punto. Ni una palabra más. Tampoco hablan los guardias entre ellos. Todo está sucediendo de modo muy distinto al viaje anterior. No parece sino que hubieran pasado unos cuantos meses, desde que el más jovencillo te ofreció un

cigarro y hasta te lo encendió con una amabilidad que ya parece antirreglamentaria y prohibida.

Las tristonas lámparas del techo, tal y como antes, medio se apagan al coger demasiado cerrada alguna curva. Por abajo, el monótono ruido de las ruedas está a punto de arrastrarte hasta el negro fondo del sueño. Pero tú, muy en acusado, reparas en que supondría una imperdonable falta de respeto el hecho de que, aún sin querer, llegarás a roncar. Y sonríes con una de esas sonrisas que sólo se dibujan en los rostros de la gente muy desgraciada en todo y en muy del todo.

Más que recordar, revives la reciente escena. Al cabo de unas horas, que te parecen años o siglos, has vuelto a montarte en tu máquina. Te lo ha ordenado el juez. Porque tú ya no haces nada por iniciativa propia. Sólo cumples órdenes. ¿Y qué sientes al colocar los pies en los pedales y empuñar la dureza curva del manillar? Pues a lo mejor, ni te emocionas, porque, en realidad, más que simplemente separada de ti, viene a ser como si te la hubieran amputado, y por eso se trata de un extraño miedo no muy alejado de la repugnancia. Eso es, el mismo miedo y la misma repugnancia del cojo al que le muestran la pierna que le amputaron, y que no sólo se la enseñan, sino que, de mentirijillas, se la colocan donde estaba, debajo del muñón, lo mismo que a ti te han colocado la bicicleta, debajo del cuerpo, entre las piernas y bajo los brazos, cuyos dedos aprietan los frenos con la falta de vigor que corresponde a una experiencia falsa, mera reproducción simulada de aquel poner el alma en las manos, cuando el galope de la bajada podría convertirse en vuelo, como expulsada la prisa por el escondido demonio de la puta curva.

Qué ridicula tu figura de corredor aún enfundado en sus colores, y qué complacencia tan maligna será para muchos de mis paisanos al verme en el periódico fotografiado así, pedaleando hacia la nada, o más exactamente, hacia la muerte ajena, que es la única muerte que podemos conocer, ya que la nuestra será cosa exclusiva de los otros. Y, frente a ti, a pocos metros, el hombre que hace de Francisco en esta pantomima trágica, levantados los brazos, igual, igual que Francisco, sólo que sin gritos, y sin aquella cara congestionada por el rencor y el vino.

Después, como permaneces montado en la máquina, el agente que la sacó a escena, más que hacerte desmontar, te la arrebata con malhumorados empellones, rencoroso el hombre contra ti, como causante directo de que se le haya partido por la mitad la noche del domingo, la mujer, de mala uva, quién sabe si hasta dudando de que sea verdad lo de este levantamiento de cadáver, y, al final de la llamada telefónica, el yo no sé cómo te las arreglas, pero siempre te endosan a ti los servicios más imprevistos y nocturnos.

No se trata de que la cárcel sea un lugar indeseable y malo, porque es que el mal es la cárcel, está en la cárcel, sólo se respiran males en la cárcel. Al bajar del furgón ceniza oscuro, te llevan a través de una puerta de arco, todavía sin reja, puerta muy alegrada con azulejos, una puerta, en fin, impropiamente amiga. Porque, a partir de ese instante, todo será un acerado ruido de rejas que se abren y se cierran, delante de ti y a tus espaldas, rejas que cada mañana, al despertar, tienes enfrente tuya, más allá de los pies de tu litera, rejas salpicadas por el agua de las duchas, rejas por los cuatro costados del comedor y por los altos corredores de las galerías, rejas y más rejas, hasta hacer que el paladar te sepa a herrumbre.

Al descorrer el rastrillo, despiertan los tres que van a ser tus compañeros de celda.

—Eh, muchachos -dice con guasa uno de los vigilantes-. Aunque estamos en primavera, aquí os traigo un regalo de los Reyes Magos. Menuda sorpresa ¿no? Un ciclista vestido nada menos que de cicHsta.

El otro vigilante te indica la única litera vacía.

—Esa es la tuya, Alejo, que, por cierto, hay que ver el nombrecito que te gastas.

Te echaste a peso en el camastro. No necesitaste ni un segundo para hilar el sueño. Casi te habías dominado por completo, cuando, antes de irse, dijo uno de los funcionarios:

—Será bueno que dejéis dormir al campeón, porque, además de una etapa de la Vuelta, ha

corrido hoy otra todavía más dura. Ya os lo explicará dentro de poco.

Los dos presos de las literas superiores han bajado a curiosear en tu atuendo.

—De esto no hemos tenido nunca -comenta uno de ellos, sin dejar de mirarte-. Como no le traigan pronto la ropa de persona normal y corriente, la forma éste, mañana en el patio.

—Seguro que lo han traído al chalé por haberle dado un leñazo a otro ciclista. Estos de las bicicletas no se andan con paños calientes. Fíjate en esos brazos. De tanto apoyarse en el manillar, tiene las manos duras como alicates. Así es que ya puedes hacerte una idea del sabor que pueden tener sus puñetazos.

—Oye, tú, ¿y será un ciclista de los buenos o uno de esos que ayudan a los campeones para que entren ellos los primeros?

—No sé. Ya nos lo dirá el Gordito, cuando despabile. Ese se conoce al dedillo las cosas del ciclismo.

En la litera de al lado, se remueve el otro, y, entre sueños, oyes su gangosa voz de garganta recién despierta:

—¿Ya estáis rajando de mí? Ni siquiera de noche me dejáis tranquilo.

Y ya no oyes ni una palabra más. Sientes cómo te vas cayendo redondo en el profundo agujero del cansancio.

J

Mucho se habla de las ratas de la cárcel. Aseguran que sí, que las hay. Pero tú no has visto ni una. Tampoco las han visto tus tres compañeros de celda, y, por su parte, El Gordito sentencia que las ratas son más que listas y huyen de estos infiernos como de la peste.

En el patio, sí los hay que cuentan que vieron una rata en tal sitio, y otra, en aquel otro. Pero te da la impresión de que casi ninguno las ha visto de verdad. Y no mienten del todo, porque en esto pasa como en otras muchas cosas ¿no? que somos nosotros quienes las colocamos aquí o allí, ya sea con la agradable imaginación de cuanto nos ilusiona, ya sea con la turbia fantasía de lo que nos da dentera. De ahí que se vean ratas asomadas por todos los agujeros de la cárcel, y que hasta las palabras de algunos presos huelan a rata, así como se achacan a las ratas todos los inquietantes ruidos mínimos que roen los deshabitados minutos

de la noche.

Sí. Imaginadas o reales siempre habrá ratas en la cárcel, aunque en realidad se trate de ratas invisibles, tal y como ocurre también con esa negra bola de hierro que cada preso arrastra encadenada a un tobillo, que es una torturante cosa que nadie ha visto, salvo los dibujantes de historietas y chistes, pero que es verdad que las tales bolas existen, bolas de remordimientos, bolas que rechinan como deseos de venganza, bolas de preciosos recuerdos que los presidiarios quisieran estrangular en el olvido, pero que siguen ahí, encadenadas a los pies, durante las comidas y en

los rápidos paseos de lado a lado del patio, negras bolas de hierro que no te abandonan ni dormido, la bola de Juanita llorando mientras abraza a los niños, la pesada bola de Los Canchales, y sobre todo, la negrísima bola de una muerte que, sin ser tu propia muerte, también será una muerte tuya mientras vivas.

Por fin, pudieron visitarte Juanita y los hijos. Durante el minuto primero, no podíais pronunciar palabra. Sólo intercambiando besos a través del cristal, ay los besos de los niños, tan empequeñecidos los labios sobre la transparente frialdad del vidrio. Te faltaba saliva en la garganta, mientras los niños lo miraban todo entre sorprendidos y noveleros. Los ojos de Juanita te decían muchas cosas, ninguna desagradable, todo el cariño del mundo en su mirada, tal y como si se percatara de que necesitabas estar entre algodones para que no te rompieras, y, de pronto, como si se diera cuenta de que tenías los minutos contados, te preguntó:

—¿Estás bien?
—Sí, me encuentro bien.

Nunca habías podido suponer que, con tanta tristeza encima, todo el diálogo estuviera salpicado de frases tan insustanciales, como si la angustia os convirtiera en niños pequeños, sosos y tímidos.

—¿Cómo es que no ha venido contigo el tío Tomiro?

—Tuvo que ir al mercado.
—Claro, al no estar yo…

Y un nuevo silencio. Esta vez más tranquilizante, aunque los hijos te aumentan la congoja con esos golpes que dan contra la mampara del cristal, después de buscar inútilmente algún resorte por la que abrirla.

—¿Qué te dijo el abogado?

—Que no me preocupara. Que está casi seguro que no me declararán culpable.

—Vaya. Dijo casi seguro, ¿no?

—Sí, casi seguro. Del todo, el hombre no puede garantizarme nada.

Ahora, los chiquillos se han dedicado a mirar al policía que cruza la sala de un lado para el otro. Deben haberse fijado en su pistola, porque se tirotean entre ellos moviendo las manos, engarabitados los dedos en plan de revólveres.

—¿Comes bien? -y sin aguardar respuesta, añade-: Te traje un paquete grande ¿sabes? Una buena lata de mantequilla con sal, como a ti te gusta, trescientos gramos de jamón y un salchichón medianito, peras de agua, plátanos y una docena de pasteles.

Te emociona la noticia esa de los pasteles. Una tontería, es cierto, si se quiere, una niñería, pero te sientes mucho más triste a cuenta de esa docena de pasteles.

—También te metí en el paquete un periódico en el que dan a entender que todo se debió a un accidente, que tú no tuviste intención de…

Se corta y hace un puchero. Ha estado a punto de decir que no tuviste intención de… matarlo. Es curioso. Desde que ocurrió todo aquello, nunca habías reparado en que Francisco era mucho más que un simple conocido. Era hermano de ella, y no ha tenido más remedio que dolerle muy en lo hondo. Y más, porque ni siquiera ha podido ir hasta sus padres, para darles un abrazo y, menos aún, a la misa y al entierro. Días muy negros habrá pasado, encerrada en la huerta, temiendo, incluso, que se presentara alguien a hacerle daño o a insultarla. Te propones darle ánimos, no importa demasiado si recurriendo a la mentira:

—¿Sabes una cosa, Juanita? Que la cárcel, aunque no sea un buen sitio para querer quedarse, tampoco es tan horrible como yo me temía.

—Ah -dice Juanita recordando-. También tienes en el paquete un par de pastillas de jabón, una nueva maquinilla de afeitar y un peine. Todo nuevo ¿sabes?

Vaya. Una maquinilla de afeitar nueva. Todo lo mejor del mundo para el preso. Si se le tiene verdadero cariño, nadie repara en los gastos que se hagan para mejorar en lo posible la vida del preso, la vida del hombre que, de pronto, ha dejado de respirar el aire sano, una vida que ya no puede elegir a dónde ir dentro de un cuarto de hora o mañana por la tarde, ni elegir compañía para tomar el vino de los domingos o para montar con las ruidosas fichas de dominó el acalorado griterío de una partida. Como un niño está el preso, como un niño enfermo al que hay que darle

mucho más de lo que necesite, hasta satisfacerle muy por encima de sus mismos caprichos, adelantándose a ellos o creándolos, porque es que el preso, nuestro preso, se nos puede quedar como enterrado vivo, por cinco o por diez o por treinta años.

—¿Cómo habéis venido hasta aquí?

—Nos trajo Eduardillo, el de la huerta de al lado, que no veas cómo se han portado con nosotros: que nada, que para todo lo que necesitéis, aquí estamos nosotros.

Carmelito, el hijo mayor, después de recorrer toda la sala con los ojos, te pregunta:

—¿Y la bicicleta, papá? No la habrás vendido.

—No. No la he vendido.

Juanita cierra los ojos y tú sientes deseo de que se vayan, porque estás notando que el dolor se te agranda y agranda, hasta ponerte en las sienes zumbidos de sangre mala, de sangre turbia, una sangre que debe oler a miedo, y también a tarde podrida a solas en la celda, dándole vueltas a toda la peor memoria de la vida.

—El tiempo de visita se ha terminado -anuncia el vigilante.

Te alegras de que haya sido así, porque te libras de la necesidad de decirle a

Juanita que se fueran, que ya no podías soportar una situación como ésta, que no es agradable como debiera, porque, muy al contrario, la presencia de ellos era como un espejo en el que tu desgracia se veía de cuerpo entero.

Otra vez los besos estampados en el cristal. Insoportable la emoción que te dejan los adioses de las manos de tus hijos, que mueven mecánicamente los dedos, porque mamá ha debido decirles que se despidan de esa manera, por otra parte tan entristecidamente alegre.

El Gordito manda en el patio. Es uno de esos delgaduchos que suplen la fortaleza de los kilos con una agilidad fibrosa y dura. Como tensos cordeles son los nervios de su cuello. Algo de pajarraco simpático y temible tiene su nariz afilada y esos ojillos que se mueven vivarachos bajo un entrecejo espeso y corrido. Canturrea canciones populares y cuenta muy bien los chistes. Imita de maravilla al capellán y al director de la cárcel. Tú, que desde el primer momento has buscado su amistad, te preguntas por el trabajo que ese hombre cumpliría en su vida libre, y por los motivos de su estar encerrado, y por cuántos años.

Acostumbra a darle guasona conversación a Luisito, el lisiado, que se pasa las horas de patio haciendo pucheros.

Es el único que consigue distraerlo un poco de su tragedia.

—¿Sabes una cosa, ciclista? -te confía quitándole importancia a la cosa-. A Luisito lo considero yo como un hermano mío ¿estamos? Nadie le habla, entre otras cosas, porque él no quiere charlar con nadie. Yo soy el único que lo saco de sus malos recuerdos. Su mujer se la pegaba con otro y Luisito intentó matarla.

Sí. Es el amo del patio, y tú te sientes como protegido por su talante, tan generoso e insoportable a un tiempo.

—En los cuatro años que llevo aquí, no he tenido que pegarme con nadie. Yo creo que los chulos, nada más verme, se dan cuenta de que a mí no me achanta ni mi padre.

Durante los primeros días, raro era el preso que no te hacía preguntas sobre las carreras. Algunos, te palpaban los músculos de los brazos. Estás fuerte como

un toro, te decían. Y El Gordito te advirtió bien pronto:

—Si alguno te pone las manos en las piernas, mariconazo a la vista, y si tú no te atreves a pegarle un par de ostias, te vienes a mí, que yo me encargo de dárselas.

El muy listo de él, como te lo dijo en voz alta, y cuando más compañeros le oían, no tuvo que llegar a defenderte ni tú necesitaste pedirle que te protegiera. Tenía un oído más fino que las liebres, y había escuchado algún que otro comentario sobre tu físico de deportista.

Pero, bueno ¿quién y qué ha sido este hombre, antes de verse en la cárcel? Te decides a preguntárselo, con todo el tacto del mundo.

—Oye, Gordito, yo no quisiera molestarte ¿sabes? Pero…

—Ya te veo venir -te cortó-. Te gustaría saber un poco de mi historia. Pues muy simple, Alejo. Mi historia, o digamos mejor mi historieta.

se llamaba la droga. Y no se lo digas al director, porque él ya lo sabe.

Era un hombre muy imaginativo. Ocasión de comprobarlo tendrías, y a no tardar mucho. Con agilísima habilidad, le propuso al director del centro que, por ser muy del agrado de la población reclusa -y con qué gracioso empaque pronunciaba eso de la población reclusa- debería permitir que, un domingo de aquellos, te trajeran una bicicleta de carreras. Y que, como la tuya estaría depositada en el juzgado, pues que no habría inconveniente en pedir prestada otra. Vamos, que él mismo se comprometía a conseguir alguna, para que tú hicieras una exhibición, en el patio, de cómo se cambia de ritmo en el pedaleo, y cómo el corredor, suelto de mano, se ventila el pollo en ruta, y hasta mea, sin bajarse de la bici.

La idea, aunque rara, le cayó bastante bien al director, y El Gordito propuso que él llamaría por teléfono a un conocido comercio deportivo. Y todo comenzó a pedir de boca.

—Ea, señor director, ya tenemos bici, y qué bici, oiga, igualita que la que pueda tener cualquier campeón de la Vuelta, del Giro o del mismo Tour. Eso me han garantizado.

A ti no te agradaba la propuesta, pero aceptaste. No te quedaba otro remedio. Por no perder la amistad con El Gordito y para hacer que los demás se divirtiesen un poco o, al menos, para que, por un rato, se librasen del repetido

plomo de las horas y los días de encierro.

Pero desgraciadamente, todo se quedó en los preparativos. Tú lo sentiste, sobre todo, por tu amigo. La dirección de la cárcel pudo comprobar que la llamada telefónica del Gordito no había sido precisamente a la gran tienda deportiva. Cuando, a los dos días, se presentaron dos hombres con la bicicleta, fueron detenidos.

Desde entonces no has vuelto a ver al Gordito. Se lo llevaron a la prisión de otra capital, porque tenía que prestar allí nuevas y muy comprometidas declaraciones. La bicicleta prestada para tu exhibición tenía todos sus tubos atiborrados de hachís y cocaína.

Allí estaba. La presencia de Jerónimo te obligó a la alegría. No importaba que, en la sala de visitas, te esperara con aquel porte tan compungido, recorriendo las paredes y el techo con ojos atemorizados de chiquillo que se esfuerza por hacerse cargo de la tristeza del amigo. Tanto fue así, que se sorprendió con repullo, al verte tan cerca, como si, al estar pensándote, no te hubiera imaginado con un aspecto ni parecido siquiera al de antes, quién sabe si con ropa a rayas.

—¡Muchacho! Pero qué bien estás -te dijo mientras desaparecía por instantes su expresión apenada.

Te costó mucho trabajo evitar la tristeza.

—¿Y tu madre, qué tal está?

Muy bien. Me dio un par de abrazos para ti, no uno, dos abrazos. La pobre se echó a llorar a enterarse de todo.

—Bueno, bueno, dejemos eso -dijiste haciendo con la mano un gesto de apartar lo desagradable-. Cuéntame, dime cómo terminó la Vuelta. Hasta ahora no he querido preguntar por las cosas del ciclismo.

Jerónimo se quedó pensativo. Sin duda alguna, le costaba mucho regresar a aquellos días, pronunciar los mismo nombres, para enredarse, finalmente, en lo que era más de evitar.

—Supongo que ganaría Perico Roa.

Jerónimo te miró sorprendido, al saberte dispuesto a hurgar en un mundillo que aún debería resultarte muy doloroso.

—¿Ganó o no ganó Perico Roa?

—Sí, claro está que ganó. El técnico de su equipo presentó batalla a mitad de una cuesta y Ricardo se quedó clavado. Llegó con ocho minutos de retraso, y al acabar la Vuelta, se clasificó en el puesto dieciocho. En la misma meta del Retiro, me enteré, por Quisquillo, de todo lo que había ocurrido en aquella etapa, tan triste por tantos motivos.

Se detuvo indeciso.

—Pero ya está bien. ¿Para qué recordar aquellas cosas? Mejor será que me hables de Juanita y los niños. Supongo que estarán ya muy mayorci-tos. Cuando yo los conocí levantaban un par de palmos del suelo. Así es que, ahora…

—Por favor, Jerónimo -le interrumpiste-. ¿Qué te contó el mecánico Quisquillo?

—Algo imperdonable. Resulta que, al terminar la etapa de Los Canchales, Ricardo Vega se cambió de hotel y pasó la noche acostado con su novia. Alguien debió irle con el cuento al equipo del otro, y zas, le dieron el golpe, en cuanto Ricardo enseñó su primera fatiga, cosa que no tardó mucho, porque la novia, no sé si la conociste, era una gachona de las finas.

—Total, que adiós muy buenas a un montón de pesetas -comentaste con la intención de animarle a que continuara hablándote de todo cuanto habías mantenido como amordazado por dentro.

Jerónimo añadió:

—Quisquillo, que, como sabes, lleva buena cuenta de las ganancias, calculó que volaron, por lo menos, un par de millones de pesetas. Y ya que hablo de Quisquillo, tengo que cumplir un encargo suyo. Además de enviarte un fuerte abrazo, quiere que sepas que el fiscal lo va a citar como testigo de la acusación, por ser el hombre que cuida las bicicletas del equipo, y que él no puede negarse.

Al marcharse, ya muy sonriente, Jerónimo se atrevió a decirte:

—El año que viene tenemos que subir juntos la cuesta de Los

Canchales.

La sala de justicia tiene algo de iglesia. También huelen a antiguo las paredes y los asientos.

las alfombras y el aire retenido entre muros cubiertos de solemnes colgaduras. Roja, muy roja, debió ser la lustrosa tela de raso que adorna la pared cabecera, el alto lienzo de pared frontal, ante el que se sientan los magistrados con sus largas caras de entierro.

Tu mirada ya no tiene dónde sorprender alguna novedad, para enredarse en ella, única manera de no perder los nervios durante tantas declaraciones de testigos, en un ambiente tan serio y tan de luto. Y te preguntas cómo sería de horrible todo esto para quien estuviera sentado en ese mismo banquillo, no temiendo una condena de dos, diez o quince años, sino nada menos que una pena de muerte. Supones que, en tal caso, debe mirarse y oírse todo como si la cosa no fuera con uno, igual que si la muerte fuese una de esas amenazas que siempre resultan incumplidas en el desordenado terror de las pesadillas.

A petición del fiscal, han llamado a un testigo. Nada me dice su nombre, pero sí su rostro, aunque tardas unos instantes en identificarlo, por estar acostumbrado a verle siempre con su mono azul manchado de grasa. Suena la voz cortante del fiscal, como en sucesivos tajos de curvo cuchillo carnicero.

—Usted se llama don Enrique Fernández Luna, es mecánico de bicicletas de carreras, y, en el mundillo del ciclismo, es más conocido por el sobrenombre de Quisquillo… Por favor, díganos si usted, como técnico del equipo tenía a su cuidado y celo la bicicleta del acusado, Alejo Pina.

—Sí. Era responsable de todas las bicicletas del equipo, y, entre ellas, la máquina de Alejo Pina.

El fiscal se acerca a los jueces.

—Señores del tribunal: solicito que sea pasada al estrado la bicicleta con la que Alejo Pina arrolló y dio muerte a su cuñado, Francisco Ramos.

Un agente lleva la bicicleta hasta donde está situado el fiscal.

—Por favor, señor Fernández Luna, acerqúese y aprecie de cerca si es ésta la máquina del acusado, y, al mismo tiempo, compruebe si los resortes del frenaje

están correctamente dispuestos.

Quisquillo, al pasar por delante de ti, te dice, con un significativo abrir y cerrar de ojos, que no ha tenido más remedio que acudir al juicio, y que se encuentra realmente incómodo. Llega a la máquina, y, después de hacerla rodar un poco, aprieta ambos frenos a un tiempo.

—¿Perfecto, es perfecto el funcionamiento de estos frenos?

—Sí, señor. Funcionan perfectamente -responde cabizbajo el mecánico.

—Pues bien. Ahora, para que no nos quede la menor duda al respecto, le ruego al acusado que sea él mismo quien compruebe, a su vez, cuanto ha sido dictaminado por el técnico de su propio equipo.

Desde que comenzó todo esto tan triste, en pocas ocasiones te has conmovido tanto como al

acercarte a tu bicicleta, después de tanto tiempo sin verla. De nuevo la miras como si, en cierto modo, supiera ella que tú la miras aún con muchísimo cariño, y que, al tocarla, sentirás unas ganas muy grandes de llorar.

—Por favor, mueva usted la máquina y accione los frenos.

Colocado al sesgo, empujas el manillar y, al apretar los frenos con ambas manos, la máquina se queda parada en seco.

—Funciona bien ¿no es cierto?

—Sí.

—Retírese al banquillo -dice el fiscal haciendo un ademán que viene a decir, más o menos, que se dispone a iniciar un ataque definitivo-. Ya lo han oído. Según el técnico, y también según el propio acusado, los frenos de la bicicleta funcionan perfectamente.

Se vuelve de nuevo hacia Quisquillo.

—Y cuando se habla de la bicicleta de un corredor profesional ¿qué significa certificar que sus frenos actúan correctamente? ¿Quiere eso decir que esos frenos funcionan igual de bien que los de una bicicleta cualquiera, o, por el contrario, significa que esos frenos frenarán a la perfección? Y, para hacernos una idea más exacta de la importancia que tiene la puesta a punto de los frenos, ¿quiere

decirnos el testigo en qué momentos de una prueba ciclista resultan más imprescindibles unos frenos poco menos que infalibles?

—Sin unos buenos frenos, sería una verdadera locura hacer un descenso a tumba abierta, por-

que el corredor acabaría volando por los aires en la primera curva cerrada.

—¿Y qué velocidades llega a alcanzar una de estas máquinas, durante esas llamadas tumbas abiertas?

—En ocasiones, se sobrepasan los cien kilómetros por hora.

—Ya lo han oído, los frenos de esta bicicleta están preparados para frenar poderosamente, en décimas de segundo, al entrar en el principio de cada curva, y nada menos que a cien kilómetros por hora.

Mira la máquina con un estudiado detenimiento, como dando a entender que, en efecto, constituye el más sólido y contundente de sus argumentos, y hasta posa una mano agradecida sobre la frente del manillar. Momento éste, en que se te rebelan los sentimientos y sientes unos deseos de gritarle, señor fiscal, no le consiento que acaricie mi bicicleta. No tiene derecho a hacerlo. Haga usted todo lo posible por meterme cuantos años de cárcel quiera, pero no me toque la bicicleta, no la toque…

—Parece mentira -concluye el fiscal-. Alejo Pina Domínguez, un corredor profesional, que ha participado en repetidas ediciones de la Vuelta a España, la tarde de autos, en la Venta del Potro, no logró frenar su bicicleta, cuando iba sólo a unos cuatro o cinco kilómetros por hora, y arrolló y dio muerte a Francisco Ramos Ríos. Extraño ¿no les parece? Muy extraño, sin duda.

Apretó uno de los frenos con una mano estudiadamente rigurosa, y echándole a la cosa mucho teatro, soltó de pronto el resorte, para provocar un contundente y seco chasquido metálico.

En la cárcel, toda la tristeza está contigo, a tu lado, en la celda, contigo en el comedor o en el patio. Y, en todo momento, sin poder elegir entre varias posibilidades. No ya entre las pocas que una vida normal pueda ofrecerte, sino ni

siquiera entre dos o tres al día, como pudiera ser la de si salgo o no salgo al patio, o si me quedo tendido en la litera, los ojos puestos en el techo, dale que te dale a la manivela de los recuerdos. Todo lo demás te viene impuesto. Por no poder, ni puedes irte a la celda, porque el compañero de arriba se distrae irritándote, o algo peor, robándote lo poco que te queda de serenidad. Con que homicida ¿eh? Cuenta, cuéntame como empiolaste al fulano. ¿Por qué, por celos?… ¿O es que también era ciclista, y mucho mejor ciclista que tú? Total, que tú te fuiste por derecho…

Pero está visto que, cuando el mal por el mal te llega de la calle, del aire libre que respiran los hombres libres, ese mal será siempre mucho más refinado que esos otros males que, en la cárcel, te pueden salir al paso en los talleres o en la ducha o en uno de esos corredores interminables que parecen trazados para los silenciosos ajustes de cuentas, o, sencillamente, por la amontonada en-
vidia que se endurece y afila hasta hacerse odio cortante y agudo.

De esa clase fue el mal que me llegó de fuera de la cárcel. Aquella mañana, te llamó el director.

—Te han enviado esta carta -dijo entregándotela, ya abierta.

En tu nerviosismo, no estaban tus dedos para sacar papeles de un sobre.

—Tranquilo, tranquilo -te calmó el superior.

No era una carta. Eran dos recortes de periódico, dos fotos del cadáver de Francisco. En una aparecía en el suelo, tal y como tú lo habías visto en la venta, y muy de cerca, por orden expresa del juez. Pero a pesar de haberlo contemplado desde tan encima, no habías reparado en algunos detalles, que ahora sí que los observabas en aquel primer plano de la otra foto, muy abiertos los ojos, y aquella mano que debió quedarse a medio camino de la cabeza, cuando intentaría llegar al agudísimo dolor que le anunciaba la muerte.

—¿Sospechas de alguien como autor de ese envío?

—Pues sí, claro que tengo sospechas. Pero no son más que eso, sospechas. Es horrible saber que alguien se empeña en amargarte aún más los días de cárcel ¿Puedo quedarme con esto?

—Bueno, en realidad estoy tentado de prohibírtelo ¿sabes? En la prisión no

es bueno tener cosas que te hagan darle muchas vueltas a la cabeza. Por eso, sería preferible que no te llevaras ese sobre.

—Sí. Creo que tiene usted toda la razón. Para acordarme de aquello, ya tengo bastante con la memoria.

Antes de salir del despacho, pusiste el sobre encima de la mesa, con el retenido mimo que ponemos en el manejo de las cosas que o bien amamos muchísimo, o que, por el contrario, nos repugnan hasta el punto de hacemos aplazar al máximo nuestro odioso contacto con ellas.

Tantas y tan desagradables cosas como te habías figurado, y ni por un momento te dio por imaginar cómo debió ser el entierro de Francisco. En las primeras filas de bancos de la iglesia, su padre y su madre, los parientes y, cómo no, Andrés y Federico, los dos de luto riguroso, los dos también encabezando con talante compungido la compasiva indignación del pueblo. Mal trago para tu amigo don Alejandro, el cura. Qué palabras decir y qué cosas no mencionar en su oración mortuoria, cómo referirse a su muerte, sin aludir a las trágicas circunstancias, todo el paisanaje en un continuo rumor vivo, que no ha venido Juanita, mujer, cómo iba a venir, ¿no te has enterado? Federico ha hecho correr la voz de que, por favor, a nadie se le ocurra andar en bicicleta por delante de la iglesia o en las puertas del cementerio, qué detalle tan delicado ¿no es verdad?

Los entierros de los pueblos chicos son mucho más entierros que los de la gran ciudad, donde contados son los que acuden al cementerio, tan lejano y tan ajeno, razón por la que no pueden ser tan entrañables para los vecinos, puesto que visitan muy de tarde en tarde ese enorme recinto de cruces frías, de flores contrahechas, vidas y cuerpos olvidados. Todo lo contrario que en los pueblos, donde los difuntos están mucho menos separados de la vida, donde subes a la azotea y ves el camposanto, un poco más allá de la glorieta del paseo, y si te apuran, hasta distingues, desde tal o cual balcón, la cruz color ceniza de la tumba de tu padre, y también otras tantas de gente conocida, pues los muertos de los pueblos siguen siendo gente, y jamás provocan en los vivos tanta y tan

temerosa repulsión como entre los habitantes de las grandes poblaciones.

Pero, en el pueblo, también suele ocurrir que el odio o los odios del que muere permanecen, porque la muerte de pueblo no amordaza del todo las vidas bajo el mármol, y, como las bardas son más bien bajas, los que se fueron no han sido tan expulsados de la vida, todavía forman parte del paisaje, sienten muy de cerca las campanas y el vivísimo picoteo de las gallinas. Y, al anochecer, a poco de oírse pasar el cansino regreso de las cabras, llegarán los novios empujando a las novias contra el muro con los machotudos achuchones del deseo.

SEXTA PARTE La sentencia

EL bueno de don Isidoro ha venido a calmarte, que ya llegaron los magistrados, así es que no te apures, falta poco, el tiempo de ponerse las togas, enseguida abrirán la sala y te mandarán llamar. Suda agobiado el bueno de don Isidoro, ya verás como todo sale bien, se pasa el pañuelo por la frente, el cuello, los ojos. Y tú, que al cabo de más de dos horas esperando, mire, don Isidoro, se me están disparando los nervios, y el bueno de tu abogado, que ya te he dicho que todo saldrá bien, ya lo verás, absuelto, estoy seguro. Pero tú no sabes qué hacer con las manos, ya no esposadas, ya libres para que la nerviosera dibuje con ellas en el aire inesperadas piruetas. Y de nuevo, don Isidoro, no pienses en la sentencia, Alejo, distrae la mente con cualquier otro motivo, qué sé yo, con recuerdos, eso, ponte a recordar lo que sea, algo bonito…

Pero te da por recuperar la memoria del juicio, tal y como has venido haciendo desde que aguardas la llamada del tribunal que dictará sentencia. Sin embargo, esta vez no logras hacerlo ordenadamente. Rememoras a retazos las palabras de la acusación y la defensa, entremezcladas las frases del fiscal y las de don Isidoro.

Le oyes decir al fiscal, muy alta la cabeza y pronunciando muy campanudamente las palabras, porque el acusado, Alejo Pina Domínguez, aquella tarde aciaga del homicidio, regresaba a su casa en bicicleta, en su excelente bicicleta de carreras, en su perfecta bicicleta de profesional. ¿Y cómo era el estado de ánimo que Alejo Pina Domínguez venía soportando a través de los cincuenta kilómetros que recorría, una vez abandonada la Vuelta a España, en la que participaba? Pues su estado de ánimo era, exactamente, el de un derrotado. Alejo soportaba aquella

tarde nada menos que el peso de su fracaso. Es decir, que, tras su denodado esfuerzo en la durísima cuesta que no pudo coronar, había recorrido, aproximadamente, medio centenar de kilómetros, en solitario, y con una irritación creciente y abiertamente proclive a derivar en la violencia, dada la necesidad que sentía de hallar un cumplido desahogo…

Cuánto más agradable la voz de don Isidoro, señores magistrados, de insólitas y hasta de peregrinas cabría calificar las conclusiones que el señor fiscal ha extraído de una supuesta irritación deportiva, que, según él, empujó al ciclista Alejo Pina a cometer nada menos que un homicidio…

De nuevo recuperas la cuchillera voz del fiscal, ¿y qué ocurrió entonces, cuando la humillación que le ocasionó el abandono de la prueba se fue abultando durante cincuenta kilómetros de pedaleo y de intolerables recuerdos, respecto a la derrota reciente? Pues que se encuentra, frente a él y frente a la rueda delantera de su máquina, con

uno de sus peores enemigos, a uno de esos enemigos que lo son desde los lejanos días de la niñez, su cuñado Francisco Ramos.

En busca de algún alivio instintivo, recuperas las palabras de tu abogado, que, con un tono de seguridad increíble, da por sentada tu inocencia, saliendo al paso de lo que él llama esa infundada teoría de que el deportista, una vez consumada su desgracia en alguna competición, suele mostrarse vengativo y violento. Resulta inconcebible que, teniendo como tiene en su poder el señor fiscal, el informe emitido en tomo a esta cuestión, por un profesor en Psicología, insista en tan erróneas apreciaciones psicológicas. Un informe, asimismo, conocido por el tribunal, en el que, con tanto y con tan agudo acierto, se razona que, en el deportista, y muy especialmente en el corredor de bicicleta, la contrariedad que el fracaso le produce puede tener ciertamente una duración más o menos ilimitada, como tal contrariedad, y que sus reacciones de coraje y rabia se aplacan de un modo casi inmediato, para dar paso a un aplanamiento, que bien podría ser considerado como una auténtica depresión psíquica. Sobre todo, en el ciclista, desde punto y hora que, desde minutos y horas antes, ha luchado tan denodadamente contra su propia fatiga. Por lo que, una vez consumada la derrota, lejos de padecer una irritación cercana a la violencia, pudiera llegar a sufrir, incluso, no sólo esa profunda depresión a la que aludimos, sino a lo que

vulgarmente, podríamos

llamar un gran bajón de ánimo, muy cercano, incluso, a cierto acobardamiento…

Y finalmente, la voz enemiga del fiscal, después de toda una metálica retahíla, se hace aún más campanuda cuando dice que este ministerio fiscal solicita para Alejo Pina Domínguez una pena, por homicidio, de reclusión menor, en su grado mínimo, de doce años y un día de cárcel…

Doce años, casi la mitad de lo que has vivido, Alejo. Cuando salgas, serán ya unos hombres tus chiquillos y a ti te habrán salido canas, maldito sea el día en que te dio por la bicicleta…

Se abre la puerta y un agente dice en voz alta:

—El tribunal ordena la comparecencia del acusado.

Don Isidoro te da en la cabeza una palmada cariñosa:

—Te absolverán, Alejo, puedes estar seguro. Y no llores, hombre, no llores, oye, que no te vean llorar…

…Y por no estar suficientemente probada la intención de causar la muerte de la víctima, declaramos inocente, con todos los pronunciamientos, al acusado, Alejo Pina Domínguez… Piensas que jamás olvidarás estas palabras. Ni un solo día dejarás de recordarlas, y, acaso más de una vez, cuando te quedes a solas y acosado por el silencio… Y, por no estar suficientemente aclarado… declaramos inocente…

Y, ya fuera de la sala, en el corredor de la audiencia, los besos de Juanita y el abrazo del tío Tomiro, casi doloroso de tan apretado, y los flashes fotográficos de la prensa. Un manojo de micrófonos encima de tus labios, ¿volverá a participar en la Vuelta a España? ¿qué puede decirnos de la cárcel? Y los niños, papá, la bicicleta, oye, que no te olvides de la bicicleta, te gritan desde más allá de las cámaras de televisión, cuando un periodista, con bloc y bolígrafo, acaba de preguntarte ¿les guarda algún rencor a los que testificaron en su contra? claro

está que no, ¿qué vas a contestar tú, que ahora te sientes montado encima de la palabra libre? y usted, por favor, don Isidoro, recupere la bicicleta, oiga, que los niños ya me han preguntado por ella.

En la calle, respiras hondo, mientras agradeces la brisa que te seca el sudor de la frente. Oh, qué agradable el ruido del tráfico, cuánto se parece al rumor del mar… Hombre, Jerónimo, cómo ibas a faltar tú, un abrazo, amigo, oye, qué bonita es la libertad, y también te abraza Cándido, el director de Granate Ron, eso está bien, muchacho, no sabes lo mucho que me alegro, y Quisquillo, que en medio de su abrazo, te dice al oído, hijos de perra los frenos de todas las bicicletas.

El tío Tomiro, al volante, y tú a su lado. Atrás, Juanita y los niños, que llevarán la bicicleta cariñosamente, más que sujeta, abrazada. Es el mediodía, y atravesar el pueblo con la furgoneta no sería prudente. Sin que se lo digas, el tío Tomiro va dando un rodeo por las afueras. A la derecha, desciende suavemente el paisaje hasta ondularse allá abajo, por donde el espesor de los pinos oculta como una muralla verde los fugaces encantos del río. Pinos aquéllos y orillas aquéllas por donde habíais sembrado la simiente del hijo primero, tan ajeno él al puñado de odio que traería consigo. A la izquierda, a la altura de los corrales blancos de las monjas, se hace calle el camino pedrizo, y, al poco, está la carpintería de tu suegro, con el arañazo continuo de la serradora mecánica sobre el recogido silencio de la plazuela. Encima de la puerta ancha, el balconcillo, desde donde Juanita te veía pasar, con tu orgullo montado sobre las presumidas ruedas de tus tres bicicletas sucesivas, cada una mejor que la anterior, más acabadamente niquelada y embellecida, siempre más bellamente diseñado el garabato del nuevo manillar. Y qué inolvidable la mañana de lucirte ante ella nada menos que con maillot y culot de plástico fino y colorinche, todo en una pieza, ni tanto así de viento colándose por las pocas y finísimas costuras. Cuánto tiempo ya desde aquel pasar por delante de la picantosa nube de serrín amarillo, receloso el entrecejo del padre.

Qué tardes aquéllas, como en llamaradas tú, al llevarla sentada en el cuadro, empapados los dos de ese silencio oscuro que envuelve siempre los momentos más locos de la vida joven, cuando el olor de la yerba descompone las respiraciones y entorpece toda posible hilazón entre las palabras.

—¿En qué piensas, Alejo? -te pregunta preocupado el tío Tomiro.

—En nada, ¿por qué?

—Porque te veo muy callado y cavilando, en lugar de verte alegre y charlatán, que es lo que cuadra en este día.

-Han sido tantas cosas malas y tan seguidas…

Una vez dejado atrás el pueblo, vais de nuevo por la carretera que tan bien conoces, ida y vuelta desde el mercado, innumerables los días de lluvia y frío, el agua ensañándose sobre el parsimonioso paso de los burros, el agua que rebasaba a veces la alcantarilla del cruce, y relámpagos sobre el pueblo que despertaba con la encogida lentitud de las primeras luces.

—¿Tú crees que el padre de Francisco se tomará alguna revancha? -le preguntas a tío Tomiro.

—Vaya. Lo que imaginaba. A eso le estabas dando vueltas.

—Pero, tú ¿qué opinas? ¿No me hará pagcir mi libertad de alguna manera?

—Pues yo creo que Pablo no está ya para muchos trotes, y menos, para preparar una venganza. Aunque, por supuesto, nunca se sabe. En el pueblo, no serán pocos los que podrían ayudarle.

Habéis llegado ante la cancela. Al apearos, tanto el tío Tomiro como tú, miráis hacia los cuatro costados del caserío, que permanece intacto y sin las grandes manchas de humo que habías llegado a imaginarte.

Mientras tú ayudas a bajar de la furgoneta a los niños y la bicicleta, el tío Tomiro, al disponerse a abrir la cancela, descubre que el cerrojo está descorrido por completo

—Alejo, mira esto y disimula -te dice mirando de reojo a Juanita y los niños, que se pelean por llevar cogida la bicicleta-. Será mejor que entre yo primero. Distrae a la familia, mientras tanto. No sé por qué me temo que la faena nos la han podido hacer en la cuadra.

Juanita se te acerca, alarmada:

—¿Ocurre algo?

—Procura que los niños se distraigan con la bicicleta. Estaba descorrido el cerrojo de la cancela. El tío ha ido a ver si ocurrió algo.

Tu mujer, para distraer a los hijos, sin quitar los ojos del caserío, se acerca a la máquina, hace girar los pedales, y, en el fondo, debe sentir cierta ternura por una máquina que había odiado tanto, y que, ahora, a pesar de su brillante presencia, se mostraba definitivamente derrotada.

Por fin, al poco de entrar, el tío Tomiro alza los brazos, los abre y los cierra, comunicando satisfecho que no ha ocurrido nada de lo que temía.

Te haces cargo de la máquina y pasáis los cuatro. Tú, bastante adelantado, te tranquilizas al oír a tío Tomiro:

—Todo normal. A primera vista, ni se han llevado nada ni hicieron daño alguno.

De todas formas, la cosa resultaba extraña. Juanita mira en el interior de los roperos y en la

alacena. Comprueba que el televisor funciona. No han forzado el cajón donde están los documentos y los pocos ahorros.

—Habrán sido algunos muchachos.

—Pues sí. Entrarían a curiosear -comenta tío Tomiro.

Quién sabe si no habrán querido echarles un vistazo a tus fotos de ciclista, todas ellas aún en su sitio, para que tú las contemples, ahora, con una niebla en los ojos y hasta con un mal sabor de boca, como si todavía no hubieras digerido del todo tu frustración postrera, calculando con tristeza si te convendría eliminar, de un manotazo, todas esas reliquias de ilusiones extirpadas para siempre.

Tu mujer se te acerca.

—¿Dónde te parece que guardemos la bicicleta?

—¿Guardarla? -te interrogas a ti mismo-. ¿Por qué hay que guardarla? Ya le buscaremos una pared donde ponerla. En el dormitorio, no, ya no. Pero nada de

guardarla y esconderla como si fuese un monstruo o algo parecido -dices, sorprendiéndote a ti mismo-. Al fin y al cabo, la bicicleta no tiene la culpa de todo lo que me ha pasado, ¿no? Mi fracaso es mío y nada más que mío.

Juanita mira al suelo, preocupada. El tío está a punto de decirte algo, pero acaba por elegir un pensativo silencio de ilusionada paciencia.

—Además -insistes en esa misma línea de asombrar a los tuyos-, nada de extraño tendría

que, a fuerza de verla, alguno de los hijos termine aficionándose a los pedales. Y, bueno, quién sabe si podría llegar a campeón. Ahora -dices, sonriente y deseoso de romper la dura sorpresa de Juanita-me voy a dar un buen baño en la alberca.

Desnudo te hubiera agradado cruzar tu campo, en dirección a la alberca. Lo haces descalzo y en bañador, entre lechugas y melonares, sintiendo por las plantas de los pies el saludo húmedo de la tierra. Unos metros a tu izquierda, camina Juanita por el bien sombreado carril de los frutales. De pronto, te detienes, para hacerte con todo lo tuyo en una mirada en redondo, que viene a ser como un abrazo entrañable, tu primera gran muestra de cariño para con esa cuarta y media de mapamundi que es tu huerta. Piensas que sería bonito que tu mujer, cuando estés dentro del agua, te diga palabras como aquéllas que imaginaste durante tu largo pedaleo en solitario: ¿Sabes lo que te digo, Alejo? Que ya estamos en nuestra huerta, y que lo demás no nos importa.

Avanzas unos metros, y, al rebasar las altas hojas del maizal crecido, te sorprende el ancho vacío que se abre hacia el cielo, por encima de las copas casi raseras de los naranjos nuevos. Unos pasos más y descubres el doloroso motivo. La centenaria y gigantesca higuera ha sido talada, y el viejo poderío de su ramaje, al caer sobre la alberca, asfixia con sus grandes hojas los generosos brillos del agua.

Juanita se echa a llorar. Tú te acercas al lugar del crimen. En el rollizo tocón puede apreciarse la lisura que deja siempre una buena sierra mecánica. Alrededor, amarillea todavía el húmedo serrín de la faena. Juanita te mira y te

dice, con los ojos, que, desgraciadamente, todo eso tiene la conocida firma de un rencor.

Ahora, eso sí, os queda la esperanza de que se aplaque el odio, si no con tu muerte, sí después de haberse ensañado en la vida de un árbol que fue el orgullo diario de tus abuelos, la hermosa sombra, en la que, por el verano, reposaban los satisfechos cansancios de tu padre.